

# LO RURAL COMO UN ESPACIO PARA VIVIR BIEN

Recorrido geográfico por las ruralidades  
en el primer cuarto del siglo XXI



CLAUDIA ANDREA MIKKELSEN  
SOFÍA ESTELA ARES  
(DIRECTORAS)

**TESEOPRESS** 



# **LO RURAL COMO UN ESPACIO PARA VIVIR BIEN**



# LO RURAL COMO UN ESPACIO PARA VIVIR BIEN

Recorrido geográfico  
por las ruralidades  
en el primer cuarto del siglo XXI

Claudia Andrea Mikkelsen  
Sofía Estela Ares  
(directoras)



Mikkelsen, Claudia Andrea

Lo rural como un espacio para vivir bien: recorrido geográfico por las ruralidades en el primer cuarto del siglo XXI / Claudia Andrea Mikkelsen; Sofía Estela Ares. - 1a ed. - Mar del Plata: Claudia Andrea Mikkelsen, 2026. 204 p.; 20 x 13 cm.

ISBN 978-631-01-3606-6

1. Vida Rural. 2. Población Rural. 3. Geografía. I. Ares, Sofía Estela

II. Título

CDD 918.2

DOI: 10.55778/ts310136066

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.



EBOOK



TeseoPress Design ([www.teseopress.com](http://www.teseopress.com))

ExLibrisTeseoPress 261404. Sólo para uso personal  
[teseopress.com](http://teseopress.com)

# Índice

Agradecimientos .....	9
Siglas .....	11
Prólogo .....	13
<i>Guillermo Velázquez</i>	
Introducción .....	15
<b>Primera parte .....</b>	<b>21</b>
1. Debate inicial: el espacio rural y las ruralidades .....	23
<i>Claudia Mikkelsen, Sofía Ares y Camila Rodríguez</i>	
2. Del modelo de la modernización agraria a la construcción de un nuevo paradigma de bienestar rural .	43
<i>Marcelo Sili</i>	
3. El bienestar rural, un concepto necesario para pensar el futuro de los territorios rurales .....	65
<i>Alejandra Auer, Sofía Ares y Claudia Mikkelsen</i>	
<b>Segunda parte .....</b>	<b>79</b>
4. Aproximaciones metodológicas al estudio de las ruralidades y el bienestar .....	81
<i>Sofía Ares y Claudia Mikkelsen</i>	
<b>Tercera parte .....</b>	<b>99</b>
5. El sudeste bonaerense. Caracterización del área de estudio .....	101
<i>Matías Gordziejczuk y Camila Rodríguez</i>	

6. La ruralidad bonaerense, ¿de qué hablamos cuándo hablamos de población rural? .....	129
<i>Claudia Mikkelsen y Sofía Ares</i>	
7. El bienestar rural en el sudeste bonaerense .....	145
<i>Sofía Ares, Alejandra Auer, Matías Gordziejczuk, Camila Rodríguez, Alejandra Santiago y Claudia Mikkelsen</i>	
Epílogo .....	173
Bibliografía.....	177

## Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin el financiamiento aportado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) mediante su programa de Proyectos de Investigaciones Plurianuales (PIP). En tal sentido, queremos manifestar nuestro agradecimiento al sistema científico nacional y a los evaluadores por la oportunidad brindada.

También ha sido central el apoyo de nuestros lugares de trabajo, el Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales (INHUS), el Centro de Investigaciones Geográficas y Socioambientales (CIGSA), el Grupo de Estudios Sobre Población y Territorio (GESPyT), el Departamento de Geografía de la Facultad de Humanidades y la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Pero, sobre todo, agradecemos a las familias y amigos de cada uno de nosotros, ya que son quienes nos sostienen, resignan tiempos, proponen soluciones y debaten cada uno de nuestros productos.

¡A todos, infinitas gracias!



## Siglas

- AFOLU: Agriculture, Forestry, and Others Land Uses (Agricultura, Silvicultura y Cambio de Uso de la Tierra)
- ARIA: Accessibility/Remoteness Index of Australia (Índice de Accesibilidad/Remotitud de Australia)
- ATI: Aglomeración de Tamaño Intermedio
- BIRF-BM: Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento – Banco Mundial
- CABA: Ciudad Autónoma de Buenos Aires
- CEPAL: Comisión Económica para América Latina y el Caribe
- CIGSA: Centro de Investigaciones Geográficas y Socioambientales
- CNA: Censo Nacional Agropecuario
- CONICET: Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas.
- EAPs: Explotaciones Agropecuarias
- FAO: Food and Agriculture Organization (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura)
- FIDA: Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola
- GESPyT: Grupo de Estudios Sobre Población y Territorio
- IBR: Índice de Bienestar de las Ruralidades
- IGN: Instituto Geográfico Nacional (Argentina)
- IICA: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura
- INDEC: Instituto Nacional de Estadística y Censos (Argentina)
- INE: Instituto Nacional de Estadísticas (Chile)
- INHUS: Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales
- INMAT: Índice de Calidad de los Materiales
- INTA: Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria
- IPCC: Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático

IR: Índice de Ruralidades

ISI: Industrialización por Sustitución de Importaciones

MDI: Matriz de Datos Índice

MDO: Matriz de Datos Originales

MDZ: Matriz de Datos Estandarizados

OCDE/OECD: Organización para la Cooperación y el  
Desarrollo Económico/ Organization for Economic  
Co-operation and Development

OMS: Organización Mundial de la Salud

ONU: Organización de las Naciones Unidas

PIP: Proyectos de Investigaciones Plurianuales

PREVAL: Programa para el Fortalecimiento de la Capacidad  
de Seguimiento y Evaluación de los Proyectos FIDA en  
América Latina y el Caribe

PROGENERO: Programa para el Fortalecimiento de los  
Aspectos de Género en los Proyectos FIDA en América  
Latina y el Caribe

SIG: Sistemas de Información Geográfica

SINAGIR: Sistema Nacional para la Gestión Integral del  
Riesgo

TAC: Tasa Anual de Crecimiento Intercensal

TIC: Tecnologías de la Información y la Comunicación

# Prólogo

GUILLERMO VELÁZQUEZ

Hace 25 años, cuando iniciábamos nuestros trabajos sobre geografía y bienestar en la Argentina desde una perspectiva geográfica, sosteníamos que la calidad de vida es una medida de logro respecto de un nivel establecido como “óptimo”, teniendo en cuenta dimensiones socioeconómicas y ambientales que dependen de la escala de valores prevaleciente en la sociedad y que varían en función de las expectativas de progreso histórico. Como la mayoría de la población argentina es urbana, la escala de valores y, por consiguiente, las dimensiones y variables que utilizamos intentan presentar el “promedio”, reflejando este sesgo urbano.

Precisamente, el trabajo que la Dra. Claudia Mikkelsen y su grupo desarrollan desde hace dos décadas se ha destacado por poner en evidencia las particularidades de la calidad de vida de la población rural argentina, constituyéndose progresivamente en referentes del tema; muy particularmente en torno de su territorio más cercano, es decir, el sudeste bonaerense vinculado con Mar del Plata.

En este libro se reúnen una serie de aportes significativos del grupo, constituido por Claudia Mikkelsen, Sofía Ares, Alejandra Auer, Matías Gordziejczuk, Camila Rodríguez y Alejandra Santiago, más el capítulo de un referente de la infraestructura rural y la modernización agraria, como lo es Marcelo Sili.

El libro se estructura en tres partes:

- La primera es conceptual y general, con tres capítulos; el primero referido al espacio rural y las ruralidades, el segundo propone al bienestar como un nuevo

paradigma, vinculado con la neorruralidad, y el tercero debate sobre el bienestar y el bienestar rural.

- La segunda es metodológica, y consta de un capítulo (cuarto), que propone un instrumento para ensayar y redefinir la medición de la calidad de vida de la población rural.
- Finalmente, la tercera parte, que comprende tres capítulos de aplicación en el sudeste bonaerense: el quinto desde lo sociodemográfico y lo agroproductivo; el sexto, desde la ruralidad a partir del Índice de Ruralidades (IR), y el séptimo, a través del Índice de Bienestar de las Ruralidades (IBR).

Este último –que incorpora cuestiones cruciales para la población rural como la calidad de los materiales de la vivienda, el acceso a telefonía celular o a internet– muestra que, en el área estudiada –espacio rural del sudeste bonaerense, también conocido como “pampa surera”–, predominan las situaciones intermedias, asociadas con menores densidades poblacionales, cierto aislamiento geográfico, distancias que se deben recorrer para el aprovisionamiento de bienes y utilización de servicios, así como para satisfacer necesidades vinculadas con educación y salud, entre otras.

Cabe señalar que, considerando la calidad de vida de la totalidad de la población, esta misma pampa surera encabezaba el “ranking” de las subregiones pampeanas. La particular contribución que efectúa este libro respecto de su población rural pone en evidencia algunas de sus desigualdades que, además de interés académico, deberían ser objeto de las políticas públicas.

Tandil, 10 de diciembre de 2025

# Introducción

Durante los últimos tres años nos constituimos como equipo para dar contenido y densidad a una propuesta de trabajo que en 2021 titulamos Bienestar y ruralidades en el sudeste de la provincia de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX. Dicho proyecto fue pensado, gestado y robustecido en los tiempos de la pandemia por COVID-19. Postulamos a la convocatoria de PIP del CONICET hacia finales de 2021.

Una vez acreditado el proyecto, a finales de 2022, se inició esta oportunidad de trabajar sobre los objetivos paudados y difundir los resultados de nuestra línea de investigación, que procura poner en debate en primera instancia las categorías conceptuales de ruralidad y bienestar, su operacionalización y aplicación en el sudeste de la provincia de Buenos Aires.

Nuestro desafío no solo se concentra en proponer respuestas a los objetivos planteados, sino que profundiza nuestra responsabilidad con el rol y la importancia de la investigación científica, especialmente desde el campo de las Ciencias Sociales y las Humanidades, y concretamente desde la Geografía.

Por tanto, el objetivo es analizar el bienestar de la población rural del sudeste de la provincia de Buenos Aires en relación con las diversas ruralidades allí presentes y en la identificación de diferenciales territoriales en las primeras décadas del siglo XXI. Para alcanzar este cometido se trabajó a partir de un conjunto de objetivos particulares:

1. Proponer una delimitación teórica y empírica de la población rural contemplando criterios complementarios al umbral demográfico de 2.000 habitantes;

2. Establecer un sistema de dimensiones, variables e indicadores que se hagan observables en un IBR con el objeto de identificar y caracterizar desigualdades territoriales;
3. Reconocer y describir desigualdades espaciales en el bienestar de la ruralidad del sudeste bonaerense.

El estudio de estas cuestiones fue el paso previo para avanzar en la relación entre bienestar y ruralidad en clave territorial.

La categoría conceptual que vertebra nuestro trabajo de investigación es la de espacio rural. Pensar en este espacio implica analizar sus términos inicialmente por separado para luego unirlos e ir complejizando su delimitación en relación con otras cuestiones.

Aunque tempranamente la Geografía como disciplina científica logra un lugar destacado en la historia de las ciencias, definir su objeto de estudio fue un camino con avances y retrocesos que en definitiva teje y muestra su devenir. El siglo XX y los años transcurridos del siglo XXI han sido de gran crecimiento para la Geografía, es en este lapso que sofisticada sus técnicas de análisis y representación, y reconoce al espacio geográfico como su objeto de estudio.

Haesbaert (2014, p. 22) expresa que espacio es la categoría central de análisis de la Geografía, es decir, nuestro concepto más general, el que se impone frente a los demás: región, territorio, lugar, paisaje, ambiente. Estos, en conjunto, componen una constelación o familia geográfica de conceptos (Haesbaert, 2014).

El término espacio puede aplicarse en diversas situaciones o disciplinas. En el caso específico de la Geografía hablamos del espacio adjetivado como geográfico, es decir, aquel que se focaliza sobre la dimensión espacial de la sociedad, que incluye, la indisociabilidad entre lo social y lo natural (Haesbaert, 2014).

Santos (1990) señala que durante décadas los geógrafos se preocuparon más por definir qué es la Geografía que

por conceptualizar al espacio geográfico. Correspondió a los geógrafos cuantitativos o neopositivistas, a mediados del siglo XX, alzar el espacio geográfico al nivel de categoría o concepto central de la Geografía. Harvey, geógrafo que transitó desde el quehacer cuantitativo hasta el crítico y posmoderno, muestra en su trayectoria intelectual la profundización de los debates geográficos, indicando en la década de 1980 que “el espacio no es ni absoluto, ni relativo ni relacional en sí mismo, pero puede transformarse en uno u otro, dependiendo de las circunstancias” (Harvey, 1980, p. 5).

Para avanzar sumamos al espacio geográfico un adjetivo, esto es, la posibilidad de referir al espacio geográfico urbano, espacio geográfico rural, espacio geográfico periurbano o rururbano, entre tantas otras posibles combinaciones. Estas se vinculan con la división socioespacial del trabajo, a partir de la cual se originó la distinción práctica entre lo urbano y lo rural, situación que se remonta a más de 5.500 años, como expresa Endlich (2006).

En la generación de excedentes de productos básicos, consecuencia de la sedentarización de la humanidad y de la incorporación de técnicas a la producción de alimentos, descansa la explicación de la diversificación del trabajo y de su complejización dado que hombres y mujeres contaron con más tiempo para acumular otros saberes e ir especializándose en el desarrollo de otras labores. Tal como formuló Lefebvre (1969), la separación entre ciudad y campo toma lugar entre las primeras y fundamentales formas de división del trabajo, es la separación entre el trabajo material y el trabajo intelectual.

Actualmente, la propia definición de espacio rural, concebida inicialmente por oposición a lo urbano, así como el avance planetario de la urbanización, están en entredicho (Wang et al., 2023). Se pone en crisis esa concepción por contraste, y se buscan nuevas fórmulas que procuren dar cuenta de la complejidad, superposición e indefinición reinante. Se trata de romper esa idea de urbanización mundializada

y comprender la presencia concreta de intersticios, de fragmentos territoriales (Sili, 2002). En este marco es que nos proponemos debatir y aportar una propuesta distinta de la mirada residual, dicotómica o de continuidad, recuperando el debate sostenido en la conjunción de múltiples dimensiones, variables e indicadores para el estudio del bienestar y la ruralidad.

Los estudios geográficos sobre el bienestar social empiezan a ganar protagonismo a partir de la década de 1970, gracias a los aportes de la Geografía del Bienestar (Smith, 1980). El estudio del bienestar social se mueve en un terreno inestable y cambiante, dado que su interpretación es variable por la multiplicidad de relaciones a nivel personal y social que hay entre los sujetos y el espacio geográfico, según indica Bailly (1981).

El bienestar en relación con el estudio del espacio residencial, laboral, recreativo, de ocio, público-privado y de vida es fundamental. Dando continuidad a las labores sobre el tema Bailly indicó,

La geografía del bienestar nos muestra la diversidad y la influencia de valores socioculturales; pero se debe acompañar su estudio con las relaciones que los habitantes tienen con su lugar. De este modo podremos ver cómo las potencialidades de las diversas posiciones espaciales son transformadas en esperanza o neutralizadas por las lógicas de producción (Bailly, 2004, p. 13, traducción de los autores).

En Argentina y específicamente sobre el mundo rural, de Arce y Salomón (2020, p. 45) afirman que “el término bienestar rural apareció en Argentina como preocupación gubernamental en relación con el despoblamiento y el estancamiento del sector agropecuario en la década de 1950”. Nosotros entendemos el bienestar rural como:

un concepto multidimensional relacionado con la satisfacción de la población rural en cuanto a sus condiciones objetivas de vida, las cuales abarcan aspectos materiales como el acceso a

la salud, la educación, la vivienda, el empleo, la conectividad y el ambiente. Se distingue de la calidad de vida, porque esta incorpora dimensiones no materiales asociadas a las necesidades, deseos y aspiraciones de la sociedad (Ares et al., 2021, p. 131).

Por tanto, entrelazando las ideas expresadas anteriormente, llegamos al núcleo de nuestro cometido, discutir en equipo y con quienes nos lean sobre el bienestar en el espacio rural. En un debate complejo que procura acercarse al rol, importancia y potencialidad que el espacio rural, en sus diversos recortes territoriales, posee como espacio de disputa, de crisis y de posibilidad.

Luego del prólogo escrito por el Dr. Guillermo Velázquez y de la presente introducción, el libro se estructura en tres partes con sus correspondientes capítulos. En el primer capítulo presentamos el debate conceptual que será sostén del resto del libro refiriendo al espacio rural y las ruralidades. En el segundo, el Dr. Marcelo Sili se centra en proponer al bienestar como nuevo paradigma en el estudio de las ruralidades. El Capítulo 3 se focaliza en debatir sobre el bienestar y el bienestar rural. En el cuarto presentamos en detalle los procedimientos técnicos que se implementarán en los capítulos subsiguientes. La tercera parte del libro aplica en el sudeste bonaerense los debates propuestos. De tal manera, en el Capítulo 5 caracterizamos al sudeste bonaerense desde aspectos sociodemográficos y agroproductivos. En el número 6 delimitamos la ruralidad mediante el Índice de Ruralidad y en el Capítulo 7 analizamos el bienestar a través de un índice sintético. En el Epílogo, finalmente, proponemos un cierre de las labores realizadas.

Deseamos que el libro alcance a un público diverso y amplio. Aspiramos a ofrecer un material de interés para quienes se dedican a la investigación, para docentes, estudiantes de grado o posgrado y quienes gestionan los territorios rurales. En tal sentido, proponemos el empleo de un lenguaje accesible, con ejemplos, esquemas, cuadros y

mapas como objetos que anhelamos harán atractiva, interactiva y gráfica la presentación de los núcleos centrales del debate del bienestar y las ruralidades.

# Primera parte



# 1

## Debate inicial: el espacio rural y las ruralidades

CLAUDIA MIKKELSEN, SOFÍA ARES Y CAMILA RODRÍGUEZ

¿Cómo distinguimos al espacio rural del urbano? ¿Es necesario que los diferenciamos? ¿Qué es espacio rural en la Argentina contemporánea? ¿Qué son las ruralidades? A lo largo de este capítulo intentaremos esbozar algunas respuestas, sustentadas en avances propuestos en investigaciones de distinto origen disciplinar.

Recorreremos algunas discusiones en torno a la heterogeneidad de lo rural, las repercusiones en la Geografía Rural y la vinculación entre ruralidad y territorio, introduciéndonos de este modo en lo que será el andamiaje conceptual protagónico de los restantes capítulos.

El debate teórico-conceptual sobre el espacio rural y la ruralidad muestra cierta recuperación en cuanto al nivel y tenor de su reflexión en las últimas décadas, aunque la delimitación de los conceptos es compleja, difusa, heterogénea y múltiple. En tal sentido, señalamos que el espacio rural atestigua profundos cambios y, a la vez, es objeto de nuevas vocaciones (Nates Cruz y Raymond, 2007).

En consecuencia, el concepto espacio rural se resignifica en favor de una perspectiva más abarcativa sobre los procesos, las actividades y los géneros de vida que tienen lugar en él, confrontando con el enfoque dicotómico que opone lo rural a lo urbano y asimila lo rural con lo agrícola (Castro, 2018; D'Alessandro et al. 2021;

Gaudin y Padilla Pérez, 2023; Matijasevic Arcila y Ruiz Silva, 2013; Picciani, 2016; Sili, 2005; Tadeo, 2010). Esta idea conduce a uno de los puntos centrales de nuestro trabajo, esto es, develar la mutua complementariedad entre lo rural y lo urbano, procurando superar visiones, estudiadas y analizadas previamente, referidas a lo urbano y lo rural como espacios antagónicos: moderno versus atrasado, artificial frente a natural (Furini Da Ponte, 2012; Mikkelsen, 2013; Picciani, 2016; Sili, 2002; Wanderley, 2001).

Desarrollaremos a continuación temas como el enfoque dualista para la distinción de lo rural, los cambios en el análisis de lo rural a través del tiempo, los encuadres alternativos y las delimitaciones de la ruralidad, finalizando con propuestas de medición implementadas previamente.

## **Debates y nuevas propuestas en torno a lo rural**

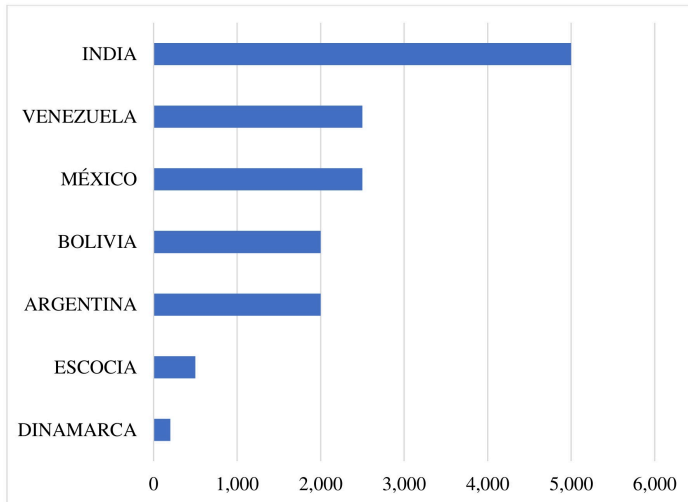
Desde 1990 es posible referir a un giro en el modo de estudiar y comprender la ruralidad. La reciente renovación de la Geografía Rural se hace eco de estas transformaciones, como indican Reveyaz y Poulot (2018). Sobre la base de lo construido se da continuidad a temas clásicos, como son la baja densidad de población, de servicios y de equipamiento comunitario, el desarrollo de actividades productivas, entre otras cuestiones. Al mismo tiempo, se abren otros tópicos y problemas como son el pluriempleo, la multifuncionalidad, el bienestar, la movilidad territorial de la población, la vinculación con la urbanidad, las prácticas y representaciones de los habitantes, los problemas ambientales, entre otras cuestiones.

En este marco, se delinea una perspectiva que deja de lado el debate agrarista para pasar a la discusión

ruralista. Este giro propone la necesidad de comprender y analizar al espacio rural en su dinámica y en su esencia territorial. La complejidad de lo rural no solo se evidencia desde lo material, sino también en las valorizaciones y creencias colectivas sobre lo rural y lo urbano, donde se conjugan sentimientos de pertenencia a un ámbito u otro, o a los dos conjuntamente, es decir, a una identidad que no es exclusiva sino a una experiencia compartida, ampliada, como habitantes del territorio. Sin embargo, persiste la construcción estadística sobre cómo debe ser analizado el espacio rural, donde lo rural queda reducido a la producción agropecuaria, caracterizado por su tendencia al declive demográfico, las migraciones hacia el espacio urbano y el envejecimiento. Desde esta delimitación la mirada estadística expresa la existencia de una urbanización casi absoluta, condición que afecta a las áreas rurales por su subrepresentación en el conjunto de las poblaciones nacionales. Esto se hace aun sabiendo que conviven diversos criterios estadísticos de distinción de lo rural en América Latina y en el mundo en general. Así, en algunos países el criterio de discriminación es el umbral poblacional (Figura 1); en otros, la densidad demográfica. Las perspectivas más actuales, por su lado, buscan la evaluación de las ruralidades -en plural- a partir de la combinación de indicadores que procuran ser representativos de aspectos característicos.

La aproximación de tipo demográfico se vincula con definir y caracterizar a lo rural en función de sus características poblacionales, donde en líneas generales predominan las bajas densidades y volúmenes de habitantes, la dispersión de los pobladores y las viviendas y la falta de infraestructura de servicios.

Figura 1. Ejemplos de definición de lo rural según umbrales poblacionales



Fuente: elaboración propia en base a ONU-Hábitat.

En la actualidad son escasos los países que conservan exclusivamente el umbral demográfico, es decir, sin combinarlo con otros criterios como el de densidad o el de población empleada en la rama primaria de la economía.

No obstante, según se argumenta en el trabajo de D'Alessandro et al. (2021), la dicotomía rural-urbana queda refutada por los hechos, debido a la existencia de diferentes territorios, desde la ciudad hacia lo rural profundo. En ese sentido, para algunos autores la división estadística rural/urbana ya no es eficaz, frente a los cambios identificados. Estos ahondan en la diversidad de los espacios rurales, sobre todo por la acentuada incorporación de actividades con fuerte raíz en la cultura urbana.

Así, estamos frente a una ruralidad que expresa un tejido social y productivo variado, que reúne producciones

agrícolas, ganaderas, hortícolas, mineras, apícolas, entre otras. Congrega asimismo diversas formas de trabajo y residencialidad: el cuentapropismo, el trabajo familiar, el trabajo asalariado, la residencia rural y la residencia urbana con trabajo urbano o con trabajo rural, con desplazamientos poblacionales pendulares, a veces con biresidencialidad o multiresidencialidad. En el espacio rural coexisten los pequeños, medianos y grandes establecimientos, el campesinado y los complejos agroindustriales. Constituye, por lo tanto, un conjunto de actores y acciones sociales que se manifiestan en la dinámica intrínseca de los territorios rurales, en su movimiento y en su interacción en múltiples escalas. Dicha situación, asimismo, no hace más que seguir difuminando las diferencias –otrota muy marcadas– entre lo rural y lo urbano.

Como señalan Castro y Reboratti (2007), en el hecho de clasificar procesos tan complejos, lo que se debe hacer es modificar “el foco de análisis sobre la ruralidad desde una perspectiva fundamentalmente económica a una visión que contemple la cuestión territorial, es decir, su impronta sobre el espacio concreto” (2007, p. 3).

Más importante que planificar los límites entre lo urbano y lo rural es mostrar qué sucede con las relaciones existentes entre los diversos centros urbanos y la ruralidad, dado que este debate aportará elementos de utilidad para la definición de políticas y la visibilización de las dinámicas propias del territorio.

Acompañando las transformaciones descritas, se proponen diversos enfoques de tratamiento de la ruralidad (Gaudin, 2019), que se suman al poblacional o al funcional: el de brechas, el del continuo rural-urbano, el de fragmentación, el territorial. Si bien cada uno tiene sus elementos caracterizadores, es importante reseñar que conviven, coexisten y entran en diálogo (Castro, 2018).

Tal como expresa Gaudin (2019), el enfoque de brechas procura identificar las disparidades territoriales y el diseño

de políticas de desarrollo para apuntar a su reducción atendiendo a las desigualdades de ingreso, de pobreza, de accesibilidad.

El encuadre funcional propone caracterizar lo rural forjado inicialmente por la producción agrícola como la función tradicional a la cual se superponen funciones no tradicionales como la agroindustria, el turismo, el ocio, la recreación. Es una mirada de tipo sistémico, de utilidad para la acción política.

La perspectiva del continuo rural-urbano es un avance teórico respecto del dicotómico, que procura identificar áreas intermedias entre lo rural y lo urbano, en una propuesta lineal de gradientes. En tal sentido ha sido interesante el empleo y el crecimiento de producciones referidas al espacio periurbano (Feito y Barky, 2020, p. 907), rururbano (Bauer y Roux, 1976, citados por Gaudin, 2019; García Ramón et al., 1995), la franja marginal urbano rural, y el espacio suburbano, que de alguna manera caracterizan esas áreas intermedias. Analizar al territorio en este conjunto de gradientes ha sido un paso hacia adelante en cuanto a la mirada dicotómica de oposición urbano-rural, destacando la hibridación de estos espacios y evidenciando que sus límites son más difusos (Castro, 2018). No obstante, los extremos de la gradación, esto es el espacio urbano y el espacio rural, continúan iniciando o cerrando la secuencia, de modo tal que la dicotomía, aunque suavizada, persiste (Marques, 2015). Se trata de una segmentación que diferencia los espacios y restringe el análisis en términos de dinámica, de continuidad, interrelación y complementariedad.

Aunque con fuerte impronta urbana esta mirada se aplica para armonizar los criterios usados por los países, con el fin de permitir comparaciones internacionales, lo cual redundaría también en una mejora de las estadísticas y su uso como insumos para la planificación y la toma de decisiones (ONU-Hábitat, 2017 y BIRF-BM, 2011, citados por OECD et al., 2024). Así, se propone un método que combina indicadores, denominado Grado de urbanización,

el cual “Al utilizar tres clases en lugar de solo dos (zonas urbanas y rurales), refleja el continuo urbano-rural” (OECD et al., 2024, p. 7). Esta clasificación se basa en la densidad y el tamaño poblacional. Y se suma, para la delimitación funcional de las áreas urbanas, la información sobre movilidad pendular (OECD et al., 2024). De este modo se identifican: a) Ciudades (50.000 habitantes o más y una densidad superior a las 1.500 personas por kilómetro cuadrado); b) Localidades o pueblos y zonas de densidad intermedia (a partir de los 5.000 habitantes y con una densidad mínima de 300 personas por kilómetro cuadrado) y c) Zonas rurales: constituidas por áreas con baja densidad poblacional o deshabitadas (Dijkstra et al., 2021).

Sili (2007), por su parte, propone el estudio desde una perspectiva de fragmentación. En esta postula que hay un conjunto de factores: diferenciación social rural, deslocalización de los beneficios y los procesos productivos, nuevos vínculos con la ciudad, imposición del modelo del agronegocio, que en sinergia construyen un modelo de organización fragmentaria de lo rural. El autor indica que las áreas rurales

[...] ya no se presentan como territorios apropiados y organizados por comunidades rurales, sino como un mosaico de fragmentos espaciales, es decir un conjunto de parcelas agrícolas o áreas rurales de diferentes tamaños, controlados por diferentes actores con lógicas espaciales, sociales y económicas particulares y muy diferentes entre sí, dentro del cual se consolida una lógica productiva empresarial y deslocalizada de los territorios rurales (2007, p. 28).

De este modo, se construyen por la acción conjunta de actores locales y extralocales, los que en general trabajan de forma desarticulada mostrando que no tienen “capacidad de construir un proyecto global compartido para el territorio” (2007, p. 28). Brevemente, Sili (2007) establece que en este modelo desaparecen el antagonismo rural-urbano y la idea de un continuo rural-urbano. En el enfoque de

la fragmentación, por el contrario, se distinguen ámbitos rurales y urbanos, cada uno influenciado por procesos globales que afectan de modo desigual a cada uno, según lo que se valora en un momento dado.

En cuanto a la perspectiva territorial Gaudin (2019, p. 28) deja en claro que “el enfoque no tiene la pretensión de conceptualizar un espacio ni definirlo como rural, urbano o intermedio, sino que integra una diversidad de espacios y analiza sus dinámicas sistémicas para asumir su complejidad”. Aquí el territorio rural no es contraparte de la urbanidad, sino que se presenta como un espacio heterogéneo y dinámico.

En el enfoque territorial, la unidad de observación, análisis e intervención se estructura a partir de la integración de los elementos espacio – temporales: el entorno físico y geográfico, y la dimensión histórica. Esa integración da lugar a una estructura viva y cambiante de grupos sociales asentados en una base de recursos naturales de cuyos atributos se desprenden una estructura económica y unas relaciones sociales de producción, que a la vez condicionan el desarrollo de instituciones, redes y estructura de poder, sobre los cuales se fundamentan los procesos de formación social (Sepúlveda et al., 2003, p. 76).

Esta propuesta se caracteriza como una alternativa a la dicotómica y a los enfoques intermedios. Comprende al territorio como construcción social donde los actores sociales dan sentido e identidad a los lugares en los que habitan, transitan y producen, se apropian de ellos tanto en sentido físico y social como emocional.

A propósito del enfoque territorial, es preciso reflexionar sobre el territorio. Tal como expresa Mançano Fernandes (2009), conceptualizar al territorio implica pensar sobre el espacio geográfico. El espacio geográfico es una totalidad, un conjunto inseparable de sistemas de objetos y sistemas de acciones (Santos, 1996) que reúne a la naturaleza y la sociedad mediadas por las acciones sociales, por

las técnicas, por las relaciones sociales que le dan sentido y significatividad. Entonces, el territorio es una construcción a partir del espacio geográfico.

El territorio es espacio geográfico apropiado, hecho cosa propia, en definitiva, el territorio es instituido por sujetos y grupos sociales que se afirman por medio de él. Así, hay siempre territorio y territorialidad, o sea, procesos sociales de territorialización. En un mismo territorio hay, siempre, múltiples territorialidades. Sin embargo, el territorio tiende a naturalizar las relaciones sociales y de poder, pues se hace refugio, es decir, lugar donde cada cual se siente en casa, aunque en una sociedad dividida (Porto Gançalves, 2009, p. 127). En la ruralidad entonces podemos referenciar los territorios del agronegocio, los de la agricultura familiar y los del campesinado.

## La ruralidad

Desde las perspectivas presentadas, “la ruralidad se analiza como componente de un sistema complejo donde conviven e interactúan diferentes sectores productivos, tradiciones, culturas y hábitos sociales” (Gaudin, 2019, pp. 28-29). La noción de ruralidad, como argumenta Abramovay, “se convierte en una categoría territorial, cuyo atributo decisivo está en la organización de sus ecosistemas, en una densidad demográfica relativamente baja, en la sociabilidad de interconocimiento, y en su dependencia en relación a las ciudades” (Abramovay, 2006, p. 51).

Sili (2005) define a la ruralidad como las formas de vinculación que tienen las personas y grupos sociales con el espacio rural, a partir de las cuales construyen su sentido social de lo rural, su identidad y sus formas de valorización del patrimonio. En este sentido, la ruralidad puede reunir de manera superpuesta y problematizadora –según el territorio que se observe– a actores tradicionales y a otros que se

van sumando. La ruralidad muestra un ensamble no siempre bien articulado entre el campesinado, los pequeños, medianos y grandes productores, los contratistas, las empresas transnacionales, nuevos pobladores o turistas, actividades ligadas al agronegocio, la agroecología, el turismo, la recreación, el ocio, concentrando estos últimos emprendimientos en sectores de hotelería, gastronomía, deportes u otros.

En la ruralidad argentina ese proceso se caracteriza por un doble pulso. El primero corresponde a finales de la década de 1970 de la mano de:

[...] la renovación de un modelo de crecimiento agropecuario basado en la integración de la ciencia, la tecnología y la información [que] permitirá el despliegue de un sistema moderno de producción y un aumento de la productividad definido como agricultura científica (Santos, 2004). Los espacios agrícolos de la pampa argentina no serán ajenos a este fenómeno y las transformaciones ocurrirán a nivel socioeconómico espacial (Picciani, 2016, p. 10).

El segundo pulso, desarrollado desde la década de 1990, emerge cuando la ruralidad comienza a observarse como alternativa de vida, como refugio o como área para el disfrute del tiempo libre. De este modo, pasa a ser un ámbito de superposiciones y de nuevas vinculaciones.

Ambos han coincidido con momentos en los que las condiciones de producción y reproducción social del espacio rural han tenido transformaciones sustantivas, y eso mismo se observa en los debates acerca de lo rural (Lus Bietti, 2023).

Algunos autores remarcan el protagonismo de las zonas rurales en un escenario en el que predominan la urbanización e industrialización, donde se crea una nueva dinámica, pero se mantiene la forma de vida rural, reafirmando su importancia y particularidad (Da Silva, 2004). Es decir, frente a la homogeneización pretendida por la globalización cultural y económica y a los procesos de reestructuración productiva y territorial asociados, se advierte cierta

resignificación y reivindicación de lo rural, siendo la población de este espacio un actor colectivo clave en la lucha por mantener sus particularidades (Castro, 2018; Furini da Ponte, 2012; Sili, 2005).

En la diversidad rural contemporánea, Llambí (2013) propone identificar cuatro procesos principales de transformaciones propias de las últimas décadas en Latinoamérica. En primer lugar, las vinculadas al agronegocio; en segundo término las asociadas con la agricultura familiar; en tercera instancia, aquellas relacionadas con la diversificación de las actividades o fuentes de ingresos, con la incorporación a otras tareas –la pluriactividad– y, por último, los procesos donde hay predominio de población campesina o de origen étnico minoritario, generalmente identificados como grupos excluidos, pero que están accionando territorialmente y ejemplifican resistencias.

Reig et al. (2016) identifican inquietudes en cuanto a la heterogeneidad adquirida por la ruralidad y la necesidad de implementar enfoques territoriales integrales en reemplazo de las perspectivas sectoriales. También, sostienen que estos parámetros básicos deben tener como punto de partida la escala local para observar en detalle las diferenciaciones territoriales. Otros temas de interés que mencionan se relacionan con la capacidad de los pobladores para participar de actividades económicas en estrecha vinculación con el capital social presente en cada recorte territorial.

En esta línea, Larrubia Vargas et al. (2019, p. 2) afirman que “la ruralidad se construye a partir de unas bases territoriales, culturales y productivas heterogéneas, lo que pone en evidencia que no existe una sola ruralidad”. La Geografía Rural renovada propone definir lo rural desde cuatro dimensiones: la espacial, la social, la representacional y la procesual, siendo actualmente una categoría de análisis compleja (Reveyaz y Poulot, 2018). La revisión de numerosos trabajos es la base para que Lus Bietti (2023) describa en Argentina, cinco grandes temas de abordaje actual de lo rural: 1) la vigencia y emergencia del agro moderno; 2) los

conflictos por la tierra, territorios y recursos; 3) las comunidades indígenas, campesinas y otros actores rurales; 4) los problemas ambientales y la valorización de la naturaleza; y 5) la relación urbano-rural y el desarrollo territorial rural.

La multifuncionalidad del espacio rural se aprecia en sus diferentes usos y ocupaciones que van más allá de lo agrario productivo (Kay, 2007). Tal como expresan Schroeder y Formiga (2011), en Argentina, la apreciación del espacio rural –además de lo agroproductivo– ocurre en un doble sentido; como ámbito de residencia, especialmente como segunda vivienda debido al menor costo de la tierra; y como espacios de turismo y recreación impulsados por una mayor conciencia ecológica, la prestación de paisajes y biodiversidad, la necesidad de contacto con la naturaleza –o con aquello que los sujetos entienden como tal–, la valoración de los modos de vida tradicionales y los cambios de paradigma propios de la práctica del turismo. Al respecto debemos tener presente que numerosas transformaciones acompañan la implantación de políticas neoliberales desde los años 1990, proceso que “conllevó cambios a favor del desarrollo del turismo y el surgimiento de modalidades alternativas, muchas asentadas en espacios rurales” (Gordziejczuk y Ares, 2025, p. 8). Más aún, en el país, la valorización del espacio rural, con fines no agroproductivos, genera enclaves destacados donde se produce un fenómeno que algunos han calificado como neorruralidad (por ejemplo, Quirós, 2017; Sili, 2019; Trimano, 2017).

Como han mostrado algunas investigaciones, los procesos que apuestan a la reconfiguración del espacio rural no siempre están exentos de controversias.

En torno a ello, Craviotti (2007) observó en Exaltación de la Cruz tensiones entre sectores agropecuarios y actores vinculados con (o beneficiados por) la expansión inmobiliaria. Jacinto (2012) exploró las transformaciones producidas por la renovación de los vínculos rural-urbanos en asentamientos de rango menor en Tandil, mostrando las representaciones y discursos aportados por actores locales.

Analizó que el proceso de repoblamiento (aunque no tiene gran valor cuantitativo) simbólicamente ayuda a revertir la imagen de éxodo, pero al mismo tiempo confronta formas de vida diferentes. Asimismo, la difusión de usos turístico-recreativos por un lado fomenta ideas en torno a la reactivación local, y por otro genera temores en los locales (a perder la tranquilidad, a la falta de seguridad, al cambio de costumbres). González Maraschio (2012) se dedicó al análisis de los procesos de transformación en los ámbitos rurales y urbanos, focalizando en la necesidad de repensar el sentido de lo rural en relación con las nuevas valorizaciones de ese ámbito. Se reitera la identificación de roces entre una ruralidad productiva y una ruralidad residencial permanente y temporal.

Neiman y Blanco (2020) reflexionaron desde el análisis de la población rural en la provincia de Santiago del Estero en relación con el avance de la frontera agropecuaria vinculada a la producción de soja. El arribo del agronegocio ha implicado la expulsión de población rural, debido a la transformación del paisaje de la ruralidad, con deforestación y reconversión productiva. Zarrilli (2020) dio cuenta de este debate al referirse al proceso de agriculturización, pampeanización y sojización operado en Argentina, con núcleo de expansión e irradiación desde la región pampeana hacia lo extrapampeano, documentando las consecuencias positivas y negativas que a nivel social, económico, ambiental o político tuvieron estos procesos. Su estudio analiza lo operado en la región chaqueña, donde concomitantemente suceden el avance de la agricultura industrial con el objetivo de producir alimentos y el desalojo o desplazamiento de población rural dedicada a trabajar y a vivir con y del monte chaqueño. Por tanto, las contradicciones se encienden, se trata de producir alimentos a costa de destruir bosque nativo, es la historia de la humanidad en pos del llamado progreso.

Lo cierto es que la conversión de los sistemas naturales tiene altos costos con pérdida de biodiversidad, instauración del monocultivo, aumento de emisión de gases

de efecto invernadero, afectación en el acceso a agua segura, se minimizan los servicios ecológicos y se incrementa la dependencia de insumos sintéticos. Estudios focalizados en localidades de General Pueyrredon (Buenos Aires) nos muestran que, frente a procesos de poblamiento acelerado e inversiones destinadas a sectores económicos de ingresos altos, hay cambios y se “generan tensiones entre las áreas residenciales y las agroproductivas, como también disputas entre vecinos de distintas generaciones o entre pares con distintas formas de ver el mundo y proyectarse hacia el futuro” (Ares et al., 2020a, p. 151). Específicamente en Chapadmalal estas tensiones cobran especial relevancia de la mano de transformaciones radicales en el territorio local (Gordziejczuk y Ares, 2025)

En los últimos años, y en gran medida vinculadas con la pandemia por COVID-19, se advierten nuevas transformaciones en los territorios rurales, situación sobre la que se han iniciado algunas investigaciones en distintos países, especialmente europeos (De Cos Guerra, 2023; García Montes, 2024; González-Leonardo et al., 2022). Estos procesos, no adquirieron la intensidad con la que se especulaba en algunos ámbitos (González-Leonardo et al., 2022), pero dan continuidad a la puesta en valor de lo rural y su permanente transformación. Entre las motivaciones para esta revitalización de lo rural, García Montes indica:

[...] la reubicación residencial emprendida por algunas personas puede identificarse como una “escapada”. Por un lado, el escape de un contexto urbano (contraurbanización) amenazante y riesgoso como consecuencia del virus [...]. Por otro lado, se produjo una escapada de la idiosincrasia urbana (2024, pp. 21-22).

En el caso de Argentina, aún no se encuentran publicaciones específicas sobre este período de crisis, aunque análisis preliminares de información referida a los pueblos de la provincia de Buenos Aires expresan que entre 2001 y 2022 habría cierta reversión relativa del proceso de declive

demográfico, con predominio de situaciones de crecimiento positivo en localizaciones particulares. En tal sentido, al igual que para el caso investigado por González-Leandro et al. (2022), se observa que sería un proceso que tiende a concentrarse en proximidad de grandes ciudades (Área Metropolitana de Buenos Aires, Mar del Plata, Bahía Blanca), en pueblos costeros con viviendas secundarias (costa Atlántica desde Mar Chiquita hacia el sur) o en zonas con otro tipo de paisajes atractivos (como es el sistema serrano de Ventania) (Ares, 2025).

Es decir, los sujetos buscarían la proximidad a ciudades para preservar la satisfacción de necesidades de abastecimiento, educación o atención de la salud, quedando relegadas las aglomeraciones con menos servicios, baja accesibilidad y deficitarias opciones de conexión a internet (González-Leandro et al., 2022). Sobre este punto es preciso retomar la idea de articulación entre calidad de vida y poblamiento ya que en el desarrollo de estos procesos los niveles de bienestar en las localidades son un factor primordial, considerando inclusive la oferta de servicios básicos, para construirlas como destinos preciados y en áreas residenciales que retengan a su población. La llegada de nuevos pobladores redundaría no solo en la ralentización del envejecimiento, sino que podría contribuir a transformaciones en el crecimiento vegetativo. En relación con los cambios demográficos, el incremento del volumen poblacional también sería generador de nuevas demandas, lo que a su vez tiene implicancias en el sostenimiento de servicios –educativos, sanitarios, comerciales, de transporte– y la incorporación de nuevas opciones.

Los aportes citados anteriormente sobre el poblamiento de áreas rurales, tanto dispersas como agrupadas, denotan la necesidad de profundizar los conocimientos en torno a procesos de expansión que no responden a los modelos de urbanizaciones cerradas privadas, sino que se pueden definir como una apuesta a la vida abierta, a los espacios públicos, a las relaciones sociales entre vecinos y otros

residentes del distrito. Pero también, a la confrontación, al actuar diferente en y con el territorio.

Ante todo, los trabajos revelan el interés por ahondar en la dinámica social, económica y demográfica de los territorios rurales. Algunas contribuciones ponen de relieve la necesidad de interpretar la relación entre prácticas espaciales y sentidos de lugar. Igualmente se exponen como vías de interés las demandas por escasez o falta de infraestructura de servicios, la posible existencia de tensiones entre antiguos y noveles pobladores o entre actividades económicas tradicionales o novedosas (primordialmente lo residencial frente a lo agroproductivo o lo turístico).

## **De los conceptos a la delimitación de ruralidades**

En relación con los debates teóricos sobre la ruralidad y la delimitación de lo rural, se observa que los estudios de carácter empírico están concentrados en algunos temas clave, como la expansión de la frontera agropecuaria o el despoblamiento rural. Sin embargo, son escasos los estudios vinculados con problemáticas tales como la pobreza rural (Mathey, 2007), la calidad de vida rural (de Arce y Salomón, 2020; Mikkelsen, 2016; Velázquez y Mikkelsen, 2010) y el bienestar rural (Mikkelsen et al., 2018, 2020; Ares et al., 2024). Tampoco hay un desarrollo extenso sobre las distinciones entre lo rural y lo urbano superadoras del enfoque dualista, aún dominante debido a que numerosas investigaciones apelan a las bases de datos censales, ancladas en la distinción basada en el umbral demográfico. Esto se debe a que el sistema estadístico nacional de Argentina aún no adhirió al debate y a la búsqueda de una distinción superadora de la demográfica.

En alguna de estas investigaciones, desarrolladas en el escenario de la discusión sobre lo rural y las ruralidades en Argentina, se ha buscado debatir y proponer la distinción

entre rural y urbano, incorporando la noción de diversidad y complejidad, desprendida del umbral demográfico o de variables simples (Castro y Reboratti, 2007).

En otros territorios, algunos equipos han trabajado en el pasaje desde las discusiones teórico-conceptuales a la implementación. En tal sentido observamos que se apela a la complementariedad entre criterios estáticos y dinámicos para definir la ruralidad (Sansone Casaburi, 2024). No obstante, la dificultad técnica persiste, no es fácil obtener un indicador universal, y creemos que tampoco sería necesario, dado que se incurriría en una injusticia espacial, en un etiquetado homogeneizante, quizá demandado para la toma de decisiones, pero que no estaría ajustado a la diversidad de los territorios.

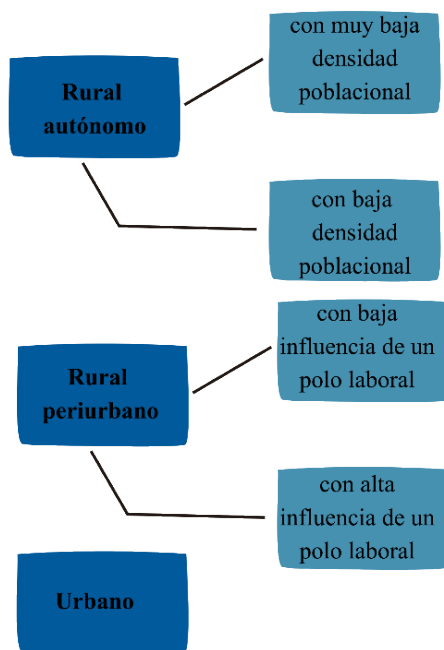
En una aplicación para España, Reig Martínez et al. (2016) consignan que en la definición de lo rural persiste la importancia de atender a aspectos caracterizadores clave. En esta línea proponen e implementan la identificación de ruralidades a partir de tres indicadores, los que no combinaron en un índice, sino que los estudiaron de forma individual. Los indicadores que seleccionaron los autores son demográficos (umbral de población y densidad), de huella social (evaluada a través de las coberturas/ usos artificiales del suelo) y de accesibilidad a servicios públicos de interés general.

Para la identificación de áreas rurales en Italia, Perchinunno et al. (2019) propusieron analizar escenarios referidos a cuatro dimensiones, como son la demográfica, la morfológica (atiende a riesgos derivados de deslizamiento de suelos, áreas forestales y variación de las superficies dedicadas a la agricultura); la económica (empleo total y por sector), servicios e infraestructura (salud, educación, transporte y brecha digital).

Francia, por su parte, implementó desde 2021 una metodología basada en la densidad poblacional y la influencia de polos de empleo (D'Alessandro et al., 2021). Como

resultado de este desarrollo, distinguen un conjunto complejo constituido por las siguientes categorías (Figura 2).

Figura 2. Delimitaciones de lo rural propuestas para Francia



Fuente: elaboración propia en base a D'Alessandro et al. (2021).

Para Chile los autores Osses et al. (2006) pusieron en discusión la definición del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) que entiende como Entidad Urbana a un conjunto de viviendas concentradas con más de 2.000 habitantes o entre 1.001 y 2.000 donde el 50 % o más de su población económicamente activa está dedicada a actividades secundaria y terciarias y propusieron la aplicación de una aproximación funcional con el objetivo de definir la ruralidad en

su país considerando criterios espaciales como son la densidad poblacional y el tiempo de viaje hacia o entre ciudades equipadas.

Estos mismos autores expresan que en Australia, Canadá y Estados Unidos se emplean medidas de ruralidad variables según el objetivo que sea necesario cubrir, es decir, subsidios, impuestos, aprovisionamiento de infraestructuras de educación o salud. Por ejemplo, Australia emplea el Índice de Accesibilidad/Remotitud de Australia (ARIA son sus siglas en inglés) y clasifica los territorios en función de las distancias y tiempos de viaje para la prestación de un servicio.

Gaudín y Padilla Pérez (2023), desde la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), apuntan como criterios estáticos la densidad de población, la presencia de servicios públicos y la importancia de la actividad agrícola/ganadera. Y como parámetros dinámicos aluden a las migraciones laborales cotidianas o semanales, los flujos turísticos o comerciales y el origen de los nuevos habitantes. Sobre esa base se puede pensar que, además de la presencia de servicios públicos esenciales, sería interesante considerar la existencia de equipamiento comunitario, con las especificidades de la ruralidad. Algo similar ocurre sobre la idea que alude a la importancia de la actividad agrícola, que se debería complementar con la actividad ganadera.

Si bien algunas investigaciones nacionales han discutido el concepto de población rural y referido a la necesidad de adoptar una nueva delimitación para Argentina, aún no han tenido repercusión en el sistema estadístico nacional. Esta situación, así como la discusión al interior del equipo respecto de la dicotomía rural/urbana motivó la búsqueda de una estrategia posible, delineada en la combinación de dimensiones y variables para proponer una delimitación alternativa que acompañe los debates actuales y las situaciones observadas en el territorio regional, sobre la que se avanza en el Capítulo 7.



## 2

# **Del modelo de la modernización agraria a la construcción de un nuevo paradigma de bienestar rural**

MARCELO SILI

La discusión sobre los modelos de desarrollo rural es un tema recurrente en América Latina y en Argentina, debate que es planteado por organismos de cooperación, organismos nacionales y organizaciones de productores agropecuarios. Así, los organismos internacionales plantean en forma permanente, y con diferentes ritmos, propuestas y recomendaciones de política para la mejora de las capacidades de producción y de las condiciones de vida en las áreas rurales. Estos documentos son en ocasiones adoptados por los gobiernos nacionales con diferente suerte, a veces se siguen dichas recomendaciones, y se intentan aplicar propuestas e iniciativas, con el apoyo de la banca multilateral y los organismos de cooperación, en otros casos son tenidos en cuenta solo como referencia técnica o instrumental (CEPAL, Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), 2015).

Los gobiernos nacionales también plantean una discusión sobre los modelos de desarrollo rural a seguir, aunque estas propuestas suelen ser mucho más cambiantes y de carácter más informal, eventualmente con limitaciones a nivel técnico e informacional, lo cual no les permite construir un sustento sólido a las acciones de política.

Actualmente la discusión sobre modelos de desarrollo agropecuario y rural vuelve a estar vigente, en Argentina, como en América Latina (Betancourt Morales & Zartha Sossa, 2020). En líneas generales, esta discusión se centra en la construcción de tres posibles senderos de desarrollo rural en la región (Rieutort, 2023).

*Sendero de la tecnología y la producción.* Este primer sendero o propuesta de modelo constituye la continuidad y amplificación del modelo de la modernización tecnológica, es decir, se plantea la necesidad de potenciar el cambio tecnológico y la aplicación de nuevos conocimientos científicos y tecnológicos para aumentar el crecimiento y la competitividad del sector agropecuario y de producción de bienes derivados de los recursos naturales. Este sendero se basa en la idea de que es a través de la tecnología y los nuevos conocimientos que se podrá aumentar la producción y revertir los problemas ambientales derivados del modelo de la modernización vigente en las últimas décadas. Este discurso está sostenido en gran parte por las organizaciones de productores y los sectores empresariales, especialmente los de mayor escala (Trivelli y Berdegué, 2019).

*Sendero de la producción y el ambiente.* Este sendero de desarrollo rural considera que es necesario e imperativo conciliar el desarrollo productivo y el ambiente. Sin una atención adecuada a la problemática ambiental, no podrá sostenerse el desarrollo productivo en el largo plazo. Este sendero se sustenta en gran parte en los discursos de los organismos internacionales y desde el punto de vista conceptual e instrumental en los objetivos de desarrollo sostenible. Existe en esta formulación una creencia de que, a través del crecimiento productivo ambientalmente sustentable, se podrá generar un efecto derrame y se podrán revertir los problemas de la pobreza rural (Adloff & Neckel, 2019).

*Sendero del bienestar rural.* Emerge un tercer sendero o propuesta de modelo de desarrollo que ya no considera al cambio tecnológico y al aumento de la producción sustentable de bienes primarios como el camino para el desarrollo,

sino que, por el contrario, pone el foco en la mejora de las condiciones y en el bienestar de la población rural como estrategia para el desarrollo rural (Yin et al., 2022). Este sendero plantea que el desarrollo productivo constituirá un derivado de la mejora sustancial de las condiciones de vida de la población rural (Bourquia & Sili, 2021; Camarero, de Grammont & Quaranta, 2020; Garambois et al., 2020).

A través de estas páginas se pretende contribuir a una reflexión amplia sobre el sentido del bienestar rural y entender las razones por las cuales sería posible, en este momento histórico, avanzar con la construcción y consolidación de un nuevo modelo de desarrollo basado en esta idea de bienestar rural. Para ello se hará en primer lugar un repaso de las consecuencias del modelo de la modernización agraria, específicamente para el caso de la Argentina y de la región pampeana. Luego observaremos cómo las nuevas dinámicas e innovaciones emergentes están transformando la organización y la dinámica de los territorios rurales y están abriendo las puertas a la construcción de un nuevo modelo de desarrollo. Por último, pretendemos señalar algunas pistas que permitirían avanzar en la construcción de esta nueva propuesta de organización y dinámica de los territorios rurales.

## **La herencia del modelo de modernización agraria**

A través de su historia, los espacios rurales de la Argentina tuvieron diferentes períodos o modelos de organización social y territorial (Chonchol, 1994). Algunos de estos modelos estuvieron estrechamente ligados a la acción de los actores privados, por ejemplo, los estancieros de fines del siglo XIX muchas veces vinculados a mercados internacionales y a los sectores de poder. En otras ocasiones, se construyeron y modelaron los espacios rurales a partir de las acciones directas del Estado en su esfuerzo por controlar

y diseñar las formas de organización de estos, como en el caso de la creación de colonias agrícolas o las zonas de irrigación. Estos diferentes períodos o modelos de organización social y territorial dieron como resultado variadas formas de organización de los pueblos, del parcelamiento de la tierra, a las vías de comunicación, a las infraestructuras y equipamiento, a las identidades locales y regionales, en definitiva, a la vida social y cultural de los vastos espacios rurales de la Argentina (Sili, 2018, 2021; Sili et al., 2015).

Más allá de quién ejerció el control y la organización de los territorios rurales, estas etapas o modelos históricos tuvieron algo en común: fue la valorización de los recursos naturales disponibles, a través de la agricultura y la ganadería, lo que estructuró y organizó los territorios rurales. Así, en la Argentina el sector agropecuario ha sido sinónimo indiscutible de rural.

El último modelo histórico, vigente desde mediados de siglo XX, ha sido denominado de modernización agraria, el mismo se caracterizó por un fuerte proceso de modernización tecnológica en la producción y en los transportes y comunicaciones, la adopción de nuevas formas y pautas de consumo y el aumento sustancial de la producción agropecuaria. A partir de las últimas décadas del siglo XX este modelo también incluyó políticas de desregulación y descentralización (Sili, 2021). Este conjunto de políticas impactó sobre las infraestructuras, los equipamientos y los servicios en las áreas rurales (cierre de ramales ferroviarios, reorganización administrativa, etc.) y también obligó necesariamente a las empresas agropecuarias a aumentar las escalas productivas, a mejorar los sistemas de gestión y a modernizar los sistemas productivos de manera que pudieran encontrar un nuevo punto de equilibrio y rentabilidad. Se privilegió así la expansión agraria hacia otras regiones (región chaqueña especialmente) y la rentabilidad de las empresas más grandes, que pueden continuar su proceso expansivo incorporando capital y nuevas tierras en todos los sectores productivos. Estos cambios dieron lugar a un

modelo de más complejidad rural, con mayores tensiones por la ocupación y el uso de la tierra y por los impactos sociales y ambientales que se generan (Gras y Hernández, 2009; Manzanal, 2013).

Más allá del fuerte crecimiento productivo y de generación de recursos, este modelo de desarrollo ha tenido impactos claramente reconocidos en el caso argentino. Se estima que entre la década de 1980 y la actualidad más de 400.000 agricultores dejaron los campos y los pequeños pueblos y parajes, especialmente aquellos que no podían generar mayores ingresos en sus unidades productivas debido a la reducida superficie de sus tierras, el bajo nivel tecnológico y las dificultades para la comercialización. La población rural disminuyó sistemáticamente, pasando de 6 millones de habitantes en las zonas rurales en la década de 1950 a menos de 2 millones al año 2020. Desde el punto de vista ambiental la situación también ha sido crítica, el fuerte crecimiento productivo tuvo su correlato en la desaparición de pastizales, montes y bosques nativos, la disminución de la biodiversidad y la pérdida de numerosas especies de flora y fauna, con una fuerte homogeneización y simplificación de los ecosistemas. Y finalmente la contaminación de suelos y agua por la masiva utilización de insumos químicos (fertilizantes, herbicidas, pesticidas), lo cual ha sido fuertemente criticado desde diversos ámbitos debido al impacto sobre la salud (especialmente cáncer, trastornos respiratorios y afecciones de la piel) (Sili, 2021).

Bajo este modelo, lo rural es considerado como un “mero espacio productivo”, lugar de producción y marginalmente un lugar para vivir y construir un proyecto de desarrollo personal. Frente a esta imagen de lo rural, la ciudad se asocia como “La Meca” del progreso, la modernidad y el desarrollo, asociando crecimiento y desarrollo con urbanización e industria (Guibert & Sili, 2011). Como producto de una mirada reductora sobre lo rural no se han construido las políticas y los procesos que permitan mejorar sustancialmente la vida en el medio rural. Vivir, trabajar

y construir un futuro de desarrollo personal en las áreas rurales de la Argentina ha sido una tarea de gran dificultad porque se carece de las infraestructuras, equipamientos y servicios necesarios comparativamente con lo que sucede en la Argentina urbana. Así la provisión de bienes y servicios, el acceso a la salud, la capacitación y la educación en general, el acceso a bienes culturales, el ocio y la recreación implican siempre un gran esfuerzo que genera una división social entre quienes pueden movilizarse para acceder a los mismos y aquellos que no pueden hacerlo, manteniendo situaciones de marginalidad e inaccesibilidad a servicios que constituyen para la mayoría de los habitantes de las ciudades elementos cotidianos. Evidentemente el histórico éxodo rural refleja en parte esta carencia y esta imposibilidad de vivir mejor en el medio rural.

### **Innovaciones, nuevas dinámicas y oportunidades para los territorios rurales**

Este modelo de organización rural se enfrenta a nuevas dinámicas de cambio en la actualidad. Más allá de la globalización, la urbanización, el cambio climático y ambiental, que son procesos de larga data y que afectan a todo el mundo, hay otros factores claves o innovaciones, que están generando nuevas condiciones en los territorios rurales, en especial a partir de la pandemia del COVID-19, tanto en Argentina como a nivel global.

Un primer factor emergente, disruptivo y clave para el futuro son las nuevas miradas sobre la naturaleza y las crecientes demandas para resolver la crisis ambiental global. A pesar de las evidencias sobre el desastre ecológico en todo el mundo, los países mantienen una lógica de producción, crecimiento y consumo que tiene efectos críticos sobre el ambiente y los recursos; frente a esta realidad emerge una nueva preocupación por los efectos del cambio climático,

por las condiciones de los hábitats, por la generación de nuevas formas de relación con la naturaleza y por el acceso a una alimentación sana y natural. Esta conciencia impulsa la aparición de modos alternativos de producir, consumir, moverse y habitar. Por ejemplo, crece la producción y el consumo de productos orgánicos y locales, los productores agropecuarios ponen en marcha prácticas más sustentables, se difunden campañas masivas destinadas a reducir el uso del plástico y a promover el reciclado de materiales y residuos, se desarrolla la bioconstrucción, y se crean nuevos espacios verdes y recreativos. Estas demandas y prácticas han dado lugar al surgimiento de grupos, redes o movimientos que abogan por la conservación de un recurso y contra la contaminación del agua y del aire, el uso de plásticos y otros productos no degradables, el maltrato de los animales, la minería a cielo abierto y el uso de agroquímicos, entre muchos otros.

Un segundo factor lo constituye la demanda de más espacio disponible para vivir, de un mayor equilibrio territorial y de mejores condiciones de los hábitats. La pandemia de COVID-19 amplificó y visibilizó más que nunca estas problemáticas ya que la enfermedad y la cuarentena no se vivieron de la misma manera en el campo, los pueblos y las ciudades. La inmovilidad impuesta por la cuarentena puso de manifiesto la importancia del lugar donde vivimos, nuestras casas, nuestros barrios, nuestros pueblos y ciudades. Las personas que habitan en viviendas precarias en las ciudades, en condiciones de hacinamiento, donde el patio es la calle y la calle es la vida social, viven la pandemia como un nuevo drama que se suma a su histórica pobreza. Para ellos tiene gusto a abandono y a reclusión en espacios mínimos e insalubres de los que no pueden salir por el temor a la enfermedad y a la muerte. Los habitantes de nuestras ciudades, abigarradas, congestionadas, hechas a fuerza de especulación y concentración, también descubren con la cuarentena que vivir en espacios minúsculos, alejados de toda relación con la naturaleza, se ha convertido en un problema central

en sus vidas. En cierto modo existe un imaginario colectivo según el cual en el campo y los pequeños pueblos se dispone de espacio, acceso a áreas verdes y a la naturaleza, y la posibilidad de transitar de mejor forma la pandemia y la cuarentena. Esta idea se manifestó en la tendencia de muchos habitantes de las ciudades a informarse sobre pueblos donde establecerse y construir un nuevo proyecto de vida. Así, la pandemia y la cuarentena han puesto al descubierto más que nunca el hecho de que la disponibilidad de un lugar individual y familiar, de una vivienda digna, de cercanía con la naturaleza y de espacios colectivos es determinante en la calidad de vida de una sociedad, más allá de los ingresos y la capacidad de consumo. La pandemia aparece, entonces, como una oportunidad para emprender cambios en las formas de organizar nuestros campos, pueblos y ciudades.

Un tercer factor que está impulsando cambios en la Argentina rural es la demanda de la población de una mayor seguridad personal. El aumento de hechos delictivos, especialmente en las medianas y las grandes ciudades, es un elemento crítico en la Argentina de las últimas décadas. La falta de respuesta a este problema también impulsó la migración de muchas personas hacia las áreas rurales, especialmente a pueblos pequeños y medianos de todo el país.

Por último, un factor clave, y que viabiliza cambios estructurales en las áreas rurales, es el cambio tecnológico en las comunicaciones, los transportes y la producción. El desarrollo de la telefonía móvil e internet permitió realizar cambios notables en los sistemas de producción, la educación y la cultura, y mejorar la calidad de vida en general. Si bien la brecha tecnológica entre el campo y las ciudades es importante, los habitantes de las zonas rurales pueden acceder a nuevos conocimientos, difundir más información, generar nuevos contactos y redes, y encarar emprendimientos productivos impensados décadas atrás. Los cambios en el transporte también contribuyeron a generar nuevas oportunidades. A pesar de las limitaciones impuestas por las

grandes distancias y, muchas veces, por el mal estado de los caminos, la movilidad de la población rural se ha incrementado significativamente gracias a la mayor disponibilidad de vehículos automotores. Finalmente, las tecnologías orientadas a la producción experimentaron cambios profundos en el sector agropecuario –especialmente las AgTech (*agricultural technology*)–, donde la robótica, la información satelital, la digitalización de tareas y la utilización de softwares específicos permitieron revolucionar las formas de trabajo y producción (Dürr y Sili, 2022). Puede afirmarse que este factor de cambio tecnológico constituye una profundización del proceso de modernización tecnológica que vivió el mundo rural argentino en las últimas décadas.

Todos estos factores están contribuyendo a la emergencia de dinámicas o innovaciones en las áreas rurales, como son nuevas dinámicas migratorias desde las ciudades hacia pequeñas ciudades, pueblos y campos, iniciativas de recuperación y valorización del patrimonio y la identidad, y una dinámica de diversificación de actividades productivas, entre otras (Camarero y Oliva, 2016).

Desde el punto de vista conceptual podemos entender a estas innovaciones como el proceso de creación de un nuevo producto, proceso, servicio o modelo de gestión, que puede incrementar la eficiencia o abrir nuevos caminos o alternativas de solución a diferentes problemas. Estas innovaciones no se centran únicamente en la incorporación de nuevas tecnologías, sino en procesos sociales que permiten crear elementos y procesos nuevos capaces de brindar soluciones a la sociedad. En síntesis, la innovación nunca es una sola tecnología o actividad de aportación de factores, sino un proceso complejo de construcción de ciencia, tecnología, políticas, sistemas y redes (O’Shaughnessy et al., 2023). Estas innovaciones dependen también de las especificidades geográficas, sociales y culturales de los lugares donde se producen, ya que las características geográficas generan condiciones y dirigen en buena medida las iniciativas. En

este sentido, la innovación se considera una construcción social condicionada por el contexto geográfico en el que se produce (Madureira y Torre, 2019).

De esta manera la innovación atraviesa muchas esferas de la vida comunitaria, materializándose en una variedad de dinámicas que incluyen la protección del medio ambiente, la preservación del paisaje, la recuperación y valorización del patrimonio, la reconstrucción del tejido social, la animación socioterritorial, entre otros (Pyburn y Woodhill, 2014). Esparcia, plantea varios tipos de innovaciones en los territorios rurales: nuevos productos (agroturismo y otras actividades rurales relacionadas con la protección del medio ambiente), innovaciones tecnológicas (tecnologías para el riego, el control de la contaminación, el tratamiento de residuos y de productos agrícolas, etc.), procesos innovadores (proyectos basados en la cooperación de las partes interesadas), innovaciones organizativas (nuevas estructuras de cooperación entre los actores locales) e innovaciones actitudinales (promoción de la cooperación, desarrollo de modelos más resilientes para afrontar nuevos retos, etc.) (Esparcia, 2014).

Más allá de los diferentes tipos de innovaciones posibles, lo importante a destacar es que en las áreas rurales de la Argentina y de la región pampeana en general, los procesos de innovación son potencialmente disruptivos y creadores de nuevos mundos (Yin et al., 2022; Wang et al., 2023), ya que tendrían la capacidad de cambiar agendas, instituciones y agencias y, por lo tanto, de influir en los roles y rutinas sociopolíticas, las creencias, el conocimiento, los flujos de poder y los recursos (de Fátima Ferreiro et al., 2023).

Para poder interpretar estas dinámicas de innovación y su contribución al cambio de modelo de organización y desarrollo de los territorios rurales, seguimos el enfoque o método multinivel planteado por Geels, que analiza los procesos de innovación teniendo en cuenta tres niveles (Geels, 2019):

Las actividades innovadoras. La aparición de innovaciones o actividades o procesos novedosos que inicialmente pueden considerarse actividades nicho, pero que representan un embrión de nuevos modelos de desarrollo. Estas actividades pueden permanecer como actividad de nicho, como casos únicos, o bien pueden escalar y consolidarse como actividades dominantes (Havas et al., 2023; Jia, 2021). Un caso paradigmático en la historia reciente argentina ha sido la aparición del cultivo de la soja y los modelos de gestión asociados. Esa actividad fue inicialmente de nicho, pero luego, y gracias a diferentes condiciones de contexto, se pudo consolidar como un modelo productivo dominante. Actualmente, en las áreas rurales de la Argentina se observan otras diversas innovaciones, como son la aparición del turismo rural, las iniciativas bioeconómicas, los procesos de rescate y valorización del patrimonio biocultural, entre muchas otras, estas pueden permanecer como simples actividades de nicho, o bien escalar y construir otros regímenes sociotécnicos.

El funcionamiento de un régimen sociotécnico. El régimen sociotécnico se refiere a los diversos elementos que constituyen un modo de producción, como las tecnologías existentes, las prácticas de producción y organización, las regulaciones y normas, las formas de gobernanza, las infraestructuras, las condiciones de organización de los recursos (tierra, propiedad, organización espacial) y los discursos socioculturales que sustentan el régimen de producción (en el caso argentino este discurso claramente se basa en el aumento de la producción agropecuaria como clave del desarrollo rural). Un régimen sociotécnico se vuelve estable, pero cambia a medida que surgen nuevas innovaciones o procesos disruptivos que lo transforman sistémicamente (Markard y Truffer, 2008; Truffer, 2016). De este modo, las innovaciones no solo deben considerarse un elemento novedoso, capaz de generar empleo o mejorar las condiciones de gobernanza o la sostenibilidad medioambiental, sino

que también deben valorarse por su capacidad para modificar el régimen de organización productiva y social de un territorio, contribuyendo así a generar cambios profundos en su dinámica y, por lo tanto, en la dinámica de un territorio. En el caso del mundo rural argentino, por ejemplo, la aparición de nuevas variedades genéticas y el advenimiento de prácticas como la siembra directa u otras formas de financiamiento de la agricultura fueron innovaciones que rápidamente se extendieron y modificaron el régimen sociotécnico de la agricultura, gracias también al discurso predominante y, por ende, transformaron los territorios rurales.

Las condiciones de contexto. El tercer elemento a considerar es el contexto territorial, político, económico y cultural de un territorio, una provincia o un país en el cual se producen las innovaciones. Estas condiciones de contexto ejercen presión sobre el régimen sociotécnico existente para transformarlo (por ejemplo, el cambio cultural en torno al medio ambiente, las nuevas demandas de productos alimenticios, entre otras), pero estas condiciones también son transformadas por el propio régimen, de modo que los territorios cambian según la dinámica del régimen sociotécnico (Fuenfschilling y Binz, 2018). Nuevamente, en el caso de las áreas rurales de la Argentina, las condiciones del mercado internacional, los nuevos hábitos de consumo y las nuevas demandas ambientales son elementos de contexto que contribuyen a moldear los procesos de innovación y, por ende, los regímenes sociotécnicos.

En resumen, los procesos o nichos innovadores pueden reconocerse como un fenómeno específico, como una novedad o un caso especial que destaca en relación con el resto de las actividades de la zona. Dependiendo de las condiciones del contexto socioeconómico, político e institucional (incluyendo la ideología o las expectativas y visiones de desarrollo de los actores), estos procesos innovadores pueden integrarse en los sistemas de producción dominantes de un territorio (régimen sociotécnico actual) y transformarlo.

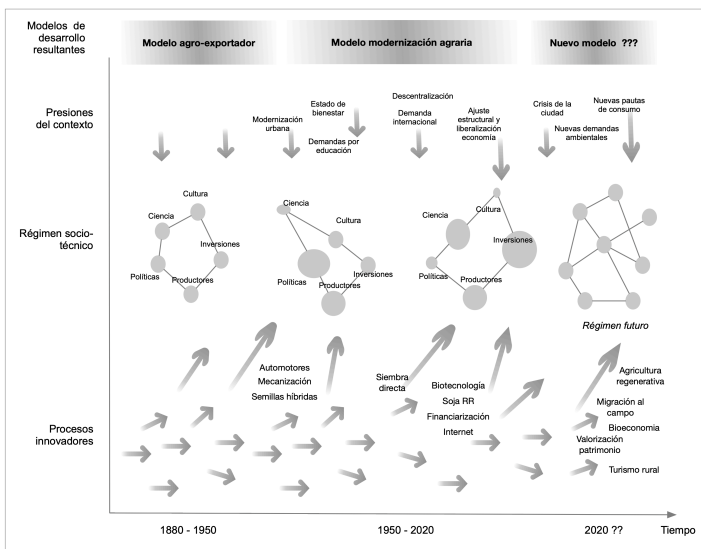
Como resultado de esta dinámica se transforma el régimen actual y se rediseñan las condiciones del contexto socioterritorial, creando un nuevo modelo de organización y dinámica rural (Santhanam-Martin et al., 2015).

Este modelo general propuesto por Geels (2002) es extremadamente útil para analizar los diferentes tipos de innovaciones que se están dando actualmente en las áreas rurales, cómo se generan, los factores que las impulsan y la capacidad que tienen para transformar los regímenes socio-técnicos imperantes.

Teniendo en cuenta este proceso en la Argentina, y más específicamente en la región pampeana, se observa la existencia de un conjunto importante de iniciativas y dinámicas (nuevos productos y formas de producir, turismo rural, migración hacia el campo, valorización del patrimonio, entre otras), que actualmente constituyen novedades o actividades de nicho, y que se van insertando en el régimen sociotécnico actual, propio del modelo de la modernización. Se produce así una co-presencia de actividades, en un régimen sociotécnico que está en transformación, bajo un contexto general de nuevas pautas de consumo, de mayor demanda por calidad ambiental y de crisis de la ciudad. Estas condiciones definen territorios rurales mucho más complejos, híbridos, diversos, no exentos de grandes conflictos.

La Figura 1 presenta este esquema del análisis multinivel, con los diferentes modelos de organización del mundo rural observados a través de la historia reciente.

**Figura 1. Procesos de innovación y evolución de los modelos de desarrollo rural en Argentina**



Fuente: elaboración propia en base a Geels (2002).

## La idea de bienestar como vertebrador de un nuevo paradigma de desarrollo rural

Para que estos procesos de innovación, que hoy constituyen actividades novedosas o de nicho, puedan transformar el régimen de desarrollo actual y consolidar un nuevo modelo de organización y dinámica de los territorios rurales es necesario escalar estas iniciativas. Deben adquirir otra escala, volumen y complejidad, para así avanzar hacia un proceso de transición y transformar el modelo dominante (Neumann-Silkow, 2010).

Pero, ante todo, lo que se requiere es salir del discurso actual de la modernización y el crecimiento, y construir un

nuevo discurso, capaz de dar un sentido teleológico a las dinámicas actuales en función de una visión de desarrollo sostenible (Gaudin y Padilla Pérez, 2023).

La idea de bienestar puede constituirse en un discurso potente, capaz de vertebrar un nuevo modelo de desarrollo rural, que articule las nuevas dinámicas emergentes y los nuevos factores de cambio global de los territorios rurales como son, la nueva relación entre sociedad y naturaleza, las nuevas formas de consumo, las demandas de un hábitat más sano y seguro, la disponibilidad de espacio, la valorización del patrimonio, y también la aparición de nuevas formas de producción más sustentables (bioeconomía, cadenas densas y localizadas de agregado de valor, turismo, servicios, teletrabajo, entre otras). Esto constituiría un cambio radical en la trayectoria rural de la Argentina, pues implicaría pasar de una lógica rural de producir más a cualquier costo, a una lógica de vivir mejor en lo rural (Ares et al., 2024; Jousseau-me, 2018).

El bienestar rural es entendido como un estado y un proceso de mejora de variables claves para la vida rural como son la mejora educativa de la población, el acceso a servicios de salud de calidad, el desarrollo institucional y la capacidad de gobernanza y autonomía, las formas de organización y de calidad del hábitat respetuosa de las condiciones ambientales, el enriquecimiento de la biodiversidad y la sostenibilidad ambiental, la reducción de riesgos, la generación de empleo de calidad que permita la autonomía y la construcción de oportunidades de desarrollo personal, y un conjunto de valores psicosociales fundamentales como las sólidas relaciones comunitarias, el sentimiento de seguridad y protección, la relación identitaria y afectiva con el lugar, entre otros (Glendinning et al. 2003; Scott et al., 2018; Veréb et al., 2024).

Una lógica de bienestar y de vivir mejor en los territorios rurales no renuncia a mejorar las condiciones de desarrollo económico, sino que revierte la ecuación de los factores que viabilizan el mismo. Bajo un enfoque centrado

en la mejora del bienestar, se considera que el desarrollo económico y productivo sostenible no es la condición básica del desarrollo rural, sino una resultante derivada de un elevado bienestar rural. En definitiva, un nuevo paradigma de desarrollo de los territorios rurales se sustenta como idea clave, en la construcción del bienestar para su población, y no sólo en el crecimiento de la producción de bienes primarios (Knickel et al., 2021).

La idea de bienestar como objetivo de política rural ha sido planteada en diferentes momentos históricos, con diferente suerte según las condiciones de contexto político e ideológico. La evolución histórica en la utilización de este concepto en las políticas rurales muestra que el bienestar rural ha sido siempre una variable subordinada a la lógica del crecimiento productivo (de Arce y Salomón, 2020). Sin dejar de reconocer esta experiencia histórica, lo que se quiere resaltar es que actualmente existen condiciones de contexto, por un lado, y procesos de innovación por otro, que podrían combinarse para permitir la construcción de un nuevo modelo o régimen de desarrollo vinculado al bienestar.

La emergencia de los múltiples procesos de innovación en la Argentina rural abre las puertas a la construcción de un proceso de transición o de cambio hacia nuevos regímenes sociotécnicos, lo cual no es lineal ni está exento de conflictos y contradicciones; por el contrario, depende en gran medida de otros factores, como las formas en que se articulan los diferentes niveles (local, regional, nacional e internacional), las condiciones estructurales del territorio, y especialmente los factores y lógicas de poder que intervienen en estos procesos (gobernanza). En el caso de la Argentina y de la región pampeana consideramos que existirían dos escenarios evolutivos muy diferentes en este proceso de cambio.

Un primer escenario posible sería la co-presencia de regímenes sociotécnicos (el de la modernización agraria y las iniciativas que apuntan hacia un mayor bienestar). Esto

implica que dos o más regímenes (Albaladejo, 2018), encarnados por diversos actores y actividades, con sus propias instituciones, redes y lógicas productivas, están presentes en la zona, pero no tienen ninguna articulación funcional o sinérgica entre ellos; por el contrario, los modelos y las actividades pueden yuxtaponerse, y los actores pueden negarse o ignorarse mutuamente, o puede haber violencia física o verbal, intimidación, dominación o manipulación. En estos casos, los procesos de innovación emergentes (por ejemplo, la agroecología, el turismo rural, la introducción de nuevas tecnologías) están presentes en la zona, pero no se integran en el régimen sociotécnico dominante, ni tienen la capacidad de estructurar un nuevo régimen sociotécnico. Este escenario es muy evidente en muchas regiones rurales de América Latina y de Argentina, donde, por ejemplo, los procesos de innovación en múltiples ámbitos rurales (agricultura familiar, turismo rural, teletrabajo, protección ambiental, entre otros) se enfrentan al modelo más hegemónico de la agricultura corporativa altamente tecnológica, creando un escenario de competencia y conflicto por los recursos.

Un segundo escenario se ha denominado de coexistencia, lo que implica un consenso y la aceptación de la existencia de múltiples regímenes, encarnados por diferentes actores y actividades, y la posibilidad de construir un nuevo régimen sociotécnico, superando el modelo anterior (Gaselin et al., 2020). En este caso, estos actores y actividades pueden articularse entre sí manteniendo sus identidades y proyectos. En otras palabras, no solo pueden existir relaciones funcionales entre múltiples actores (como en el caso de los distritos industriales o los *milieux innovateurs*), sino que también existe un proceso de construcción de una identidad compartida y superadora. Estas situaciones son evidentes en regiones donde la actividad hegemónica o predominante incorpora a otros actores o actividades de forma complementaria, generando sinergias, por ejemplo, en zonas vitivinícolas donde se desarrollan nuevas actividades de turismo

rural o nuevos cultivos de frutas u hortalizas que aprovechan la dinámica del empleo local o las infraestructuras ya disponibles, creando una red más diversa y compleja en la que la viticultura deja de ser dominante.

Las capacidades organizativas del territorio, sus itinerarios de desarrollo y su capacidad para construir nuevos regímenes sociotécnicos no son las mismas en condiciones de co-presencia o coexistencia (Sili et al., 2022). En el caso de la co-presencia de modelos, es probable que se generen escenarios de mayores conflictos, bloqueos o pérdida de oportunidades para el desarrollo del territorio; en el caso de los escenarios de coexistencia, la sinergia y la colaboración entre actores y actividades pueden dar lugar a condiciones para la construcción de nuevos regímenes sociotécnicos e itinerarios de desarrollo más sólidos. Así, la innovación no se limita únicamente a la creación de nuevas actividades y productos, sino que también desempeña un papel clave en la construcción de dinámicas de gobernanza social e institucional que permitan el paso de situaciones de co-presencia a escenarios de coexistencia (Gasselin y Hostiou, 2020; Perrin y Baysse-Lainé, 2020). De hecho, para garantizar la transición se requieren nuevas innovaciones en términos de gobernanza y gestión territorial (nuevas formas de gestión de las actividades, de articulación y organización de las instituciones y de las normativas locales) (Carrizo y Sili, 2018). La innovación, entendida en sentido amplio, no solo acompaña la aparición de nuevas actividades de nicho, sino que también desempeña un papel clave en su consolidación y en la construcción de un nuevo régimen de desarrollo rural estable.

## ¿Qué se necesita para avanzar en la construcción de un nuevo modelo de desarrollo rural?

Las iniciativas para generar un mayor desarrollo de los territorios rurales no han dado los resultados esperados, pues en definitiva los esfuerzos concretos han estado puestos en mejorar la producción y la productividad de bienes primarios, y no en resolver los problemas estructurales. Así, los problemas rurales persisten a pesar de los esfuerzos realizados durante décadas a través de planes, programas y proyectos de diversos tipos y organismos. Indudablemente se requiere repensar y modificar las formas de planificar, promover y gestionar el desarrollo en los territorios rurales. Es necesario trabajar bajo nuevas formas y mecanismos compatibles con una sociedad mucho más compleja, más democrática, en el contexto de la revolución tecnológica. Consideramos que construir un nuevo proceso de transición hacia un nuevo modelo de desarrollo, sólo será posible si se camina inicialmente bajo una lógica de coexistencia de modelos, de manera que se pueda ir avanzando hacia un modelo superador que posicione al bienestar rural como eje y objetivo de este. A priori, consideramos que sería necesario avanzar con tres grandes acciones:

1. Pensar el futuro desde una perspectiva de vida común. Un primer tema clave es generar espacios y métodos para que la sociedad pueda reflexionar en torno a los siguientes interrogantes: ¿qué tipo de territorios se pretende construir?, ¿cómo se imaginan los pueblos y ciudades?, ¿cómo deseamos vivir?, ¿qué modelo de organizaciones de nuestro hábitat y nuestras infraestructuras pretendemos desarrollar?, ¿qué tipo de actividades productivas y empleos deseamos generar?, entre otras (Groves, 2019).
2. Pensar el futuro del territorio es clave porque permite generar un ideal de futuro hacia el cual se quiere llegar más allá de los problemas a resolver y genera una

energía social necesaria para crear y sostener un proceso de transición hacia nuevos modelos de desarrollo. Este es un ejercicio colectivo, que involucra a todos los actores de un territorio, pues permite transformar a las personas en sujetos activos de la construcción de sus territorios (Osobajo et al., 2022).

3. Construir nuevos mecanismos de gobernanza para el desarrollo rural. Consiste en crear mecanismos de gobernanza adecuados a las nuevas condiciones del contexto y en vistas a construir nuevas dinámicas de desarrollo de los territorios rurales. La gobernanza puede definirse como un sistema de normas, reglas y prácticas que permiten organizar y articular la acción pública, colectiva y privada con vistas a construir un proyecto concertado para el futuro (Beer, 2014; Morrison, 2014). Es a través de esta forma de gobernanza que múltiples actores a diferentes niveles (local, regional, nacional e internacional) pueden articular y resolver los conflictos que limitan la acción de cada uno de ellos. Teniendo en cuenta esta definición, consideramos que la construcción de procesos de gobernanza adecuados y la articulación de los actores es clave en la transición hacia un nuevo modelo de desarrollo, bajo una lógica de coexistencia, ya que implica generar las condiciones sociales y político-institucionales para armonizar las visiones, demandas e iniciativas de los múltiples actores involucrados en el territorio.

Construir nuevos modos de gobernanza territorial implica considerar que los actores interactúan y se movilizan en diferentes niveles según sus redes de cooperación y solidaridad o sus intereses, y que esto ha cambiado sustancialmente en las últimas décadas. En efecto, la organización y la dinámica de los territorios ya no depende sólo del Estado (el cual planificaba, desarrollaba infraestructuras, organizaba el uso del suelo y definía los modelos de desarrollo en general), sino que ahora se ha generado un

nuevo escenario de poder relacional de múltiples actores también colectivos y privados que intervienen en ámbitos multisectoriales y a múltiples niveles de escala (regional, nacional e internacional). Así, no solo prevalece la acción pública en la construcción de las dinámicas de innovación y desarrollo, sino también los actores privados y colectivos con lógicas múltiples, muy diferentes entre sí, con tiempos y necesidades diferentes. Las lógicas de cada tipo de actor no son arbitrarias, sino que responden a contextos culturales e históricos que influyen en sus acciones (Konefal, 2015).

Teniendo en cuenta estas condiciones, es necesario pensar y reorganizar los esquemas de gobernanza territorial, especialmente a nivel local y provincial, de manera que puedan asumir los retos del desarrollo de los territorios rurales. Para ello es necesario abrir la participación y el trabajo conjunto con las organizaciones de la sociedad civil y el sector privado, será necesario pensar en la formación de nuevas redes que estimulen la vinculación y la cooperación entre múltiples actores –de diferentes escalas y niveles organizacionales– a partir de las cuales se puedan generar acciones y proyectos compartidos, esto permitirá superar la rigidez que generan los modelos gubernamentales sectoriales propios del modelo de la modernización y del modelo estatal burocrático. Por otro lado, será necesario organizar las estructuras burocráticas y administrativas de los gobiernos locales y provinciales, para que puedan asumir los retos de la administración y gestión de los territorios rurales, tema que ha estado ausente en las agendas públicas en las últimas décadas.

Construir una nueva cultura de planificación rural centrada en el bienestar. Las agendas de desarrollo y la planificación territorial de muchos países, como Argentina, por ejemplo, se han centrado en gran medida en las zonas urbanas, las cuales siguen siendo consideradas como los motores de las economías nacionales “modernas”, en tanto en las zonas rurales, la planificación del desarrollo ha sido mínima y ha estado dominada por agendas de crecimiento

agropecuario (Sili, 2022). La carencia o fragmentación de las iniciativas de planificación, su sesgo hacia la producción agropecuaria y la falta de mecanismos de gobernanza eficaces han dejado a las zonas rurales a merced de la dinámica de los negocios agropecuarios, y más recientemente de la minería y la energía. En muchos casos, esto exagera y perpetúa procesos de despoblamiento, desigualdad y degradación de los recursos naturales, generando círculos viciosos que afectan no solo a las zonas rurales, sino también, como consecuencia, a las zonas urbanas.

En una lógica de transición hacia un nuevo paradigma, las prácticas de planificación rural deberían estar puestas en mejorar y mantener la vida en los territorios rurales, orientadas al cuidado del territorio, con prácticas de mejora de las condiciones de vida de la población rural, lo cual incluye no solo las infraestructuras, equipamientos y servicios, sino también la mejora del hábitat y el paisaje (Carrión et al., 2020). Hay que pensar en estrategias de protección de los recursos y el patrimonio biocultural, permitiendo la sostenibilidad ambiental y la generación de nuevas oportunidades de empleo y producción.

### 3

## **El bienestar rural, un concepto necesario para pensar el futuro de los territorios rurales**

ALEJANDRA AUER, SOFÍA ARES Y CLAUDIA MIKKELSEN

Focalizaremos a continuación en el despliegue de las perspectivas conceptuales que fundamentan la categoría de análisis bienestar, con particularidad sobre el bienestar rural. En tal sentido, nos detendremos sobre varios aspectos que hacen a la delimitación conceptual, en tanto lo consideramos fundamental para comprender el recorrido técnico y empírico del bienestar, así como para la evaluación de las desigualdades territoriales que en torno a él son posibles de dilucidar.

Iniciamos el capítulo transitando por la génesis del concepto, su diferenciación con nociones emparentadas como son las de pobreza, condiciones de vida o calidad de vida, destacando la impronta polisémica del concepto, así como su multidisciplinariedad, multidimensionalidad y las particularidades que adquiere su análisis desde la Geografía. En un segundo momento, nos enfocamos en el bienestar rural, exponemos algunos antecedentes y discutimos sobre la composición de las medidas sintéticas y la disponibilidad de fuentes de datos para su abordaje en Argentina.

## Orígenes del concepto bienestar

El término bienestar asumió un lugar predominante luego de la segunda posguerra tras los cambios en las formas de trabajo y en las condiciones de vida de la población (de Arce y Salomón, 2020), en un contexto donde primaban la reorganización y restauración del orden internacional.

Se identificó en un primer momento el término bienestar con una perspectiva asociada al conjunto de políticas sociales y procesos económicos que promovieron el consumo sostenido de bienes y servicios como motor de la economía conocido como Estado de bienestar o *welfare*, por lo que esta concepción se acerca a la idea de condición de vida y de nivel de vida (Lucero et al., 2008). En estos tiempos, y hasta la década de 1960, dijeron de Arce y Salomón (2020), el concepto de bienestar se planteó como “propositivo y holístico, con sentido progresivo” (2020, p. 26).

Hacia mediados de los años 1960, comenzó a emplearse también la noción de calidad de vida. Esta otra propuesta teórica surgió como una reconceptualización del concepto tradicional de bienestar (Tonon, 2007). Ambos términos –bienestar y calidad de vida– se alzaron de manera crítica hacia el modelo de desarrollo vigente, sostenido sobre todo en la cantidad y no en la calidad.

Las referencias discursivas, los desarrollos conceptuales y teóricos en torno a estas categorías surgen con mayor énfasis a partir de mediados del siglo XX. Es en los años setenta cuando los debates acerca de las necesidades humanas y las formas de evaluar el bienestar y el desarrollo adquirieron un rumbo distinto. Al respecto, Actis Di Pasquale (2008) expresa,

Mientras que la calidad de vida se orientó hacia los denominados componentes psicosociales, el bienestar social se centró en aspectos materiales y no materiales de naturaleza económica y social de manera objetiva. Al finalizar la década del 80 [en el siglo XX] la ruptura entre ambos fue completa (p. 20).

La distinción entre las nociones calidad de vida y bienestar está dada por el hecho de que la primera se constituye mediante la percepción sobre el segundo, debido a la creciente importancia que toman los valores posmateriales desde esa época. Así, de manera paulatina, se fue consolidando la calidad de vida como un concepto integral, al tiempo que se lo diferenciaba del concepto de bienestar (Gordziejczuk y Mikkelsen, 2020).

Surgió, en ese contexto, una noción de bienestar más humanista conocida como *wellbeing*, que se alejó de la anterior concepción utilitarista. Este relaciona el bienestar con las *capabilidades*, oportunidades y ventajas de los individuos, que no siempre son cuantificables (Sen y Nussbaum, 2001), y acerca bienestar a calidad de vida.

Actualmente, el concepto de bienestar integra la posesión de bienes materiales para el crecimiento económico y la satisfacción con la vida por la presencia de factores socio-políticos y culturales, en contextos históricos y regionales particulares (de Arce y Salomón, 2020).

El concepto bienestar no tiene un anclaje disciplinar específico, por lo que las distintas ciencias que lo abordan (como la economía, la arquitectura, la psicología, la historia, la sociología, así como las ciencias ambientales, las ciencias de la salud y la ciencia política) focalizan en alguno o en varios de sus múltiples aspectos, al tiempo que todas realizan diferentes aportes para la construcción conceptual del mismo (Lucero et al., 2008).

De esta forma, no es posible establecer una única definición, pero sí se lo puede entender bajo el paraguas conceptual de cada una de las disciplinas, lo que convierte al bienestar en una categoría multidisciplinar. En tal sentido, las Ciencias Sociales, y la Geografía en particular, aportan a la generación de una visión integral, mediante la perspectiva espacial del transcurrir de las sociedades.

En Geografía, y a nivel mundial, los antecedentes para los estudios de bienestar de la población se encuentran en la década de 1970, en el contexto de la Geografía

crítica-radical interesada en las desigualdades socioterritoriales de la sociedad a pesar de los elevados niveles de bienestar (Mikkelsen et al., 2017). Este es un tema central de la Geografía, por lo que los estudios se han instalado de manera progresiva, no solo desde la disciplina geográfica, sino también desde otras, las cuales han permitido mejorar paulatinamente los resultados obtenidos. Este acervo de conocimientos ha logrado mostrar las desigualdades y la polarización territorial argentina en distintas escalas y temporalidades, sustentadas en un concepto de calidad de vida objetiva o bienestar (Velázquez et al., 2013).

Para Smith el bienestar se define como “el estudio de «quién consigue qué, dónde y cómo»” (1980, p. 30). El autor utiliza el término bienestar social, incluyendo “todas las cosas de las que se obtienen satisfacciones humanas (positivas o negativas), y también su distribución dentro de la sociedad” (1980, p. 32). Por otra parte, el vocablo calidad de vida, Smith lo reserva “para describir el estado de la población que varía entre un conjunto de territorios” (1980, p. 32). Además, y en relación con tales definiciones, sostiene que la cantidad y calidad de los bienes consumidos y de los inconvenientes soportados son resultado del sistema de producción y de distribución.

Retomando esta propuesta, es posible identificar grupos sociales con distintos niveles de bienestar, así como reconocer su distribución territorial, su agrupamiento o dispersión (Smith, 1980). Este encuadre permite explicar las causas de ciertas relaciones asimétricas en la productividad, en el potencial de empleo, en la difusión de información, en la innovación, las que en definitiva son resultados del poder desigual (Racine, 1984). Como se planteó en el Capítulo 1, no se trata de pensar al territorio como el escenario donde quedan inscritas las diferenciaciones en el bienestar, sino de su reconocimiento como construcción social e histórica que, con sus características generales, incide en los procesos sociales, representa los diferenciales de bienestar,

manifiesta las brechas y de alguna manera condiciona la vida cotidiana de los sujetos habitantes.

Se entiende que el bienestar social es un concepto multidimensional y que comprende dominios tales como educación, saneamiento, vivienda y conectividad (Mikkelsen et al., 2020), entre otras posibilidades. Es, además, un concepto complejo de definir de manera única y universal, al decir de Zárate Martín (1988, p. 164), “cada individuo, cada época, cada sociedad y cada lugar han construido sus propios conceptos de bienestar”.

## **Bienestar y territorio**

El aporte fundamental de la Geografía a los estudios de bienestar procede del estrecho vínculo que se establece con la categoría territorio, al mismo tiempo producto y condicionante. Es decir, el territorio se construye por las acciones de la sociedad y las condiciona por su oferta de posibilidades físico-naturales y sociales, y por su papel activo en la estructura social.

El estudio del bienestar en el territorio permite comprender e interpretar el grado de satisfacción con respecto a la oferta, accesibilidad y uso de bienes y servicios para todos los miembros de una sociedad dada, localizada en un tiempo y en un espacio geográfico. Por tanto, responde a las expectativas construidas socialmente en cada momento histórico y en cada territorio, pudiendo variar así entre diferentes espacios y con el paso del tiempo (Mikkelsen et al., 2017). Esto significa que se trata de una categoría conceptual que se va resignificando de manera continua, por lo que pueden realizarse comparaciones en diferentes momentos (Escribano Pizarro, 2012). Por consiguiente, se debe rescatar la importancia del rol de la sociedad en la producción del espacio, buscando visibilizar algunos de los elementos que hacen al vínculo entre los habitantes y el lugar que habitan.

Los estudios sobre bienestar elaborados desde la Geografía son en su mayoría empíricos. Sus objetivos, generalmente, se encuentran ligados a medir el bienestar en determinadas poblaciones, en un tiempo y espacio establecidos, para que los agentes con capacidad de decisión adopten las medidas necesarias para mejorar la situación reinante (Celemín et al., 2015),

Las investigaciones sobre el bienestar de la población adquieren importancia por su aplicabilidad para la mejora de la sociedad, incluyendo sus niveles de satisfacción, la dirección y guía en la provisión de servicios y la formulación de políticas nacionales e internacionales dirigidas a la población (Gómez y Sabeh, 2000, p.9).

Los trabajos empíricos utilizan diferentes variables que se desagregan en indicadores socioeconómicos y ambientales, que permiten tener una visión integral del bienestar, con el fin de investigar localizaciones, distribuciones, asociaciones, interacciones y evoluciones espaciales (Buzai 2003, Lucero et al., 2008; Ares et al., 2024). Estos indicadores tratan de capturar de manera adecuada el estado de situación de una serie de dimensiones que hacen al bienestar de la población. Se debe tener presente que, aunque se trata de mediciones objetivas, los indicadores incorporan juicios subjetivos por parte de los propios investigadores y las decisiones metodológicas que aplican, ya que no existen criterios unificados y definitivos para elegir y ponderar los indicadores más adecuados, sumado a la creciente diversificación y riqueza de las fuentes de datos en el transcurso del tiempo. Además, estos instrumentos deben ser genéricos ya que esa característica los hace relevantes para la mayoría de las personas (Celemín et al., 2015).

Metodológicamente, cuando se trabaja con la noción de bienestar, los indicadores que lo miden deben ser de beneficio, condición sobre la cual avanzaremos en el Capítulo 4. En consecuencia, los valores más altos deben ser favorables para la población, porque su incremento conlleva una

mayor satisfacción relativa; esto se debe a la direccionalidad positiva que reviste el concepto bienestar (Velázquez, 2001). El techo del bienestar es variable (y ascendente), en virtud de la escala de valores predominantes y, sobre todo, del cambio en las expectativas de la sociedad (Velázquez, 2010).

Otra característica de los indicadores que evalúan el bienestar es que se pueden clasificar en públicos y privados. Los primeros refieren a aspectos macro, ligados con cuestiones ambientales, de infraestructura colectiva y de accesibilidad (Velázquez, 2010); se encuentra el acceso a servicios básicos, como son las redes de gas, de agua o de cloacas para la descarga de aguas residuales; el tendido eléctrico, la recolección de residuos, la instalación de centros de salud y de instituciones educacionales, en buena medida, estos servicios dependen de las decisiones y las políticas de expansión de las empresas y los organismos prestatarios, cuestión que suele exceder la toma de decisiones de los residentes de las viviendas. Por su parte, los indicadores privados dependen de indicadores microsociales, asociados con el nivel de ingresos, la composición del grupo familiar o el nivel de instrucción (Velázquez, 2010). En tal sentido están vinculados con las decisiones individuales de asistencia a determinadas instituciones educativas, así como de las características ocupacionales de los sujetos y habitacionales de residencia, las prestaciones de salud privadas, entre otras (Gómez y Velázquez, 2014). Para un análisis detallado a nivel espacial, por ejemplo, a escala de los radios censales, Velázquez (2010) expresa que sería certero considerar metodológicamente tanto lo público como lo privado porque nos permite la posibilidad de conocer grados de bienestar según sectores y grupos sociales.

Por último, como detallamos en el Capítulo 4, los indicadores pueden ser analizados de forma individual o bien formar parte de un índice logrado mediante una función matemática que los sintetiza y que les otorga diferentes ponderaciones, con la intención de proporcionar una explicación de mayor amplitud (Celemín et al., 2015). Para una

mejor organización de la información, las variables con sus correspondientes indicadores se agrupan en dominios o dimensiones más amplios, que en su conjunto deben abarcar, en lo posible, la totalidad de la experiencia que redundará en la satisfacción de condiciones de vida objetivamente medibles (Celemín et al., 2015).

La perspectiva de análisis espacial resulta crucial para la evaluación del bienestar de la población desde un punto de vista geográfico (Velázquez y Celemín, 2019). La búsqueda de bienestar de la población constituye una guía para definir, debatir y poner en marcha políticas públicas en los territorios estudiados. Por ello, los indicadores que permitan su análisis deben ser pensados en relación con la realidad presente en el recorte espacial en estudio, y ser elegidos en función de los objetivos de investigación. Estas consideraciones nos conducen a la problematización que conlleva la medición del bienestar en los ámbitos de ruralidad, tal como desarrollamos en la siguiente sección.

## **El bienestar rural**

Como expresáramos en Ares et al. 2021:

El bienestar rural es un concepto multidimensional relacionado con la satisfacción de la población rural en cuanto a sus condiciones objetivas de vida, las cuales abarcan aspectos materiales como el acceso a la salud, la educación, la vivienda, el empleo, la conectividad y el ambiente (p. 131).

A escala internacional el interés por el bienestar rural acompaña el desarrollo de los estudios más generales, como indican Veréb et al. (2024). Esas primeras investigaciones se dedicaron al análisis del bienestar rural como parte de actividades destinadas a incrementar la productividad y comprender las migraciones rural-urbanas (Hamilton, 1930; Lively y Taeuber, 1939, citados por Veréb et al., 2024). Estas

preocupaciones, como mostraremos, también forman parte de los primeros estudios sobre el bienestar rural en Argentina. Al respecto, de Arce y Salomón (2020, p. 45) afirman que “el término bienestar rural apareció en Argentina como preocupación gubernamental en relación con el desdoblamiento y al estancamiento del sector agropecuario en la década de 1950”. En palabras de estas autoras:

El estudio del bienestar en el agro argentino requiere una mirada más humanizada, que trascienda el sentido productivista, cuantificador y tecnologizante que históricamente ha primado en las políticas públicas. La ponderación de los sistemas agroalimentarios para la satisfacción de las necesidades humanas exige nuevos modelos de interpretación de la realidad. Es necesario entonces asumir una visión integral, situada e interrelacional (de Arce y Salomón, 2020, p. 20).

Observamos que el debate empieza a gestarse desde mediados del siglo XX, cuando se ingresa en el anteriormente indicado giro conceptual respecto del espacio rural (Capítulo 1). El bienestar de la población rural, con sus diversas ruralidades, se encuentra poco estudiado, posiblemente por la centralidad de las problemáticas investigadas para el espacio urbano, por ser el aglutinador histórico de población, servicios y actividades productivas (Mikkelsen, 2007). Por tanto, especialmente en Argentina, el interés por estudiar la calidad de vida, el bienestar, así como las condiciones de vida, se ha centrado en entender qué ocurre en las ciudades, delineando un terreno fértil para la posterior profundización de los debates sobre el bienestar en las ruralidades.

En consecuencia, resulta interesante extender los estudios hacia el ámbito rural, donde además sus pobladores habitualmente quedan fuera de políticas públicas e inversiones que puedan mejorar sus condiciones de vida (Mikkelsen, 2007). De este modo, es necesario dejar de lado la primacía de la mirada productivista o el peso de la producción rural en los ingresos nacionales desde una perspectiva

macroeconómica, para estudiar la satisfacción de la población rural en cuanto a sus condiciones objetivas de vida (Mikkelsen et al., 2020).

Insistimos sobre lo expresado en el Capítulo 1 en lo concerniente a lo rural. En la actualidad, no puede ser considerado de manera independiente, sino que debe entenderse como parte de una relación dialéctica con lo urbano. Los límites entre lo urbano y lo rural se han desdibujado y, simultáneamente, se han desvanecido algunas fronteras sociales, espaciales, culturales y ambientales (Cerdá et al., 2020).

El estudio del bienestar rural supone diferentes desafíos que deben superarse para lograr mediciones como las propuestas para las ciudades. En este caso, nuestro primer reto es la delimitación de la población rural, es decir, cuántos son, aproximar una posible caracterización y saber de manera tentativa dónde se ubican (Capítulos 1, 4 y 7). Una vez que acotamos la población objetivo, que por definición en este trabajo la ubicamos en recortes espaciales que reúnan hasta 20.000 habitantes, en una comprensión ampliada de la ruralidad, partimos de considerar que el bienestar rural refiere a la satisfacción de la población rural en cuanto a sus condiciones objetivas de vida. Por tanto, disponer de servicios y equipamientos supone un factor fundamental para el bienestar de la población y, para su permanencia en el lugar. En tal sentido, acordamos que la proximidad a los servicios sanitarios y educativos es elemental, ya que se trata de prestaciones que cumplen una función de relación social y de apoyo psicológico para la población, convirtiéndose así en un punto focal para la vida comunitaria. Lo mismo sucede con la posibilidad de aprovisionamiento y de contar con espacios de socialización e intercambio. En consecuencia, debemos poner atención a todo lo que refiere a la oferta de servicios, dada su tendencia a la reducción o desaparición, al mismo tiempo que se produce el declive demográfico (Camarero, 2020; Perchinunno et al., 2019). En relación con estas ideas, según Camarero et al. (2023), uno de los desafíos

es la gestión de la baja densidad. Sobre el particular, los autores indican que esta debería ser una política pública por las características inherentes a las ruralidades y con el fin de motivar la sostenibilidad en sentido amplio.

En los últimos años la sostenibilidad y el ambiente se empiezan a integrar a las dimensiones del bienestar, resaltando que “no se puede promover el bienestar y el desarrollo hoy sin preocuparse por el desarrollo y el bienestar del futuro, en todos los lugares” (Boarini et al., 2014, p. 18, citados por Veréb et al., 2024, p. 242). El bienestar rural está intrínsecamente ligado a la calidad ambiental del territorio, de forma que la degradación del suelo, la contaminación del agua y la disminución de la biodiversidad asociadas a procesos de agriculturización, reconfiguran las capacidades productivas, la salud poblacional y la reproducción social en el área rural. Por ello, las mediciones del bienestar rural deben integrar explícitamente la dimensión ambiental (por ejemplo, considerando la calidad del suelo y del agua, la exposición a contaminantes, la conservación de la biodiversidad) junto a indicadores económicos, de acceso a servicios y de bienestar subjetivo, y combinar metodologías multidimensionales y espaciales con estudios cualitativos para captar los compromisos relacionados a las transformaciones rurales (Cerdá et al., 2020). Si bien *a priori* es sencillo comprender qué implica el bienestar, la identificación precisa de las necesidades aún no está resuelta (Ryff et al., 2021, citados por Veréb et al., 2024). Se trata, por ende, de un obstáculo metodológico en el que se congregan los debates conceptuales y los contenidos que se cree son adecuados para su medición. Esta falta de acuerdos ocurre aun cuando reconocemos que el uso de unos u otros indicadores genera resultados distintos. La complejidad en la medición del bienestar se asocia tanto a sus características multidimensionales –lo que hace que no exista un único método de medirlo–, como a la falta de información sistemática sobre las diferentes variables de las áreas rurales, lo cual lleva a la construcción de variedad de indicadores, con el fin de que

puedan contribuir a generar alternativas de intervención territorial (Cerdá et al., 2020).

De este modo, la elección de indicadores va desde los comúnmente considerados hasta otros que se proponen en tiempos recientes, sobre todo pensando en la posibilidad de favorecer la permanencia de las poblaciones y la radicación de nuevos habitantes. En este sentido, se perfilan como nuevos desafíos incorporar indicadores que den cuenta por ejemplo del acceso a etapas educativas superiores, atención especializada de la salud, el acceso efectivo a las tecnologías de comunicación o el consumo de bienes culturales (Camarero et al., 2023). En relación con el ocio y los bienes culturales se admite que el acceso a internet es central para algunos consumos que pueden lograrse por esta vía, con lo cual es clave la incorporación de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) a la cuantificación del bienestar contemporáneo.

Muchas veces, el estudio del bienestar rural deja en evidencia la falta de datos directos y actuales (Escribano Pizarro, 2012). En Argentina, son notorias las falencias de las fuentes de datos oficiales sobre las condiciones de vida objetivas de la población rural, dado que las variables e indicadores están pensados y definidos, en líneas generales desde y para el espacio urbano. Tal condición de urbanidad parece ser un requerimiento suficiente para relegar a los espacios de ruralidad, tanto en inversiones como en el diseño de políticas públicas.

En consecuencia, es difícil acceder a información pertinente y representativa de la vida en los espacios rurales (Mikkelsen et al., 2020), debiendo adoptar y adaptar los indicadores de la estadística oficial por sus características de universalidad. Debemos admitir, además, que el uso de estos indicadores no siempre permite apreciar la propia diversidad de situaciones que caracterizan a estos espacios, algunos territorialmente más dinámicos que otros (Escribano Pizarro, 2012).

En los estudios sobre bienestar, “se instala la necesidad de buscar indicadores compatibles para lo rural y lo urbano, con el fin de lograr la comparabilidad y así evaluar de modo riguroso la situación de los territorios rurales” (Mikkelsen et al., 2018, pp. 1-2). Por tal motivo, se deben entender de manera conjunta el espacio urbano y el rural, ya que como afirman García Ramón et al. (1995), el espacio rural debe pensarse como un elemento más de la estructura de asentamientos regional, por lo que el territorio resultante muestra la alta integración de los espacios. Acompaña estas ideas la necesidad de atender a la brecha urbana-rural, debido al distanciamiento entre las oportunidades de vida y trabajo en las ciudades o en el campo (Camarero et al., 2023).

El mundo es cada vez más dinámico, y en los territorios se evidencian las múltiples relaciones entre el espacio urbano y rural nacional, regional y mundial en una superposición de escalas y aconteceres que se materializan en los lugares. Por ello, la población rural, y principalmente aquella asentada en los pueblos o en los parajes, toma mayor conocimiento sobre las ventajas diferenciales positivas y negativas que poseen y las limitadas posibilidades que su reducido tamaño demográfico les confiere. Esta última característica está directamente vinculada con la dificultad de conseguir más equipamientos e infraestructuras que apunte a mejorar su satisfacción con respecto a las condiciones objetivas de vida (Escribano Pizarro, 2012). Dicha posesión se presenta como uno de los recursos más importantes en los procesos de autoafirmación de la identidad local, de búsqueda de raíces y de referencias tangibles, de cercanía, frente al avance de la uniformidad y homogeneidad urbana (Entrena, 2006; citado por Escribano Pizarro, 2012).

De esta manera, problematizar en torno a la satisfacción de la población rural en cuanto a sus condiciones objetivas de vida, a pesar del bajo peso demográfico de la población rural, es una necesidad dado que, en su espacialidad, realizan prácticas territoriales y entretejen sentidos

que permiten explicar las ruralidades (Mikkelsen et al., 2018). Entonces, “en la situación de las poblaciones rurales inciden, con mayor claridad que en las urbanas, las diferencias regionales y los diferentes modos de vida asociados a las historias, tradiciones, producciones y características generales de cada región” (Mikkelsen et al., 2020, p. 638).

Sobre la base de estos aportes, se observa que ruralidad y bienestar se encuentran específica e históricamente relacionados. Por ello, resulta fundamental tener en cuenta dichos vínculos al momento de realizar la selección de dimensiones e indicadores que permitirán evaluar las condiciones de vida de la población en el territorio.

La medición del bienestar rural, pese a las dificultades metodológicas que impone su multidimensionalidad, la heterogeneidad del espacio rural y la sistemática falta de datos, es una contribución decisiva a la planificación y el desarrollo territorial porque permite identificar brechas espaciales y sectores vulnerables, priorizar inversiones en infraestructura y servicios y diseñar políticas públicas para las problemáticas locales.

El próximo capítulo procura ser un aporte metodológico que se sostiene en los debates teóricos conceptuales presentados hasta el momento.

# Segunda parte



## 4

# Aproximaciones metodológicas al estudio de las ruralidades y el bienestar

SOFÍA ARES Y CLAUDIA MIKKELSEN

Luego de los debates teórico-conceptuales arribamos al campo de la aplicación, abordando en primer término el diseño metodológico que nos permitirá medir la ruralidad y el bienestar. En consecuencia, dedicamos este capítulo a detallar los procedimientos implementados en cada instancia del proceso de investigación en torno a las ruralidades y al bienestar. Para ello primero nos detenemos brevemente en la relación entablada entre Sistemas de Información Geográfica (SIGs), técnicas y fuentes de datos cuantitativos. A continuación, describimos la construcción de los dos índices, el de ruralidad y el de bienestar en las ruralidades, con dos finalidades. En primer lugar, brindar herramientas para la comprensión de los resultados obtenidos en el sudeste bonaerense (Capítulos 6 y 7). En segundo término, para facilitar la aplicación de los procedimientos indicados en otros recortes territoriales.

## Técnicas de análisis espacial y sistemas de información geográfica

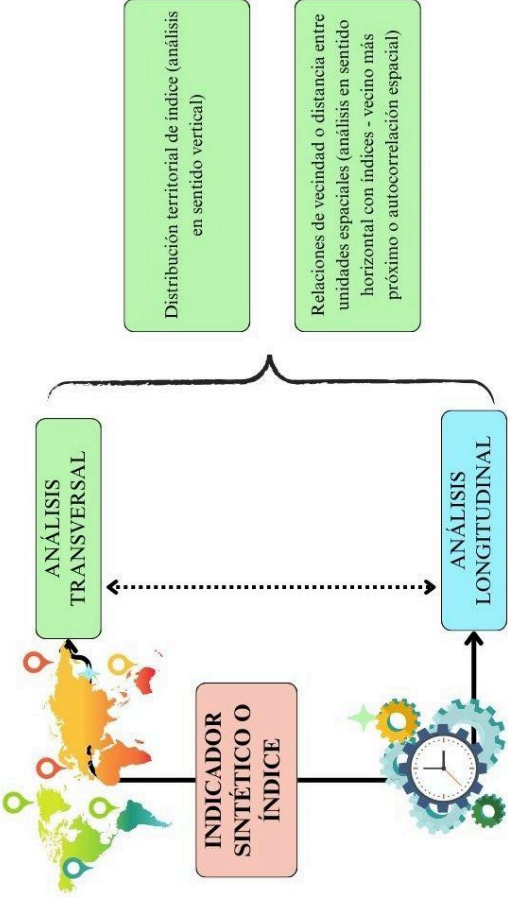
Si bien las técnicas cuantitativas de sistematización y análisis de la información en Geografía son una constante a lo largo de su evolución, no es sino hasta la década de 1970 que comienza el desarrollo de los SIGs, herramienta central para el procesamiento de grandes volúmenes de datos georreferenciados. Estos procesos, herederos de los conocimientos sistematizados y profundizados desde mediados del siglo XX (Capel, 2012), adquieren cada vez mayor relevancia, sobre todo para un uso de los SIG que trascienda la mera construcción de cartografía temática y focalice –desde la teoría geográfica– en la aplicación de técnicas de análisis espacial. Sobre el particular, Linares afirma que “La clave para utilizar el SIG en tareas más complejas radica en la comprensión de los principios básicos que otorga la Geografía y que subyacen a las herramientas de modelización y análisis espacial” (2015, p. 1085); es decir, la relativa automatización de procesos complejos debe ir siempre acompañada de la reflexión teórica, conceptual, que sustenta el desarrollo de la disciplina y de los problemas de investigación sobre los que estamos trabajando.

Como heredero de los estudios que ponen el foco en la localización y la geometría (Capel, 2012), el análisis socioespacial se articula en torno a cinco conceptos: localización, distribución, asociación, interacción y evolución (Buzai y Baxendale, 2006). La localización da cuenta del lugar concreto de emplazamiento de los procesos y fenómenos que estudiamos. La distribución refiere a cómo esos procesos y fenómenos se encuentran repartidos en el territorio. En especial, es la noción de asociación la que está en el centro de los procedimientos para la identificación de semejanzas o diferencias entre áreas y, con ello, la posibilidad de acordar ciertos límites en el territorio. De este término se puede derivar

el de regionalización, “pues cuando las unidades espaciales se encuentran altamente correlacionadas pueden pertenecer a una misma *clase* y esta, representada en un mapa, constituye una región formada por asociación de unidades espaciales (contiguas o sin contigüidad)” (Buzai y Baxendale, 2006, p. 56). La interacción refiere a los vínculos que se dan en el análisis de los elementos y acciones que constituyen a los territorios, expresa el movimiento, la dinámica. Por último, la evolución da cuenta de la temporalidad, del cambio en el devenir del espacio geográfico (Buzai, 2006).

Para trabajar desde el concepto de asociación, los procedimientos a seguir varían según se trate de bases de datos alfanuméricas o capas de información en formato raster o vectorial. En cualquier caso, la finalidad es aplicar procedimientos que permitan hacer compatibles los distintos formatos y así lograr el cálculo de una medida sintética para caracterizar y distinguir a los recortes territoriales entre sí, a partir de análisis que se concentren en la distribución territorial del índice o en las relaciones entre unidades espaciales a partir de ese indicador (Figura 1). A estas modalidades de análisis se le puede sumar la dimensión temporal (Berry, 1964), apelando entonces a la idea de evolución, con lo cual se estudian a lo largo del tiempo las variables o indicadores, como también las mediciones sintéticas (índices), permitiendo observar las variaciones en la distribución territorial en una escala temporal definida.

Figura 1. Modalidades de análisis de los indicadores sintéticos



Fuente: Ares et al. (2024).

En relación con el concepto de asociación, la clasificación es otro término importante ya que “puede ser considerada como el procedimiento que permitirá agrupar objetos en clases a través de sus atributos coincidentes” (Buzai, 2003, p. 150). En pocas palabras, buscamos clasificar las unidades espaciales cuando realizamos el análisis de indicadores de forma individual o multivariada. No solo con la finalidad de visibilizar los procesos de distinción entre las unidades espaciales sino fundamentalmente para aportar a la interpretación de los procesos espaciales en estudio.

La clasificación es un procedimiento que siempre debe estar vinculado con la teoría, ya que es la forma de establecer cuáles son las propiedades relevantes que intervienen en el proceso de construcción del espacio geográfico. Como indica Harvey (1983), “Las clasificaciones se establecen con respecto a la medición realizada en un atributo, en vez de responder a la existencia o no existencia del atributo en cuestión (que por sí mismo pudiera considerarse como una sencilla medida nominal)” (1983, p. 342). Cualquier clasificación debe cumplir con ciertos requisitos, pero debe ser flexible, “ya que si se considera inamovible (por ser considerada muy buena) cristalizará una situación y desanimará la búsqueda de nuevas clasificaciones en una realidad cambiante” (Harvey, 1983, citado por Buzai, 2003, p. 150).

Estos aspectos brevemente abordados resultan fundamentales al momento de pensar en las fuentes de datos, en los indicadores que usaremos o en cómo construiremos una medida de síntesis. De un lado, a la hora de abordar un problema de investigación en particular nos vemos en la obligación de revisar la naturaleza de las clasificaciones; del otro, necesitamos en cada caso reflexionar acerca de nuestros procedimientos, tenerlos siempre como un modelo a partir del cual podemos proponer opciones que se acerquen cada vez más a la realidad. La clasificación comienza con el tratamiento inicial de las bases de datos, con el análisis univariado, el cálculo de medidas estadísticas simples y

puede continuar hasta llegar a procedimientos de análisis multivariado.

Respecto de las bases de datos en formato raster, la clasificación de las unidades espaciales resultará de la asociación de capas de información, en tanto cada una corresponde a un atributo -simple o compuesto- y guarda su valor en un píxel. Por otra parte, las bases de datos en formato vectorial permiten en cada capa el análisis individual de los indicadores o su combinación.

Es tomando como base los lineamientos antes expuestos que en los siguientes apartados abordaremos en detalle los modelos de análisis propuestos para el estudio de la ruralidad y el bienestar, siempre teniendo como punto focal al territorio y al análisis socioespacial.

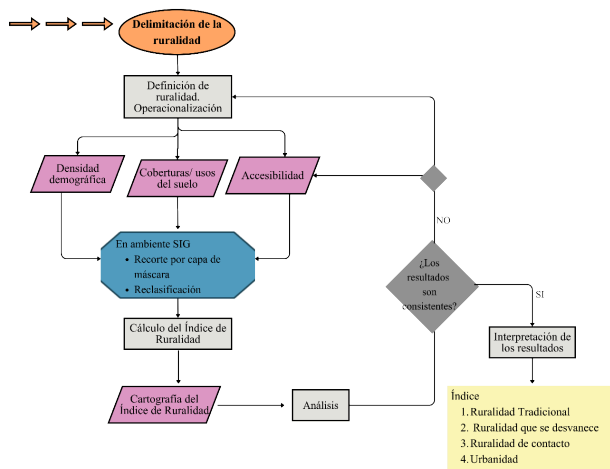
## **El Índice de Ruralidades: del concepto a la operacionalización**

Entendemos la ruralidad como “las formas de vinculación que tienen los hombres y los grupos sociales con los espacios rurales, a partir de las cuales construyen su sentido social, su identidad y sus actividades productivas” (Sili, 2005, p. 45). Para responder a preguntas tales como ¿qué es la ruralidad?, ¿cómo se mide?, ¿con qué dimensiones y variables?, proponemos la operacionalización de la ruralidad, condición que posteriormente nos permite clasificar los territorios. Este primer paso es imprescindible para la toma de decisiones teóricas y metodológicas, tal como las aplicamos en la construcción del IR para el sudeste de la provincia de Buenos Aires (Capítulo 6), la que probablemente requiera ajustes para su adaptación a otros recortes territoriales.

Para nuestra área de estudio, consideramos que la operacionalización a través de tres indicadores –densidad de población, uso del suelo y accesibilidad– es adecuada para mostrar las diferenciaciones en el territorio. Se trata de una

propuesta para un IR que se construye por la combinación de indicadores procedentes de capas en formato raster. El proceso se detalla en la Figura 2.

Figura 2. Diagrama metodológico para el cálculo de un Índice de Ruralidad



Fuente: elaboración propia.

La información en formato raster se puede trabajar a partir de la superposición temática, como indican Buzai y Baxendale (2006). Como estamos ante matrices de datos cuantitativos, es posible aplicar todo tipo de operaciones lógicas o aritméticas, a través de las cuales se puede lograr algún tipo de medida sintética, como se verá a través del cálculo del IR en el Capítulo 6. Para aplicar estos procedimientos no solo se debe trabajar con capas que estén en la misma escala y proyección, sino que además cada píxel debe contar con un número que lo identifique de forma unívoca.

El trabajo técnico comienza con la revisión de las capas raster disponibles. Estas pueden estar en escalas diferentes a la elegida (el total nacional, el continente, el mundo entero).

Por lo tanto, el primer paso es delimitar el área de estudio a partir de recortes con una capa de máscara.

Luego, como paso previo a la superposición y aplicación de cálculos, es habitual realizar reclasificaciones de las capas temáticas. Estas tienen por finalidad simplificar las capas raster y de este modo generar otras con menos categorías o con una clasificación *ad hoc* al objetivo de investigación. Es a través de la reclasificación que se arriba a la confección de mapas de tratamiento (Buzai y Baxendale, 2006), como procedimiento que precede a la construcción de cartografía de síntesis, es decir, la que resulta de la combinación de dos o más mapas.

En el caso del IR, las tres capas de tratamiento son los insumos para su obtención como un promedio ponderado entre ellas. La ponderación dependerá de las características del índice que se desea calcular, como también del área en la que se está trabajando y de la información que se encuentre disponible. Dependiendo del recorte de estudio y de los indicadores elegidos podría trabajarse sin asignar pesos diferenciales.

$$IR = (Cx1 * py1 + Cx2 * py2 + Cx3 * py3)$$

Donde: Cx es cada capa raster y pyi es la ponderación correspondiente.

Una vez generada la capa resultante del cálculo, se puede proceder a la elaboración de cartografía temática, cálculo de estadísticas zonales u otros procedimientos adecuados al objetivo de investigación.

## La medición del bienestar social

Tradicionalmente el bienestar social se ha medido con tres enfoques, el contable, el utilitarista y el de indicadores sociales. El tercero es el de aplicación más extendida en tiempos recientes, es el que sostiene la propuesta

desarrollada en lo que sigue y que se aplica en el Capítulo 7. Desde lo conceptual se entiende que “Un indicador social es una herramienta estadística válida para la descripción y el análisis de la realidad socioeconómica y para las comparaciones entre diferentes unidades territoriales” (Pena, 1994, p. 211 citado por Núñez Velázquez y Rivera Galicia, 2003, s/p). Bauer, también referido en Núñez Velázquez y Rivera Galicia (2003), agrega que los indicadores sociales permiten establecer dónde se posicionan los grupos sociales y hacia dónde se dirigen, teniendo en cuenta valores y objetivos. Como se sostiene en el documento de PREVAL/PROGENERO (2004, p. 10), “la palabra indicador, que proviene del latín *indicare* (señalar, avisar, estimar), alude a hechos o datos concretos que prueban la existencia de cambios conducentes hacia los resultados e impactos buscados”. En consecuencia, se puede decir que un indicador es una estadística, un número que provee información más allá del dato concreto, permitiendo un conocimiento más comprensivo de la realidad que se pretende analizar.

La revisión presentada en el Capítulo 3 muestra que es notable la complejidad involucrada en la medición del bienestar, incluyendo en este proceso diferentes pasos que van desde la conceptualización hasta la operacionalización. Se trata de una labor que depende de la disponibilidad espacial y temporal de la información necesaria para su construcción, como así también de los acuerdos subjetivos que los investigadores deben hacer respecto de qué dimensiones e indicadores serán empleados. En tal sentido, la selección supone una retroalimentación entre el concepto (entendido como lo deseado o lo ideal), su operacionalización y la exploración de fuentes de datos secundarias (concebidas como lo posible o lo existente hasta el momento).

Los estudios de bienestar con enfoque territorial implican un nivel mayor de dificultad, dado que se suman como obstáculos las decisiones acerca de la escala, la falacia ecológica o el problema de la unidad espacial modificable (Velázquez, 2004). No obstante, son estudios esenciales

que ofrecen miradas integrales al problema del bienestar, poniendo el eje en la territorialidad de las poblaciones involucradas. El territorio es el núcleo central de las investigaciones geográficas y su abordaje, indican Buzai y Montes Galbán, “no puede hacerse simplemente desde un punto de vista discursivo, sino que resulta necesario actuar de forma concreta sobre la realidad” (2021, p. 31). Por ello, los resultados obtenidos se convierten en conocimiento académico sobre las desigualdades, las brechas e injusticias espaciales y a su vez en posibles insumos para la gestión, la instrumentación de políticas específicas y su monitoreo. En particular, se debe considerar que herramientas como los SIG participan del proceso de investigación en sí mismo,

[...] se rescata aquí el papel de las prácticas geográficas como inicio y final de este proceso, el camino de salida y llegada, desde y hacia el nivel empírico. En este camino, el análisis espacial cuantitativo se transforma en el hilo conductor que toma las definiciones previas, el problema y genera resultados que se transforman en herramientas para su solución (Buzai y Montes Galbán, 2021, p. 31).

La posibilidad de encontrar recortes territoriales de relativa homogeneidad permite al profesional de la Geografía “delimitar al espacio geográfico o descubrir concentraciones. Ese trazado de áreas se transforma en una herramienta importante de planificación” (Buzai y Montes Galbán, 2021, p. 36). En consecuencia, se pasa del análisis de indicadores sociales en forma individual a la construcción de índices sintéticos que permiten definir y caracterizar recortes territoriales específicos. Los índices de bienestar se resuelven a través de distintas técnicas de base estadística, pudiendo o no tener ponderaciones que den cuenta de la relevancia de cada una de las dimensiones. En palabras de Núñez Velázquez y Rivera Galici (2003),

[...] un indicador sintético se define como la agregación de información a partir de un conjunto amplio de indicadores

simples de contenidos diversos. En esta línea, la construcción de un indicador sintético de bienestar tiene sentido como medida única de la situación social en una unidad territorial para comparar dicho bienestar tanto en sentido transversal (entre diversas unidades territoriales), como longitudinal (evolución de la situación del bienestar a lo largo del tiempo en una misma unidad territorial) (s/p).

Actis Di Pasquale (2015) añade que:

[...] los índices sintéticos de bienestar social representan una medida que se obtiene mediante la agregación adecuada de un conjunto de indicadores sociales que pertenecen a las distintas dimensiones de ese concepto. Su elaboración no es sencilla, ya que los indicadores son de distinta naturaleza y provienen de diferentes fuentes de datos (p. 1).

Se puede marcar como una tradición en los estudios del bienestar la construcción de índices sostenidos en datos secundarios procedentes de diversas fuentes estadísticas oficiales y no oficiales, es decir, a partir de la generación de indicadores cuantitativos. Notamos que las propuestas procedentes de las Ciencias Sociales, como la Geografía, la Economía o la Sociología, se articulan con el enfoque territorial sumando opciones de análisis, las que colaboran en el estudio de la complejidad implícita en el bienestar social y su operacionalización.

Podemos sintetizar en cinco los pasos para la construcción de un índice sintético: selección de los indicadores; elección de la técnica de estandarización; de la ponderación; del método de agregación y validación. Todos ellos son fundamentales para construir una medida robusta, con capacidad para dar cuenta de las situaciones de bienestar que caracterizan al territorio (Actis Di Pasquale, 2015).

Un detalle importante al momento de diseñar un índice radica en la elección de indicadores que tengan la misma direccionalidad. Es decir, que tengan igual sentido, sea de beneficio o de costo. Los de beneficio son aquellos que

“en sus puntajes máximos indiquen condiciones favorables” (Buzai y Baxendale, 2006, p. 270), con lo cual constituyen el punto de partida esencial para la obtención de medidas de bienestar, debido a la direccionalidad positiva que reviste el concepto (ver Capítulo 3).

En cuanto al método de agregación, Actis Di Pascuale (2015) concluye que el de la media ponderada es válido para la cuantificación de niveles de bienestar y además es de fácil interpretación. Se trata de un método en el que “se realiza solamente la agregación, con lo cual primero hay que estandarizar las variables y luego decidir y aplicar los factores de ponderación” (Actis Di Pascuale, 2015, p. 8).

Respecto de la ponderación, puede o no realizarse. Cuando se trabaja sin ponderación se asume que todos los indicadores tienen el mismo peso, tal como en este caso.

El cálculo de un índice simple, sin establecer ponderaciones diferenciales a cada indicador, resulta del promedio entre todos los indicadores estandarizados, sea por puntajes Omega o Z.

$$\text{ÍNDICE SIMPLE} = (I_1 + I_2 + I_3) / 3$$

Se plantea que “en muchas ocasiones puede ser conveniente usar ponderadores idénticos cuando las variables estén altamente correlacionadas entre sí, sin que ello implique la presencia de redundancia explicativa puesto que esos elementos correlacionados explican aspectos diferentes del fenómeno en cuestión” (Schuschny y Soto, 2009, citados por Actis Di Pasquale, 2015, p. 8).

Una vez establecidas las dimensiones o dominios que serán empleados, y seleccionados los indicadores, se les asigna ponderación diferencial, esta es una decisión del investigador o del equipo de investigación, condicionada por el problema de investigación, por el contexto en el que se trabaja y por el comportamiento estadístico de las series de datos elegidas. De este modo, cuando decidimos trabajar con ponderación, la media ponderada surge de la sumatoria

de los productos entre indicador y ponderación (la suma de ponderaciones debe ser 1 o 10 o 100).

$$\text{ÍNDICE PONDERADO} = (I1 * p1) + (I2 * p2) + (I3 * p3)$$

El potencial del análisis territorial, combinando técnicas cuantitativas con los SIG, permite sintetizar las situaciones representadas por un amplio volumen de datos.

El tratamiento de información en formato vectorial implica el trabajo con bases gráficas y tablas alfanuméricas. Para la Geografía, en cualquier caso, estas se organizan con el formato de matriz de datos geográfica (Berry, 1964). En ella, en la intersección de cada fila y columna se define una celda, cada una de las cuales contiene una característica de un hecho geográfico (Berry, 1964, p. 5). Luego, cada conjunto de celdas puede analizarse en sentido vertical, comparando las unidades espaciales o en dirección horizontal, siguiendo la idea de inventario de localización.

A partir de la matriz de datos geográfica es posible implementar distintas técnicas de clasificación. Según se explica, cada unidad espacial “se diferencia de la contigua, y los procedimientos técnicos de clasificación son los que permitirán agruparlas de acuerdo a sus semejanzas a través de la intensidad encontrada” (Buzai y Baxendale, 2006, p. 269). Por lo tanto, para lograr la identificación de diferencias y delimitar el territorio, las tareas comienzan con la construcción de la Matriz de Datos Originales (MDO), luego transformada en Matriz de Datos Índice (MDI) como paso previo a la estandarización.

La matriz de datos o atributos se asocia con una capa gráfica utilizando un SIG. Dentro de este software o en alguna aplicación de hojas de cálculo, se realizan las operaciones aritméticas necesarias para obtener la Matriz de Datos Estandarizados (MDZ), a partir de la MDI. Mediante la estandarización se logra normalizar las distribuciones con igual promedio (0) y desvío estándar (1), lo que permitirá confeccionar mapas comparables y calcular una medida

sintética (Buzai, 2003), como es el IBR que presentaremos en el Capítulo 7.

El IBR se calcula para los radios censales con distintos tipos de ruralidad que integran la región bajo estudio. Mostramos a continuación los pasos implicados en la confección del índice, reservando los detalles acerca de las fuentes de datos y selección de indicadores, como así también los resultados para el Capítulo 7, dedicado específicamente al bienestar en el sudeste bonaerense, recordando en cuanto a la replicabilidad que cada equipo de trabajo propondrá una medición adecuada al contexto de investigación.

Entendemos que es primordial plantear la distinción entre dimensiones, variables e indicadores deseables y posibles. Los primeros refieren a la construcción metodológica que los investigadores proponen como abarcativa de la realidad rural en estudio, y lo que entienden que es más apropiado para su operacionalización. La segunda, en cambio, alude a lo posible, teniendo en cuenta los datos disponibles en fuentes diversas, a veces inconexas, que relevan cierta información, repiten alguna u omiten otra y que no siempre refieren a la misma escala o nivel de desagregación espacial. A continuación, el problema más difícil de superar suele ser definir entre “lo mejor” y “lo posible” en un determinado contexto decisional. En este caso, la disponibilidad de información referida al tema de investigación a nivel de los radios censales del sudeste bonaerense es limitada, pero constituye el campo de lo posible. Siendo conscientes de esta situación es que se determina “lo mejor” con base en criterios preferenciales y cargados de subjetividad del equipo de investigación. A través de la intersección de ambas fases se determina la “solución óptima” (Romero, 1996).

La metodología propuesta para la medición del bienestar rural cuenta con su aplicación previa en otras escalas territoriales, como la nacional, la provincial y la regional (Ares et al., 2025; Mikkelsen et al., 2018; Mikkelsen et al., 2020). Cuando se decide trabajar a escala de radios censales,

en ocasiones hay indicadores que solo se encuentran disponibles por ejemplo para departamentos o partidos, con lo cual su incorporación a un índice debe hacerse teniendo en cuenta las limitaciones implicadas. Constituye, sin embargo, una opción adoptada por otros investigadores, como es el caso de Velázquez et al. (2022), quienes señalan que “dado que la información a escala departamental es más fácil de obtener que la del radio censal, en algunos casos, es necesario realizar una adaptación de ambas” (2022, p. 630). En estas situaciones, los puntajes disponibles a escala de los partidos se asignan a cada uno de los radios que los constituyen (Velázquez et al., 2022).

La secuencia metodológica, una vez acordadas las dimensiones y variables con las que se trabajará, consiste en diseñar la MDO que luego se transforma en MDI. Si hay indicadores que, previo a su tratamiento, no siguen la direccionalidad positiva, se deben transformar en su complemento. A continuación, se estandariza la MDI sobre puntajes omega o zeta, conformando la MDZ (Buzai, 2003).

Según indica Buzai (2003), con la obtención de puntuaciones  $Z$ , “cada dato original se transforma en un puntaje que se desvía en valores positivos y negativos respecto de  $=0$  siendo  $\sigma = 1$ ” (p. 112). De este modo, se logra la comparabilidad entre la totalidad de los indicadores.

Si se define emplear como estrategia de estandarización los puntajes Omega la fórmula será la siguiente:

$$PE_i = \frac{X_i - m}{M - m}$$

Donde  $PE_i$  es el puntaje estándar,  $X_i$  es el dato original para estandarizar, mientras que  $m$  y  $M$  son respectivamente el menor y el mayor valor del indicador (Buzai, 2003).

Por su parte si se estandariza por puntajes  $Z$ , esta es la fórmula:

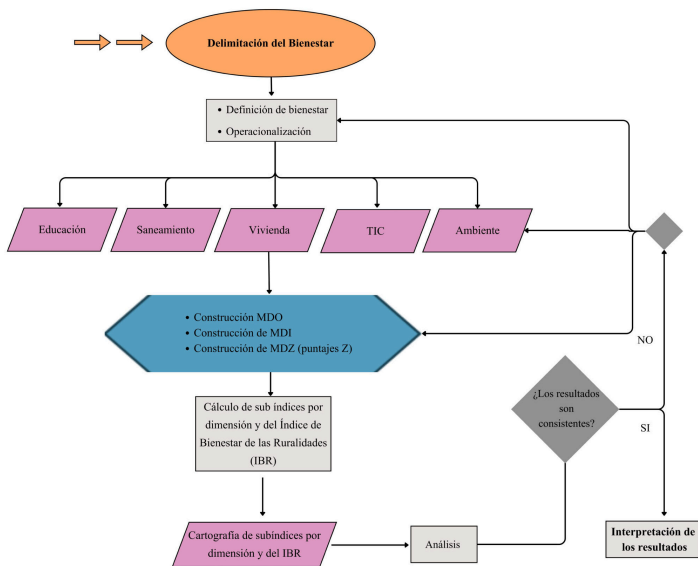
$$Z_i = \frac{X_i - \bar{x}}{\sigma}$$

Donde:  $Z_i$  es el puntaje  $Z$  de la variable  $X_i$ ;  $X_i$ : es la variable por estandarizar;  $\bar{x}$  es la media y  $\sigma$  es el desvío estándar de la variable  $X$  para toda el área de estudio.

Finalmente, el índice, en nuestro caso el IBR, se obtiene mediante el promedio simple o ponderado de cada uno de los indicadores seleccionados.

Los procedimientos descritos se aplican en el Capítulo 7 y quedan representados de forma sintética en el diagrama representado en la Figura 4.

**Figura 4. Diagrama metodológico para el cálculo de un Índice de Bienestar de las Ruralidades**



Fuente: elaboración propia.

La reflexión teórico-conceptual, como también los pasos implicados en la operacionalización, selección de fuentes de datos y construcción de indicadores, constituye un momento esencial en todo proceso de investigación. Consideramos además que, al mismo tiempo, constituye un aporte para la posible aplicación de estas técnicas en distintos ámbitos, adecuando las operacionalizaciones a las características de cada territorio y de la sociedad que lo vive y construye. En nuestro caso la propuesta de aplicación se hace para el sudeste de la provincia de Buenos Aires, que toma rol protagónico en la tercera parte de este texto.



# Tercera parte



## 5

# El sudeste bonaerense

## *Caracterización del área de estudio*

MATÍAS GORDZIEJCZUK Y CAMILA RODRÍGUEZ

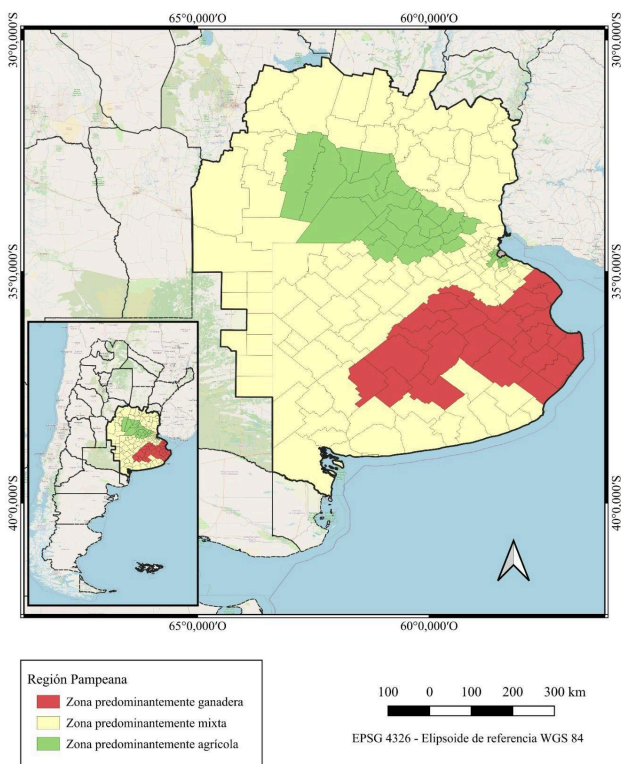
En el presente capítulo proponemos describir el área de estudio considerada para nuestras tareas de investigación, partiendo de una escala más amplia –la región pampeana– para luego abordar la configuración territorial y la organización del sudeste de la provincia de Buenos Aires. De este modo, buscamos revisar aspectos espaciales e históricos del recorte territorial analizado en esta sección del libro, con especial énfasis en la caracterización sociodemográfica y agroproductiva. En los capítulos siguientes, estas particularidades serán profundizadas mediante la aplicación de las propuestas detalladas en el Capítulo 4 acerca de la medición de la ruralidad y del bienestar social.

### **Marco general: la región pampeana**

La región pampeana (Figura 1) se localiza entre los 31° y 39° de latitud sur y los 57° y 65° de longitud oeste, abarcando las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y la zona este de La Pampa. Su límite oriental está dado por el Río Uruguay y el Río de la Plata, mientras que hacia el sudeste linda con el Mar Argentino. Según Moscatelli (1991), las fronteras sudoeste, oeste y norte se definen por parámetros climáticos

orientados a delimitar la Pampa Húmeda. El clima de la región es templado, con un gradiente de humedad decreciente de este a oeste, en correspondencia con la disminución de las precipitaciones medias anuales. En cuanto al relieve, corresponde a una llanura de acumulación, asociada a una cuenca tectónica de hundimiento, rellena y nivelada por sedimentos continentales (Mikkelsen, 2012).

Figura 1. Región pampeana



Fuente: elaboración propia en base a Cascardo et al. (1991).  
Cartografía: INDEC (2022) y OSM Standard (wms).

Como indican Lobato y Suriano (2000), esta región comenzó a adquirir preeminencia en la primera mitad del siglo XVIII. Hacia 1740 hubo una revitalización de la minería en el Alto Perú que:

permitió un ciclo de auge del comercio de mulas salteño, el desarrollo de haciendas en Santiago del Estero, así como un mejoramiento general del comercio; aunque no llegó a modificar la ya irreversible orientación de la economía hacia Buenos Aires y el Atlántico (Lobato y Suriano, 2000, p. 82).

Hasta entonces, el Noroeste Argentino (NOA) constituía el área más dinámica, central y funcional del actual territorio nacional, seguido por Cuyo. Un hito fue la creación del Virreinato del Río de la Plata (1776), porque “implicó el traslado del centro de gravedad económico de la costa del Pacífico a la costa del Atlántico” (Lobato y Suriano, 2000, p. 100), con la ciudad de Buenos Aires consolidándose como mercado y punto de distribución (Milletich, 2000). Los cambios impuestos a partir de 1776 favorecieron el progresivo dominio de Buenos Aires y el Litoral, determinado asimismo por los requerimientos del comercio exterior (Lobato y Suriano, 2000). De este modo, adquirió impulso el ciclo del cuero, debido a la creciente demanda del Reino Unido de Gran Bretaña. Este producto provenía del ganado cimarrón que pastaba en la llanura pampeana, lo que otorgó progresivamente a la región un papel protagónico y relegó al NOA a una posición periférica dentro del nuevo ciclo económico. Según Gelman (2000), en estos años también se inician la cría de ganado bovino para el consumo de carne y una incipiente agricultura centrada en los mercados locales. Así, el ciclo de las grandes estancias comienza a tomar forma.

La temprana inserción en el sistema capitalista le confirió al territorio que hoy conforma la región pampeana un notable crecimiento económico y un desarrollo relativo sostenido: primero a través de la exportación de cueros y otros productos del ganado vacuno, luego con la lana ovina

(desde 1830) y, hacia la década de 1880, mediante la expansión conjunta de la ganadería bovina y la agricultura. Como indica Zeberio (2000), esta situación es parte de un proceso que involucra a otras áreas rurales de América Latina en las que se desarrollaron modalidades de agricultura de exportación. Para comprender lo sucedido es preciso recordar que la principal demanda de alimentos estaba concentrada en Europa, continente signado por la expansión demográfica, la urbanización y la industrialización. La satisfacción de estas demandas pudo hacerse desde Argentina debido a una serie de ventajas que permitieron el crecimiento de la producción (Zeberio, 2000): a) condiciones ecológicas, principalmente la calidad de los suelos y el tipo de clima; b) abundancia de tierras; c) suficiente fuerza de trabajo, lograda a partir del proceso de inmigración masiva; d) consolidación del Estado nacional y del marco jurídico-político; e) desarrollo de la red ferroviaria y de telégrafos, junto con la construcción del nuevo puerto en Buenos Aires. De forma sinérgica, estas cualidades impulsaron la transformación de Argentina y su posicionamiento como “granero del mundo”, con el rol protagónico de las provincias pampeanas.

Para la década de 1930, la centralidad pampeana se reforzó por el proceso de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), concentrado en los principales centros urbanos de la región (Gejo y Liberali, 2006). Desde la década de 1950, la expansión agrícola profundizó su perfil productivo, gestando el denominado proceso de agriculturización (Gras y Hernández, 2009).

De esta forma, la región pampeana adquirió un protagonismo económico, demográfico y político sin precedentes (Gejo y Liberali, 2006); la magnitud de esta situación es tal que en la literatura se distingue entre “lo pampeano” y “lo extrapampeano”.

La diversidad interna de la región pampeana permite distinguir subregiones con rasgos particulares. Una de ellas es el sudeste bonaerense, un espacio geográfico que en el ámbito académico ha recibido diversas denominaciones

y demarcaciones, tales como: subregión del sudeste pampeano, subregión centro-sur de Buenos Aires, pampa sureña o zona mixta del centro-sur de la provincia de Buenos Aires (Mikkelsen, 2012). Debido a la diversidad de criterios de delimitación existentes, en esta publicación se adopta la propuesta de Ares et al. (2020b), elaborada a partir de un proceso de superposición cartográfica multivariado. Esta región está conformada por trece partidos, que se caracterizan en las siguientes secciones del capítulo.

### **El sudeste bonaerense como recorte de análisis**

Los partidos o jurisdicciones de tercer orden que componen el área de estudio se extienden a lo largo de 40.259 kilómetros cuadrados (km<sup>2</sup>), distribuyéndose de la siguiente manera: Ayacucho (6.785 km<sup>2</sup>, 16,8 %), Balcarce (4.120 km<sup>2</sup>, 10,2 %), General Alvarado (1.677 km<sup>2</sup>, 4,1 %), General Juan Madariaga (2.964 km<sup>2</sup>, 7,4 %), General Pueyrredon (1.460 km<sup>2</sup>, 3,6 %), Lobería (4.418 km<sup>2</sup>, 11 %), Maipú (2.640 km<sup>2</sup>, 6,5 %), Mar Chiquita (3.116 km<sup>2</sup>, 7,7 %), Necochea (4.792 km<sup>2</sup>, 11,9 %), Pinamar (63 km<sup>2</sup>, 0,2 %), San Cayetano (3.004 km<sup>2</sup>, 7,5 %), Tandil (4.935 km<sup>2</sup>, 12,3 %) y Villa Gesell (285 km<sup>2</sup>, 0,7 %) (INDEC, 1991). Los cuatro partidos de mayor extensión concentran más del 50 % de la superficie regional.

A grandes rasgos, el sudeste bonaerense se caracteriza por contar con relieve predominantemente llano, interrumpido por el sistema de Tandilia, compuesto por sierras bajas y suaves ondulaciones del terreno. El clima es templado, con una temperatura media anual cercana a los 13°C y precipitaciones que decrecen de noreste a sudoeste, con valores que oscilan entre los 1.000 y 600 milímetros anuales. Los vientos predominantes son moderados, aunque se registran vientos locales característicos como el Pampero y la Sudestada. Al combinarse

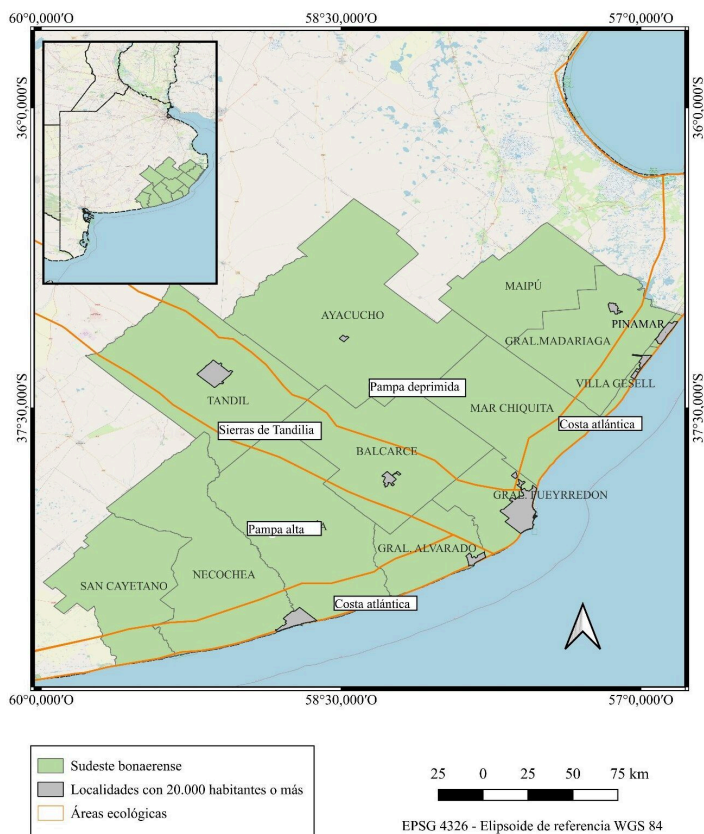
con un período de heladas relativamente breve, estas condiciones favorecen el aprovechamiento económico de los suelos de la región.

Se trata de un área de aptitud productiva mixta, tradicionalmente agrícola-ganadera (Figura 1). La calidad de sus suelos posibilita el desarrollo de cultivos anuales, especialmente trigo, girasol, maíz y, en las últimas décadas, soja. La actividad ganadera continúa siendo un componente relevante, desplegándose en algunos casos en zonas marginales o bajo sistemas intensivos, como los *feedlots*.

También es importante considerar el desarrollo de las actividades industriales, comerciales y turísticas presentes en el área. Tal como señalan Velázquez et al. (2022), la estructura productiva de esta región es altamente diversificada, a la agricultura y ganadería se suman las actividades manufactureras y de servicios, concentradas sobre todo en las ciudades de Mar del Plata, Tandil y el aglomerado Necochea-Quequén.

Por otra parte, al analizar las características ecológicas, se observa que el sudeste bonaerense abarca sectores de cuatro ambientes: Pampa Deprimida, Sierras de Tandilia, Pampa Alta y Costa Atlántica (Reboratti, 2012), distribuidos tal como se muestra en la Figura 2. En la actualidad, ninguno de estos ambientes se conserva en estado prístino, debido a la intervención humana. Sin embargo, algunos presentan un mayor grado de alteración que otros. En este sentido, Reboratti (2012) señala que la Pampa Alta y la Costa Atlántica han perdido en gran medida sus rasgos ambientales originales, en contraste con las áreas serranas y ciertos recortes de la Pampa Deprimida, donde persiste una conservación relativamente mayor.

Figura 2. Sudeste de la provincia de Buenos Aires



Elaboración propia en base a Reboratti (2012), Ares et al. (2020a), INDEC (2022).

Cartografía: INDEC (2022) y OSM Standard (wms).

Al norte del sudeste bonaerense se encuentra la Pampa Deprimida, que abarca los partidos de Ayacucho, Maipú, grandes extensiones de General Juan Madariaga y Mar Chiquita, junto con porciones de Balcarce y General Pueyrredon, así como la franja septentrional de Tandil. Este ambiente recibe su nombre por el predominio de los movimientos verticales del agua –precipitación y evapotranspiración– por sobre los horizontales –escurremiento superficial y profundo– (Scarpati y Capriolo, 2013). Se trata de una planicie de escasa pendiente cuyo desarrollo se organiza en torno a la cuenca del río Salado. Presenta una limitada diversificación productiva y una estructura económica tradicional, centrada en la ganadería bovina, junto con un mercado laboral reducido. Carece de ciudades de tamaño considerable y “los núcleos más dinámicos están relacionados con actividades turísticas o se encuentran situados en las áreas de contacto con otras zonas” (Velázquez et al., 2022, p.173).

En la zona central, con una orientación noroeste-sudeste, se encuentra el ambiente de las Sierras de Tandilia. Esta formación rocosa atraviesa los partidos de Tandil, Balcarce y General Pueyrredon -donde se localizan sus últimas estribaciones-, además de la porción norte de Lobería y General Alvarado. Los suelos de este ambiente poseen aptitud agroganadera, a lo que se suma la presencia de ciudades de relevancia, como Mar del Plata y Tandil, que concentran una variada oferta de servicios y actividades económicas. En Balcarce, en cambio, las actividades productivas se encuentran en líneas generales orientadas a la producción agropecuaria.

Al sur de las Sierras de Tandilia se localiza la Pampa Alta. Este ambiente abarca el área central del partido de Lobería, el centro y norte de Necochea y San Cayetano, el noroeste de General Alvarado, así como una pequeña franja situada al sur de Balcarce. Se caracteriza por una extensa llanura fértil, con suelos ricos en materia

orgánica y de alta aptitud para el desarrollo agropecuario (Sequeira y Vázquez, 2016). Al igual que la Pampa Deprimida, carece de ciudades de tamaño considerable, siendo los aglomerados más poblados las cabeceras de Lobería y San Cayetano, que no superan los 15.000 habitantes (INDEC, 2022).

Sobre el litoral atlántico del sudeste bonaerense, y extendiéndose en forma de banda hacia el interior del continente, se localiza el ambiente de la Costa Atlántica. Esta franja sólo se ve interrumpida por las Sierras de Tandilia en el partido de General Pueyrredon. Pinamar y Villa Gesell conforman íntegramente este ambiente, mientras que Mar Chiquita, General Pueyrredon, General Alvarado, Lobería, Necochea y San Cayetano se incluyen únicamente en sus áreas costeras. Asimismo, una porción de General Juan Madariaga pertenece a este ambiente pese a no contar con frente marítimo. La Costa Atlántica presenta un uso intensivo del suelo y de los bienes naturales, favorecido por la diversidad y magnitud de sus localidades, así como por la heterogeneidad de su economía y servicios. En particular, se destacan los sistemas productivos mixtos –ganadería y agricultura extensiva–, como así también la producción hortícola, sobre todo en General Pueyrredon.

Las referencias previas al componente demográfico y a la distribución de la población habilitan, y anticipan, el análisis que se desarrolla a continuación.

## **La población: entre el mar y las sierras**

El modelo de poblamiento del sudeste bonaerense se encuentra condicionado por el devenir propio de su construcción social e histórica. De esta manera, la región se encuentra delineada por una estructura de asentamientos compuesta por un núcleo urbano principal y un

espacio rural donde la población se distribuye de manera dispersa o aglomerada (Jacinto, 2012).

La Tabla 1 muestra los totales de población y sus respectivos porcentajes por partido para los últimos cuatro censos. El corte temporal para el estudio de la región responde a su propia conformación. En el sudeste bonaerense, los últimos partidos creados fueron Pinamar y Villa Gesell, los cuales desde el 1º de julio de 1978 comenzaron a funcionar como distritos autónomos del partido de General Juan Madariaga. No obstante, recién el 23 de mayo de 1983, mediante una nueva ley, se convirtieron oficialmente en partidos de la provincia de Buenos Aires, habilitados para elegir autoridades propias. De esta manera, desde el censo 1991 todos los partidos que integran el sudeste bonaerense se encuentran plenamente constituidos y equiparados para su comparación (Entrelíneas, 2025).

Tabla 1. Partidos del sudeste de la provincia de Buenos Aires: población total y relativa (%), 1991-2022

Partido	1991		2001		2010		2022	
	Total	%	Total	%	Total	%	Total	%
Ayacucho	19.634	2,2	19.669	2,0	20.337	1,9	21.977	1,8
Balcarce	41.194	4,6	42.039	4,3	43.823	4,1	48.982	4,1
Gral. Alvarado	30.385	3,4	34.391	3,5	39.594	3,7	45.526	3,8
Gral. J. Madariaga	16.923	1,9	18.286	1,9	19.747	1,8	22.624	1,9
Gral. Pueyrredon	532.845	58,9	564.056	57,9	618.989	57,6	667.082	55,5
Lobería	17.647	2,0	17.008	1,7	17.523	1,6	18.243	1,5
Maipú	10.042	1,1	10.193	1,0	10.188	0,9	11.323	0,9
Mar Chiquita	14.884	1,6	17.908	1,8	21.279	2,0	33.110	2,8
Necochea	84.581	9,4	89.096	9,1	92.933	8,7	102.110	8,5
Pinamar	10.316	1,1	20.666	2,1	25.728	2,4	39.449	3,3
San Cayetano	8.687	1,0	8.119	0,8	8.399	0,8	8.994	0,7
Tandil	101.228	11,2	108.109	11,1	123.871	11,5	145.575	12,1
Villa Gesell	16.012	1,8	24.282	2,5	31.730	3,0	37.463	3,1
Total	904.378	100	973.822	100	1.074.141	100	1.202.458	100

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (1991, 2001, 2010 y 2022).

En la última década, la población de la región ha superado el millón de habitantes, alcanzando en 2022 un total de 1.202.458 personas. Esta representa el 6,8 % de la población de la provincia de Buenos Aires, con un patrón de distribución por partidos que es desigual y persistente en el tiempo.

General Pueyrredon, que abarca menos del 5 % de la superficie del sudeste bonaerense, se destaca por concentrar más del 50 % de la población, aunque censo tras censo su peso relativo tiende a disminuir. Este comportamiento refleja la estructura territorial de la región, y con nitidez el rol de su ciudad cabecera –Mar del Plata– como nodo regional, que influye en aspectos como la movilidad por trabajo, educación, acceso a servicios especializados de salud, actividades culturales y recreativas, núcleo tecnológico y financiero.

Tras General Pueyrredon, Tandil y Necochea son los únicos partidos que superan actualmente los 100 mil habitantes. No obstante, se mantienen lejos del primero, con porcentajes de participación relativa en torno al 10 %.

Se puede decir que un *ranking* de población mostraría cambios en las posiciones intermedias, mientras que en los extremos se observan regularidades. Al tiempo que San Cayetano, Maipú y Lobería permanecen en las posiciones más bajas, General Pueyrredon, Tandil, Necochea, Balcarce y General Alvarado –cuya ciudad cabecera es Miramar– se mantienen de manera constante entre los primeros lugares.

Cabe destacar que desde 1991 algunos partidos han mantenido la tendencia de crecimiento poblacional respecto al total de población del área de estudio. Estos son los casos de General Alvarado, Mar Chiquita, Pinamar y Villa Gesell, situación que se explica en líneas generales por la evolución de sus localidades costeras.

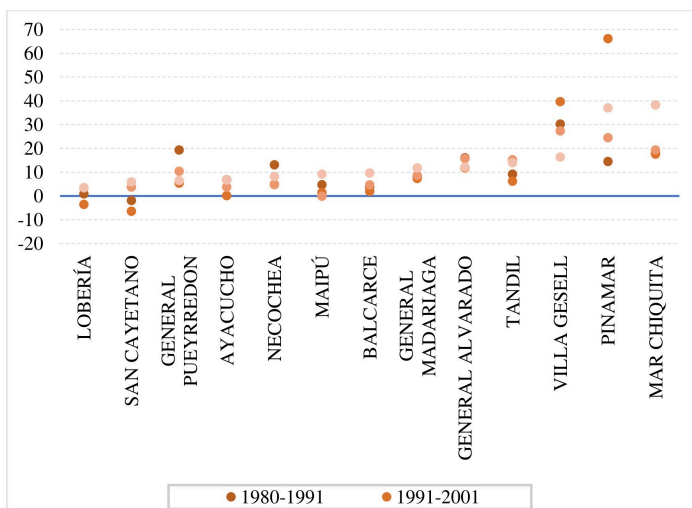
Además de la magnitud de la población, resulta de importancia conocer características de la estructura demográfica, apelando a indicadores básicos como son el índice de masculinidad, es decir, el número de varones cada 100

mujeres, y la edad mediana, es decir, la que divide a la población en dos partes iguales. En 2022, la región registró una razón de masculinidad de 91,7. Este valor demuestra una predominancia femenina, aunque con contrastes entre partidos. Por ejemplo, mientras que Lobería y Mar Chiquita presentan valores más cercanos a la equidad entre sexos (98,2 y 98,1, respectivamente), General Pueyrredon y Necochea alcanzan una diferencia cercana a los 10 puntos en favor de las mujeres (90,3 y 91,5, en ese orden).

En cuanto a la edad mediana, el promedio regional es de 35 años, con variaciones que van desde 32 años en Pinamar hasta 37 en General Pueyrredon, Necochea y San Cayetano. Probablemente, estos comportamientos se asocian con distintas instancias del proceso de envejecimiento en cada distrito. Inciden en esta disposición factores como la distribución urbano-rural de la población, la selectividad de los procesos migratorios, la fecundidad, la esperanza de vida al nacer y la estructura de actividades económicas.

En la Figura 3 se muestra la Tasa Anual de Crecimiento Intercensal (TAC) por partido, considerando el período comprendido entre los censos de 1980 y 2022. Se advierte que las jurisdicciones de la región muestran en su mayoría tasas positivas, representativas de distintas velocidades de cambio poblacional. Así, el sudeste de la provincia de Buenos Aires muestra situaciones de crecimiento acelerado en Pinamar, Villa Gesell y Mar Chiquita, especialmente en el período 2010-2022, y de cambios lentos (con tasas inferiores al 12 %) en otros distritos. Los mismos partidos que líneas arriba fueron caracterizados como los de menor peso demográfico (San Cayetano, Maipú y Lobería), son los que registran períodos intercensales con disminución de la población, durante el siglo pasado.

**Figura 3. Partidos del sudeste de la provincia de Buenos Aires: Tasa Anual de Crecimiento Intercensal, 1980-2022 (%)**



Fuente: elaboración propia en base a INDEC (1991, 2001, 2010 y 2022).

Si se desglosa el total de población en urbana y rural, según el criterio dual empleado por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) y referenciado en capítulos anteriores, el último censo muestra que el 96 % de la población del sudeste bonaerense es urbana y el 4 % restante se subdivide en 45,8 % rural agrupada (17.155 personas) y 54,2 % rural dispersa (20.296 personas).

La Tabla 2 expresa una disminución sostenida del porcentaje de población rural –según el criterio dicotómico o umbral de los 2.000 habitantes– en la mayoría de los partidos del sudeste bonaerense. La búsqueda de mejores condiciones de vida, en términos de trabajo, educación y acceso al sistema de salud, y los avances en transporte y comunicación continúan siendo factores que explican el crecimiento ininterrumpido de la población estadísticamente clasificada como urbana.

**Tabla 2. Partidos del sudeste de la provincia de Buenos Aires: porcentajes de población urbana y rural entre 1991 y 2022**

Partido	1991		2001		2010		2022	
	Urbana	Rural	Urbana	Rural	Urbana	Rural	Urbana	Rural
Ayacucho	76	24	84	16	85	15	87	13
Balcarce	77	23	84	16	88	12	91	9
Gral. Alvarado	83	17	88	12	91	9	91	9
Gral. J. Madariaga	87	13	92	8	92	8	95	5
Gral. Pueyrredon	97	3	98	2	99	1	99	1
Lobería	62	38	72	28	74	26	78	22
Maipú	80	20	87	13	87	13	89	11
Mar Chiquita	77	23	80	20	81	19	83	17
Necochea	92	8	93	7	96	4	97	3
Pinamar	99	1	99	1	99	1	100	0
San Cayetano	71	29	83	17	88	12	92	8
Tandil	90	10	93	7	94	6	96	4
Villa Gesell	97	3	96	4	93	7	100	0

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (1991, 2001, 2010, 2022).

Se evidencian dinámicas diferenciadas. Por un lado, aquellos partidos que presentan un proceso constante de disminución de la proporción de la población rural desde el censo 1991: Ayacucho, Balcarce, Lobería, Mar Chiquita, Necochea, San Cayetano y Tandil. Por otro lado, los distritos que registraron una disminución, pero con algún período de estancamiento en dicha proporción: General Alvarado, General Juan Madariaga, General Pueyrredon y Maipú.

De esta manera, la Tabla 2 deja entrever diversos perfiles territoriales dentro del sudeste bonaerense. La región se compone de partidos como Pinamar y Villa Gesell, con una estructura marcadamente urbana (100 % de población urbana en 2022), y de otros que, pese a la reducción de la

población rural, conservan aún un peso significativo de esta categoría poblacional, tal como ocurre en Lobería (22 % de población rural en 2022).

## Centralidades del sudeste

Como ya se ha señalado, Mar del Plata -ciudad cabecera del partido de General Pueyrredon- es la más importante de la región, tanto por su rango y tamaño como por su diversidad productiva. Siguiendo la clasificación propuesta por Erbiti (2007), esta urbe se clasifica como una Aglomeración de Tamaño Intermedio (ATI) mayor, dado que su población se encuentra dentro del rango comprendido entre 400.000 y 999.999 habitantes, ocupando el séptimo puesto entre las principales aglomeraciones urbanas del país. En articulación con otras localidades de su jurisdicción (como Batán, Sierra de los Padres-La Peregrina y Chapadmalal) y con centros urbanos vecinos (como Santa Clara del Mar, partido de Mar Chiquita, y Miramar, partido de General Alvarado), la ciudad tiende progresivamente hacia un funcionamiento metropolitano.

La apodada “Ciudad Feliz” presenta una amplia oferta de actividades y servicios vinculados al turismo que la posicionan a nivel nacional, además de una reconocida producción asociada a la extracción y transformación de los recursos pesqueros del mar Argentino (Mikkelsen et al., 2014). Considerada la capital del turismo interno, Mar del Plata ha sabido adaptarse y reinventarse frente a los distintos modelos de desarrollo nacional: de villa veraniega de la élite a destino masivo de sol y playa (Bertoncello, 2006; Pastoriza, 2011) y, actualmente, lugar para viajes cortos en cualquier mes del año.

Bajo el mismo criterio de jerarquización, Tandil constituye la segunda ciudad en importancia del sudeste

bonaerense. Su desarrollo histórico se vincula con una tradicional industria minera ligada al sistema de Tandilia, aunque en las últimas décadas su economía se ha visto dinamizada por la expansión del turismo y los servicios. En este caso, se trata de una ATI menor, que queda comprendida en el intervalo de 50.000 a 399.999 habitantes. Cabe destacar que las evaluaciones sobre bienestar suelen ubicar a esta ciudad entre las mejor posicionadas del país. Linares (2022) exhibe que prácticamente la totalidad de la ciudad se incluye dentro del cuartil más alto del Índice de Calidad de Vida (2010), lo que la distingue de Mar del Plata, ciudad que presenta considerables disparidades socioespaciales (Lucero y Sabuda, 2022).

El podio del sistema urbano del sudeste bonaerense se completa con el aglomerado Necochea-Quequén, que también se clasifica como una ATI menor. En este caso, las actividades agropecuarias y portuarias constituyen pilares fundamentales de su estructura económica. El turismo también representa una fuente de ingresos relevante, aunque, a diferencia de Mar del Plata, posee una estacionalidad más marcada, concentrada casi exclusivamente en la temporada estival.

Entre las ciudades pequeñas –es decir, las que cuentan de 20.000 a 49.999 habitantes– se encuentran cuatro ciudades, tres de ellas costeras.

Respecto al trío Miramar, Villa Gesell y Pinamar, entre estos balnearios existe una diferencia vinculada a su origen. Mientras que Miramar fue fundada a fines del siglo XIX, incorporando la impronta de una estación balnearia destinada a sectores sociales acomodados –similar a Mar del Plata y Necochea–, Villa Gesell y Pinamar constituyen emprendimientos urbanos de la primera mitad del siglo XX, surgidos en el marco de la democratización del turismo, aunque inicialmente también fueron exclusivos para grupos sociales de alto poder adquisitivo (Bertoncello, 2006; Pastoriza, 2011).

Como ya se ha dicho, la reorganización territorial de la provincia de Buenos Aires, en 1978, otorgó autonomía municipal a Villa Gesell y Pinamar, conformando distritos de base territorial predominantemente urbana.

La cuarta ciudad pequeña es la agrociedad de Balcarce. Su perfil urbano combina funciones administrativas, comerciales y de servicios orientadas al entorno rural circundante, y más específicamente, a la dinámica territorial derivada de las actividades agrícolas y ganaderas (Bruno et al., 2021).

En los últimos niveles del sistema de aglomeraciones, se encuentran los pueblos grandes, habitados por volúmenes de población que oscilan entre los 2.000 y 19.999 habitantes y los pueblos pequeños, con menos de 2.000 pobladores. En el marco de esta producción, estos pueblos se inscriben dentro de la categoría de ruralidad, en línea con la delimitación ampliada que incluye asentamientos de hasta 20.000 habitantes. Pueden distinguirse, nuevamente, localidades especializadas en servicios turísticos (como Santa Clara del Mar) y otras de perfil agropecuario y administrativo –o ciudades del campo/agrociedades (Santos y Silveira, 2001; Elías, 2003; Bruno et al., 2021)– varias de las cuales constituyen cabeceras de partido: Ayacucho, Coronel Vidal (partido de Mar Chiquita), General Juan Madariaga, Lobería, Maipú y San Cayetano. Asimismo, otras que superan los 2.000 habitantes son: Comandante Nicanor Otamendi en el partido de General Alvarado, General Pirán en el partido de Mar Chiquita y Nicanor Olivera (La Dulce) y Juan N. Fernández en el partido de Necochea.

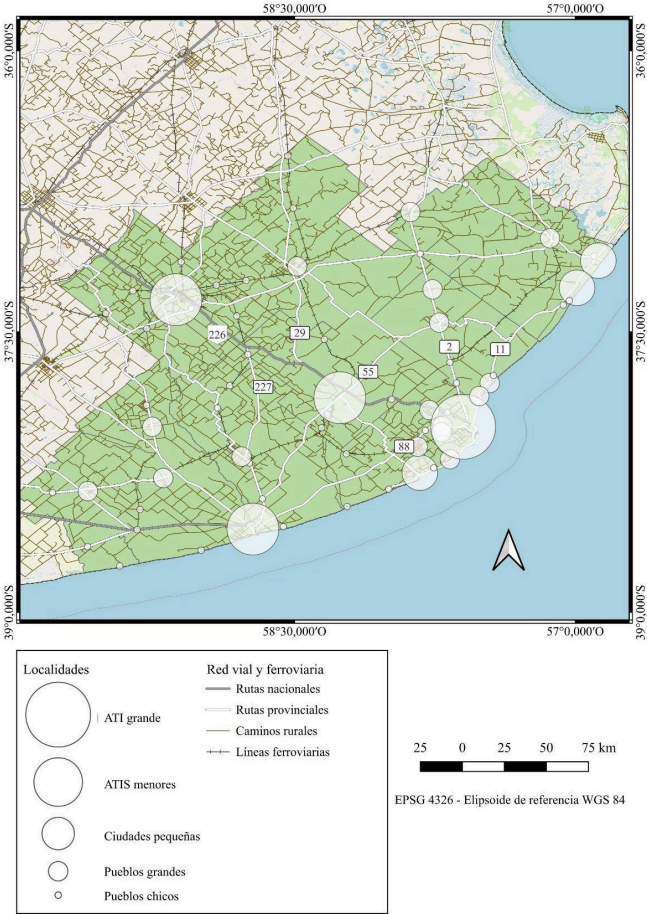
Más allá de las poblaciones urbanas definidas por INDEC, el sudeste bonaerense cuenta con asentamientos humanos que poseen nombres reconocidos oficialmente o por el uso social. Algunos de ellos corresponden a los ya nombrados pueblos pequeños, orientados a actividades diversas, como las agropecuarias, extractivas, industriales, turísticas o simplemente residenciales. En otro

rango, ya no reconocidos como localidades o aglomeraciones, se encuentran los denominados parajes. Estos asentamientos de población se presentan como pasos o paradas, a la vera de las vías de circulación, conectando ciudades de mayor rango poblacional, caracterizándose por su baja densidad poblacional en un radio pequeño de espacio, que se podría identificar como población rural dispersa, caracterizada por su identidad y apego con el lugar (Rodríguez, 2020).

El sistema de asentamientos caracterizado se articula a través de una red de autopistas, rutas y caminos rurales. Los ejes viales principales actúan en muchos casos como ejes de expansión urbana. Las principales arterias de circulación y crecimiento se desprenden de Mar del Plata: la Ruta Provincial (Autopista) 2, que conduce casi en línea recta hacia la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), la Ruta Nacional 226, que comunica a Mar del Plata con Balcarce, Tandil y el centro de la provincia, y la Ruta Interbalnearia 11, que acompaña el frente costero y constituye otro eje de dinamismo territorial.

La Figura 4 exhibe la localización de los principales componentes territoriales desarrollados en este apartado.

Figura 4. Sistema de asentamientos de población del sudeste bonaerense



Fuente: elaboración propia en base a Erbiti (2007), INDEC (2022).  
Cartografía: INDEC (2022, IGN (2024)) y OSM Standard (wms).

## La ruralidad agroproductiva

Desde fines del siglo XIX, el sudeste bonaerense se diseñó funcionalmente como un recorte espacial acorde con la etapa de crecimiento hacia afuera del país, también conocida como modelo agroexportador (Gejo y Liberali, 2006). En este contexto, la organización económica de las distintas localidades de la región ha estado históricamente vinculada, en mayor o menor medida, a la dinámica de la producción agropecuaria. En consecuencia, los cambios que esta actividad experimentó en las últimas décadas impactaron de manera significativa en la estructura agraria, promoviendo procesos de concentración de la tierra y disminución de la población residente en unidades de producción o Explotaciones Agropecuarias (EAP).

Las nuevas formas de organización de la producción asociada al agronegocio, introducidas por actores sociales rurales emergentes –como contratistas, *pools* de siembra, fondos de inversiones, uniones transitorias de empresas y proveedores de insumos de alcance transnacional–, se caracterizan por la reinversión de sus utilidades. Este modelo productivo, de carácter capital-intensivo, implica una fuerte incorporación tecnológica, que incluye maquinarias de última generación, organismos genéticamente modificados, agroquímicos específicos y sistemas de acopio y transporte, lo que permite alcanzar mayores niveles de productividad y producción a gran escala. En consecuencia, los productos más capitalizados pueden afrontar los elevados costos de este esquema, desplazando a los medianos y pequeños, quienes enfrentan menores posibilidades de financiamiento e inversión. Estos procesos generan, a su vez, modificaciones en el paisaje rural y en la territorialidad del espacio geográfico rural. Son situaciones que dejan ver en el territorio una multiplicidad de escenarios, dando lugar a una tipología de actividades cuyos subtipos dependen de factores como la tenencia de la tierra, las técnicas empleadas y el conocimiento y capital disponible, entre otros.

Los datos provenientes de los Censos Nacionales Agropecuarios (CNA) 2002 y 2018 muestran que la mayoría de los partidos del sudeste bonaerense redujeron su total de EAP entre un 20 y 30 % (Tabla 3). Los casos que más se apartan de este rango son Maipú y Villa Gesell. En el primero se aprecia un aumento del 7,9 %, que no se acompaña de un incremento en la superficie destinada a la producción agropecuaria, lo que indica un menor tamaño promedio de las unidades productivas como consecuencia de la subdivisión de tierras. En cambio, en Villa Gesell la disminución del total de EAP se entiende como parte del proceso de urbanización que atraviesan los municipios de la Costa Atlántica. En cierta medida, dicho proceso incluso limita la diversidad de la actividad turística, considerando que una de las tres EAP del partido ofrecía turismo rural en 2002 (Gordziejczuk y Mikkelsen, 2023).

Respecto a la Tabla 3, podemos destacar que General Alvarado, General Juan Madariaga y San Cayetano registraron un comportamiento opuesto al resto de los distritos en cuanto a la variación de la superficie destinada a producción agropecuaria. Las pequeñas variaciones positivas observadas pueden asociarse a factores como la incorporación de nuevas tierras mediante la reconversión de pastizales, mejoras en la infraestructura que facilitan el acceso a nuevas hectáreas, el aprovechamiento de tierras suburbanizadas y redefiniciones catastrales. Asimismo, este aumento en la superficie de las EAP se da junto con una disminución en la cantidad total de establecimientos, por lo cual estos partidos evidencian un proceso de concentración de tierras.

**Tabla 3. Partidos del sudeste de la provincia de Buenos Aires: total y superficie en hectáreas de las explotaciones agropecuarias (EAP) entre 2002 y 2018**

Partido	EAP					
	Total			Superficie en hectáreas		
	2002	2018	Variación (%)	2002	2018	Variación (%)
Ayacucho	935	739	-21,0	585.148,8	544.428,8	-7,0
Balcarce	546	422	-22,7	324.689,2	282.926,1	-12,9
Gral. Alvarado	209	136	-34,9	132.807,8	139.532,2	5,1
Gral. J. Madariaga	349	261	-25,2	249.327,6	257.437,0	3,3
Gral. Pueyrredon	456	313	-31,4	113.138,0	71.921,5	-36,4
Lobería	544	420	-22,8	356.303,7	342.173,5	-4,0
Maipú	228	246	7,9	243.932,1	218.286,1	-10,5
Mar Chiquita	389	317	-18,5	302.173,0	247.426,9	-18,1
Necochea	569	364	-36,0	411.192,2	342.899,5	-16,6
Pinamar	0	0	0,0	0,0	0,0	0,0
San Cayetano	360	280	-22,2	240.194,5	246.664,6	2,7
Tandil	659	480	-27,2	442.390,2	321.930,1	-27,2
Villa Gesell	3	0	-100,0	5,5	0,0	-100,0
Total	5.247	3.978	-24,2	3.401.302,6	3.015.626,3	-11,3

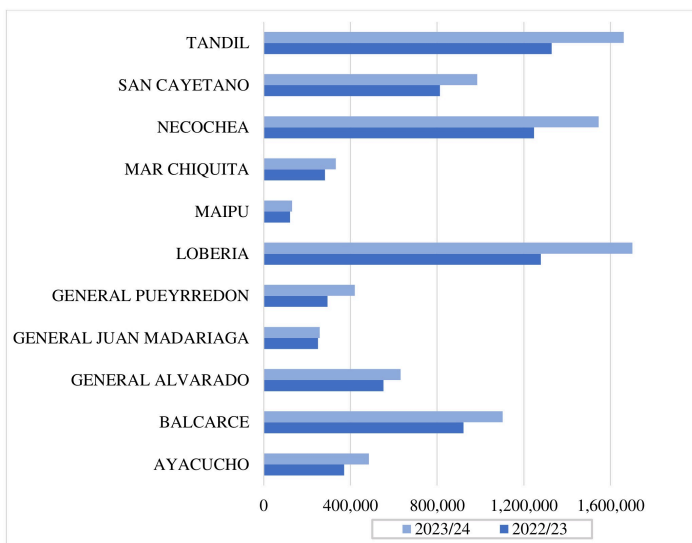
Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2002 y 2018).

Como adelantáramos, al igual que en gran parte del país, en la región se produce un marcado proceso de reducción de las EAP pequeñas, es decir, aquellas con superficies menores a 200 hectáreas. Necochea, General Alvarado y General Pueyrredon son los partidos más afectados, con disminuciones superiores al 30 %. Balcarce constituye la única jurisdicción que presenta una variación positiva en el total de EAP medianas, o con superficies entre 200 y 1000 hectáreas. Por último, las EAP grandes, es decir, aquellas que superan las 1000 hectáreas, y representan tanto a los sectores tradicionales de la ruralidad argentina como a los nuevos actores de la *élite* rural, beneficiada por el modelo

de agronegocio hegemónico vigente, también experimentan una reducción, especialmente en General Pueyrredon, Balcarce y San Cayetano. Este comportamiento refuerza el efecto de concentración de tierras en determinados grupos dentro de la estructura agraria. En este contexto, quienes han perdido la tenencia de la tierra son, en especial, los pequeños productores. Cuando carecen de los medios necesarios para mantener las tierras en producción, algunos las venden. Otros, en cambio, se convierten en rentistas, lo que contribuye a explicar el incremento de las tierras en arrendamiento.

Según la Dirección de Estimaciones Agrícolas, perteneciente a la Dirección Nacional de Agricultura de la Subsecretaría de Agricultura, en las últimas dos campañas agrícolas (2022/23 y 2023/24), los partidos de la región produjeron alpiste, arveja, avena, cebada, centeno (solo en Necochea), colza, girasol, lino, maíz, mijo, soja, sorgo y trigo. El total producido, contabilizado en toneladas, se puede observar en la Figura 5. Los partidos que concentran mayor producción total son Tandil, Necochea, Lobería, Balcarce y San Cayetano. No obstante, existe la preeminencia de determinadas producciones orientadas al mercado externo que redujo la diversificación productiva de la región, provocando una especialización en cereales (trigo y maíz) y oleaginosas (soja y girasol), junto con otros cultivos relevantes, como la papa.

**Figura 5. Partidos del sudeste de la provincia de Buenos Aires: producción total, campañas agrícolas 2022/23 y 2023/24**



Fuente: elaboración propia en base a Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, Presidencia de la Nación (datosestimaciones.magyp.gob.ar/).

Es interesante destacar que el partido con mayor superficie –Ayacucho– se diferencia de los restantes por la cantidad de EAP dedicadas a la producción de ganado bovino, tal como se aprecia en la Tabla 4. Le siguen en importancia: Mar Chiquita, Tandil, Balcarce y General Juan Madariaga. Además, Ayacucho es el partido con mayor cantidad de cabezas de ganado ovino, seguido por General Juan Madariaga, Maipú y Mar Chiquita. Asimismo, sobresale Tandil por su producción de porcinos.

**Tabla 4. Partidos del sudeste de la provincia de Buenos Aires: tipo de ganado al 30 de junio de 2018, por EAP y cabezas**

Partidos	Bovinos		Ovinos		Porcinos	
	EAP	Cabezas	EAP	Cabezas	EAP	Cabezas
Ayacucho	719	597.177	252	41.161	34	7.566
Balcarce	304	225.431	116	9.263	25	1.550
Gral. Alvarado	62	38.639	28	1.691	11	2.842
Gral. J. Madariaga	242	205.523	80	20.921	9	142
Gral. Pueyrredon	63	48.160	23	2.295	8	114
Lobería	283	161.749	34	3.038	5	1.901
Maipú	238	191.792	88	17.668	8	743
Mar Chiquita	279	248.908	130	17.368	38	6.155
Necochea	218	148.491	73	8.568	26	863
Pinamar	-	-	-	-	-	-
San Cayetano	185	115.047	39	5.794	5	117
Tandil	360	239.736	76	7.185	20	27.617
Villa Gesell	-	-	-	-	-	-

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2018).

Los partidos de Pinamar y Villa Gesell no cuentan con producción agrícola en las campañas analizadas, ni tampoco con cabezas de ganado en producción. Esto se debe a la escasez de espacios rurales tradicionales presentes en sus territorios, relacionado con su perfil eminentemente turístico y residencial.

Es oportuno destacar que, desde la década de 1970, General Pueyrredon se consolidó como un área central en la producción frutihortícola de la región. Según Daga et al. (2020), el cinturón verde que bordea a Mar del Plata es el segundo en importancia en el país, abasteciendo tanto al mercado local como al regional. Al año 2018, las áreas hortícolas –tanto bajo cubierta como a campo– abarcaban 68 de los 343,19 km<sup>2</sup> que conforman el periurbano marplatense, lo que equivale al 19,8 % de su superficie, compartida con otros usos del suelo como áreas construidas, vacíos urbanos

y espacios verdes, cuerpos de agua y otras áreas productivas (Daga et al., 2020).

Como última característica, comienzan a registrarse en la región indicios de agricultura alternativa que, si bien mantiene una participación reducida en comparación con la producción convencional, se visibiliza en el conjunto de experiencias agroecológicas y orgánicas (Molpeceres et al., 2021; Auer et al., 2023). Según el último CNA, el sudeste bonaerense cuenta con 65 EAP dedicadas a producciones alternativas: 29 con agricultura orgánica, 7 con agricultura biodinámica y 29 con prácticas agroecológicas, siendo Necochea y General Pueyrredon los distritos con mayor participación.

La descripción desarrollada permite comprender al sudeste de la provincia de Buenos Aires como un territorio cuya configuración actual es resultado de los procesos de territorialización, el devenir histórico por el que transitó, y actividades productivas y prácticas sociales de larga duración. El análisis realizado permitió identificar las particularidades que han moldeado a la región y, dentro de ella, el peso de lo rural, constituyéndose en un insumo relevante para su ampliación y complejización en los capítulos que siguen.



## 6

# La ruralidad bonaerense, ¿de qué hablamos cuándo hablamos de población rural?

CLAUDIA MIKKELSEN Y SOFÍA ARES

Las discusiones teóricas presentadas en el Capítulo 1 han acompañado las inquietudes del equipo a lo largo del tiempo. En este capítulo, el debate teórico propuesto se aplica al sudeste bonaerense, ensayando una metodología para la medición de la ruralidad sostenida en la elaboración de un índice compuesto por tres indicadores.

El ensayo de esta metodología evidencia que, al referir únicamente a la dimensión material del territorio, la mayor parte de la superficie es de carácter rural, con diversos matices. Ahora bien, cuando la mirada pasa de lo material a lo sociodemográfico identificamos que hay dominancia de población en áreas de urbanidad, heterogéneas por supuesto, de acuerdo con la metodología utilizada para clasificarla.

A continuación, mostraremos la aplicación del IR siguiendo las pautas técnicas descritas en el Capítulo 4. La adecuada clasificación de la población no solo es útil para delimitar el universo de análisis, sino especialmente para brindar herramientas que contribuyan a la discusión de las nociones de espacio urbano/rural y, con ellas, a matizar la idea de una provincia eminentemente urbana, como se desprende de las evaluaciones tradicionales. Sin dejar de lado la evidente concentración urbana, creemos que se debe reconsiderar el peso de la población en áreas de ruralidad,

situación que podría ser beneficiosa en aras de implementar acciones para el incremento de su bienestar.

## La ruralidad del sudeste, paso a paso

Como hemos expresado en los capítulos precedentes, la ruralidad es una condición sociocultural y territorial heterogénea.

La operacionalización del concepto no es ajena a los planteos teóricos discutidos en los Capítulos 1 y 5, ni tampoco a los antecedentes de medición propuestos en distintas contribuciones (Castro y Reboratti, 2007; Reig Martínez et al., 2016; Larrubia Vargas et al., 2019; Gaudin 2019; D'Alessandro et al., 2021; Dirven y Candia, 2023; Gaudin y Padilla Pérez, 2023). En conjunto, estos aportes son fundamentales para ensayar una delimitación de la ruralidad desde el sudeste de la provincia de Buenos Aires, la que probablemente requiera de reflexiones y posteriores ajustes para su adaptación a otros recortes territoriales.

Nuestra propuesta para la medición de la ruralidad es a partir del análisis de tres dimensiones estáticas, e indicadores representativos de ellas, detalladas a continuación:

1. *Dimensión demográfica.* Una de las medidas más utilizadas para diferenciar las ruralidades de las urbanidades es el límite demográfico. Dentro de esta perspectiva otro indicador de uso habitual es la densidad. Para la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), sus ventajas son la fácil operacionalización y la neutralidad, aunque este método presenta dificultades, como la falta de homogeneidad (Endlich, 2006) y su sensibilidad a la extensión territorial del recorte espacial en análisis (Larrubia Vargas et al., 2019). Pese a estos obstáculos, identificamos a la densidad como un indicador representativo de esta

dimensión. En consecuencia, se trabajó a nivel de la superficie de los partidos, por radio censal, con la información correspondiente al Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda de 2022 (INDEC, 2022). De este modo obtuvimos la densidad de población y luego transformamos la capa vectorial a formato raster para su compatibilidad con los restantes indicadores.

2. *Coberturas/ usos del suelo.* Para Reig Martínez et al., una unidad espacial se caracteriza como rural “si al menos el 90 % de la superficie está cubierta por bosques, dedicada a usos agrícolas o cuenta con una cobertura de suelo natural” (2016, p. 24). Siguiendo con estas ideas, apelamos a como fuente de datos utilizada a los mapas de uso y cobertura del suelo “correspondientes al sector Agricultura, Silvicultura y Cambio de Uso de la Tierra (AFOLU, por sus siglas en inglés: *Agriculture, Forestry, and Others Land Uses*) de Argentina” (Volante et al., 2024), para el año 2020. La cartografía construida en el marco de ese proyecto presenta detalles de coberturas/ usos del suelo en dos niveles. El Nivel 1, empleado para el cálculo del IR, comprende las 6 categorías establecidas por el IPCC (Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático) (Volante et al., 2024): tierras forestales; tierras de cultivos, pastizales, pasturas y estepas; humedales (con aguas transitorias o permanentes); asentamientos y otras tierras (suelo desnudo, hielo o nieve).
3. *Accesibilidad.* Reig Martínez et al. (2016) establecen como elemento para tener en cuenta el tiempo de viaje a un centro urbano con 50.000 habitantes o más. Para ello se asume que las ciudades con tales características ofician como espacios con oferta de servicios diversos: bancarios y financieros, sanitarios, educativos (especialmente en niveles superiores), jurídico-administrativos, recreativos o mercantiles, entre otros. El análisis de esta dimensión se realizó con la información sistematizada por Weiss et al. (2018), correspondiente al año 2015.

Las capas que conforman el IR tienen una resolución espacial de 382 x 281 píxeles. Los procedimientos aplicados a las capas de información se realizaron en el Sistema de Información Geográfica QGIS.

Para la utilización de las capas en formato raster, en todos los casos, el primer paso fue delimitar el área de estudio a partir del recorte con una máscara (partidos del sudeste, en formato vectorial), generando así capas continuas, sin considerar los límites administrativos. Luego, realizamos la reclasificación de la información, siguiendo los parámetros mostrados en la Tabla 1.

**Tabla 1. Reclasificación de capas raster**

Densidad de población		Tiempo de viaje a una ciudad con 50.000 habitantes o más		Usos y coberturas del suelo	
Valor original	Nuevo valor	Valor original	Nuevo valor	Valor original	Nuevo valor
Menor a 20 habitantes por km <sup>2</sup>	1	Superior a 60 minutos	1	Tierras forestales, tierras de cultivos, pastizales, otras tierras (suelo desnudo, rocas)	1
De 20 a 100 habitantes por km <sup>2</sup>	2	De 45 a 60 minutos	2	Humedales y cuerpos de agua	2
De 100 a 500 habitantes por km <sup>2</sup>	3	De 30 a 45 minutos	3	Asentamientos (localidades)	3
Más de 500 habitantes por km <sup>2</sup>	4	Inferior a 30 minutos	4		

Fuente: elaboración propia.

Con la información detallada se obtuvo el IR como un promedio ponderado, para lo cual se apeló a la calculadora raster. La ponderación se realizó para menguar el sesgo que genera la distribución de la red vial, directamente relacionada con los tiempos de viaje. Así, los indicadores siguieron la premisa de que las áreas de mayor ruralidad tienen baja densidad poblacional y predominio de coberturas/ usos del suelo asociadas con el sector primario de la economía. Por ende, los valores de ponderación son de 0,40 para densidad de población; 0,40 para coberturas/ usos del suelo y 0,20 para accesibilidad. El índice oscila entre 1 y 3.6 puntos, mostrando un territorio en el que se transita entre las ruralidades más tradicionales y las de mayor contacto urbano, es decir, más influenciadas por los procesos de poblamiento y accesibilidad propios de la cercanía a las ciudades.

La aplicación del IR fue central para delimitar a la población objetivo, es decir, aquella residente fuera de áreas de urbanidad. Mostramos a continuación, de forma desagregada primero, el resultado de clasificar a la población siguiendo el criterio del límite de los 2.000 habitantes en contraste con el IR. Luego, exponemos en detalle los resultados de cada uno de los indicadores para finalizar con el IR.

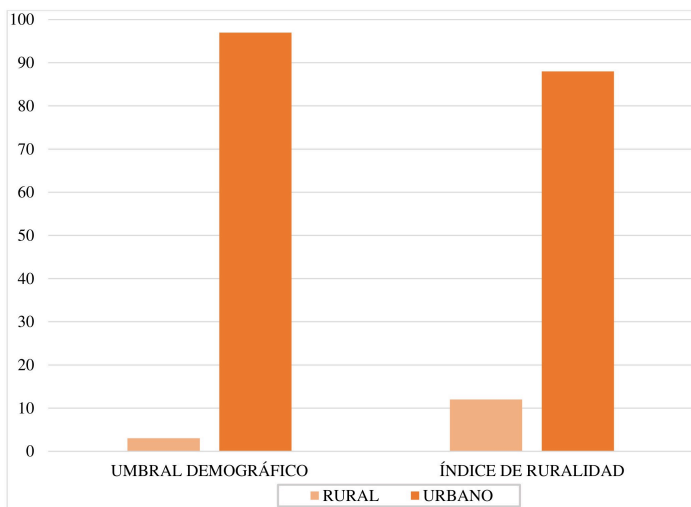
Brevemente podemos destacar que la densidad de población y coberturas/ usos del suelo son los indicadores que mostraron mayor homogeneidad en el territorio. La accesibilidad, por el contrario, denota mayores diferencias territoriales.

Según se manifestó en el Capítulo 5, el modelo de ocupación y poblamiento ha propiciado la concentración de población en las ciudades de mayor tamaño y en algunas localidades de menores dimensiones, mientras que en el territorio restante las densidades de población son muy bajas. Estas son coherentes con la dinámica demográfica de la ruralidad de la provincia de Buenos Aires, signada por grandes extensiones de territorio y una población decreciente desde hace más de 50 años. Así, tomando como parámetro el umbral de los 2.000 pobladores, la provincia pasó

del 50 % de población urbana en 1914 al 98 % en 2022. Por el contrario, si analizamos los totales de población siguiendo la distribución del IR, los volúmenes y porcentajes incluidos en cada grupo se modifican (Figura 1), con leves incrementos para la ruralidad y descensos para la urbanidad. Somos conscientes de que seguimos en un plano dicotómico de definición, no obstante, la propuesta relativiza los opuestos y nos da la posibilidad de repensar incluso en etiquetas tan fuertes e instituidas aportando a la certera idea de complementariedad, como se puede leer en el mapa de síntesis.

Más allá de la modalidad de categorización, es innegable que desde hace décadas la población rural descende (Capítulo 5). En la explicación de este proceso, la crisis de 1929 es un hito ya que a partir de esa fecha la provincia de Buenos Aires viró hacia un modelo productivo centrado en la ganadería, lo que supuso una menor demanda de trabajadores (Tort et al., 1991; Bertoncetto, 2012). Según Sili (2019), el despoblamiento es un proceso que no se detiene y el relativo renacimiento rural de las últimas décadas no alcanza a empañar la tendencia al éxodo. Ahora bien, la clasificación de los pobladores siguiendo las categorizaciones del IR permite suavizar la idea de una urbanización absoluta, poniendo de relieve la presencia de población en la ruralidad, es decir, la existencia de sociedades que, con peso propio, son generadoras de oportunidades y demandas, que deben ser atendidas, apuntalando y reconociendo la importancia de garantizar su bienestar y, con ello, incrementar la posibilidad de arraigo.

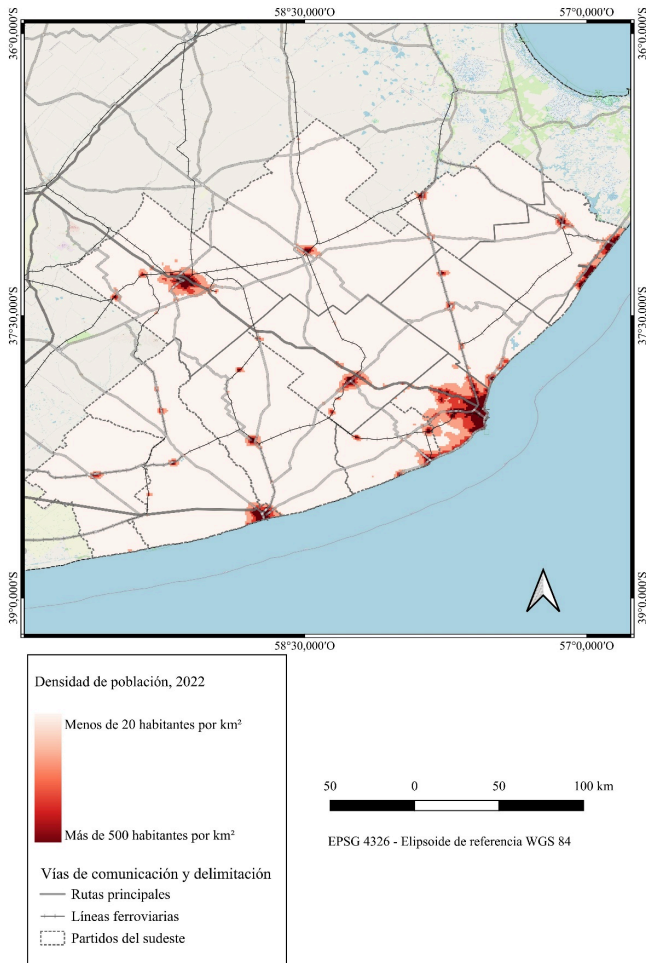
**Figura 1. Distribución relativa de la población según método para su clasificación rural/urbana, 2022**



Fuente. elaboración propia.

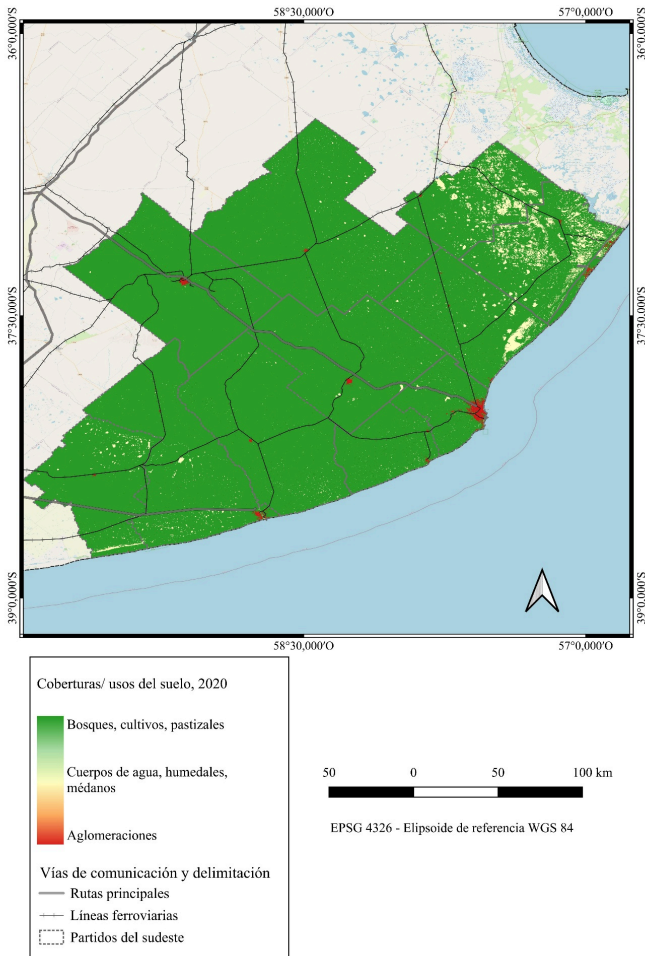
La baja densidad de población en gran parte del sudeste se advierte en la Figura 2. La medición expresa que el 94 % de la superficie registra una densidad inferior a 20 habitantes por kilómetro cuadrado. El modelo de asentamientos expone que las mayores densidades de población se localizan en cercanía a las ciudades cabeceras de los partidos, algunas de ellas localidades con más de 20.000 habitantes. Balcarce, General Alvarado, General Pueyrredon, Necochea, Pinamar, Tandil y Villa Gesell son los partidos con áreas de mayor densidad. Luego, a medida que se acrecienta la distancia a las ciudades, esta disminuye. De igual forma notamos este comportamiento en los pueblos pequeños del sudeste, aunque con menores densidades de población y con menor cobertura espacial.

Figura 2. Densidad de población, sudeste bonaerense, 2022



Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2022).  
Cartografía: INDEC (2022), IGN (2024) y OSM Standard (wms).

Figura 3. Coberturas/ usos del suelo, sudeste bonaerense, 2020

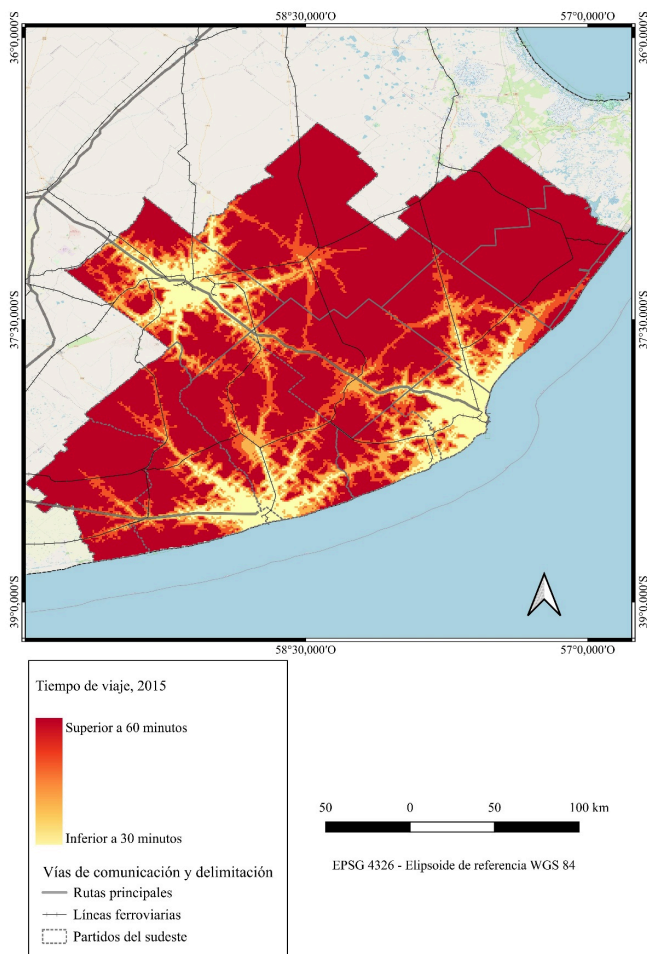


Fuente: elaboración propia en base a Volante et al. (2024).  
Cartografía: INDEC (2022), IGN (2024) y OSM Standard (wms).

En lo que respecta a los usos del suelo, observamos la distribución de este indicador en la Figura 3. Es notorio el predominio de cultivos, pastizales y áreas forestadas, abarcando cerca del 96 % de la superficie. Estos usos resultan de actividades primarias tradicionales, características del rol agroproductivo de la región, con un modelo asociado a unidades de producción pequeñas y medianas dirigidas por productores capitalizados. Con una superficie menor, 3 %, aparecen los ambientes de dunas y cuerpos de agua en los partidos que integran la Pampa Deprimida, como así también en los cordones de médanos de la Costa Atlántica. Por otra parte, las ciudades, allí donde se aglutina gran parte de la población, son las que ocupan la menor superficie regional, pero tienen relevancia por sus funciones y servicios.

El indicador accesibilidad según tiempo de viaje que apreciamos en la Figura 4 es el más heterogéneo ya que está asociado con la infraestructura disponible y la localización de las cuatro ciudades de mayor magnitud en el sudeste bonaerense, Mar del Plata, Tandil, Necochea y Balcarce, que en 2022 superan los 50.000 habitantes. Estas se concentran en un radio relativamente pequeño en relación con la superficie total del área. Más allá del asentamiento poblacional y de su densidad toman un protagonismo central las vías de circulación, estas tienen un diseño prioritariamente radial, mientras que la interacción, movimientos y flujos entre las ciudades y los pueblos –independientemente de su tamaño– operan a nivel de la totalidad del espacio geográfico, dejando en evidencia los recortes territoriales desprovistos de estas posibilidades y con verdaderas condiciones de aislamiento geográfico.

Figura 4. Tiempo de viaje a una ciudad con 50.000 habitantes o más, sudeste bonaerense, 2015



Fuente: elaboración propia en base a Weiss et al. (2018).  
Cartografía: INDEC (2022), IGN (2024) y OSM Standard (wms).

Los partidos de General Juan Madariaga, Maipú, Pinar y Villa Gesell tienen tiempos de viajes mayores en comparación con otros territorios del sudeste bonaerense. Esto se debe a que en general están conectados por vías de comunicación de menor calidad, en algunos casos incluso sin pavimentar. Otra condición que debe tenerse presente es la ubicación en el territorio de las aglomeraciones intermedias, escenario que se describió anteriormente. Es notoria la desventaja de partidos como Ayacucho, Balcarce y San Cayetano, que poseen mayor cantidad de zonas con un tiempo de viaje de 30 a 45 minutos. General Alvarado, Lobería y Mar Chiquita son los partidos que, sin tener ciudades con más de 50.000 habitantes, poseen territorios que están a menos de 30 minutos de viaje de las ciudades de Mar del Plata, Necochea o Tandil.

Combinados en el IR, los indicadores antes caracterizados expresan una representación de los distintos grados de ruralidad que coexisten, no siempre en armonía, y le dan al territorio regional su propia identidad (Figura 5). En el IR se delimitaron cuatro categorías principales, cuyas características principales detallamos en la Tabla 2.

**Tabla 2. Categorías del Índice de Ruralidad para el sudeste bonaerense**

Índice de ruralidad	Densidad de población	Tiempo de viaje a una ciudad con 50.000 habitantes o más	Coberturas/ usos del suelo dominantes
Ruralidad tradicional	Menos de 20 habitantes por km <sup>2</sup>	Más de 60 minutos	Tierras forestales, pastizales, cultivos.
Ruralidad que se desvanece	Entre 20 y 100 habitantes por km <sup>2</sup>	Entre 45 y 60 minutos	Otros (suelo desnudo, roca, hielo)
Ruralidad de contacto	De 100 a 500 habitantes por km <sup>2</sup>	Entre 30 y 45 minutos	Tierras forestales, pastizales, cultivos. Otros (suelo desnudo, roca, hielo), Humedales y cuerpos de agua, Asentamientos
Urbanidad	De 20 a 500 habitantes km <sup>2</sup>	Menos de 30 minutos	Asentamientos

Fuente: elaboración propia.

Las cuatro categorías del IR no son estancas ni tienen límites exactos, dado que las dimensiones se superponen (Figura 5) y operan como una envolvente de criterios de similitud, con límites porosos. La mayor superficie (76 %) está comprendida en los niveles de *ruralidad tradicional*, caracterizada por la baja densidad de población, la dominancia de coberturas/ usos del suelo del sector agropecuario y por su mayor distancia, en tiempo de viaje, a ciudades o pueblos grandes.

Los restantes recortes territoriales pertenecen a otras variantes de ruralidad que ocupan superficies más acotadas. De este modo, en el nivel que denominamos *rural que se desvanece* se sitúa el 18 % de la superficie regional. Se trata de una gradación de ruralidad que en general encontramos relativamente próxima a las ciudades de diferente tamaño, y que sigue las vías de comunicación principal, pero especialmente en torno a pueblos pequeños o grandes y ciudades con menos de 20.000 habitantes. La imagen del desvanecimiento implica la necesidad de reconocer intersticios entre lo *rural tradicional* y lo *rural de contacto*, no refiere a desaparición, sino a la tendencia general de transición de una situación a la otra.

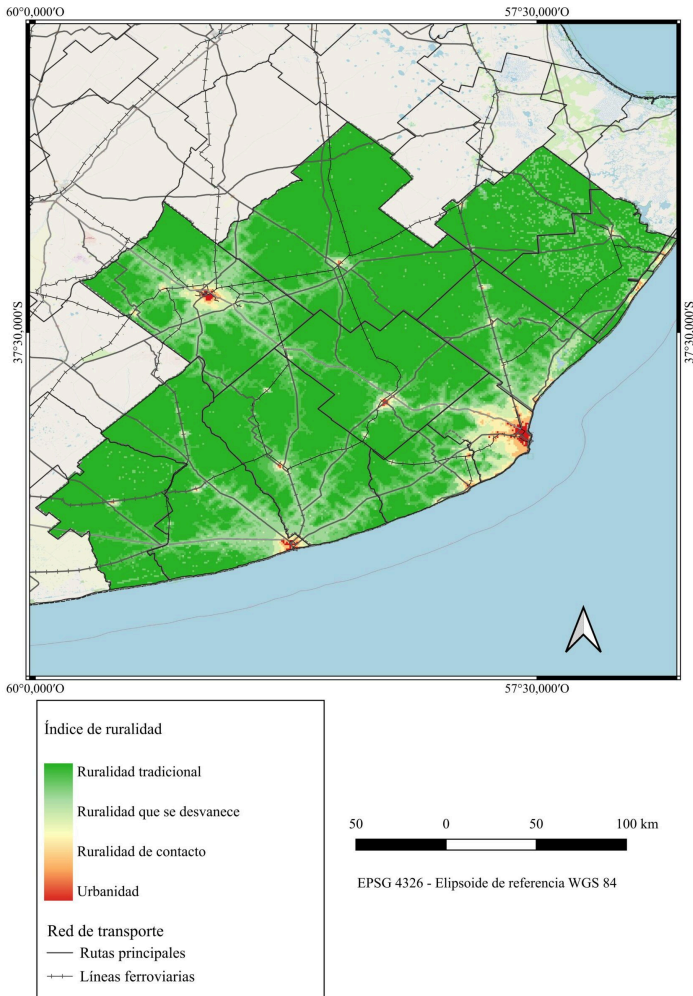
En el último grado de ruralidad se emplazan los territorios reconocidos como *rural de contacto*, los cuales representan el 4,4 % de la superficie regional. Estos se localizan en las áreas linderas a las urbes de mayor tamaño (Mar del Plata, en el partido de General Pueyrredon, Necochea y Tandil) o en los bordes de ciudades cabeceras de partido (Ayacucho, Balcarce, Coronel Vidal, General Juan Madariaga y Lobería) de menor magnitud demográfica. Estas ruralidades tienen como características una densidad poblacional media-alta, así como una dominancia de usos del suelo urbano y buena accesibilidad. Cabe aclarar que, en el marco de los procesos sociales contemporáneos, se encuentran algunas localidades de la costa atlántica o del área serrana que están modificando su perfil, sobre el que avanzan rasgos de urbanidad acompañando las transformaciones materiales y sociales.

Varias de ellas quedan incluidas en la categoría ruralidades de contacto, y demuestran cómo en los espacios rurales tradicionales se insertan aglomeraciones con características que las acercan a algunos de los caracteres típicamente citadinos (son los casos de Santa Clara del Mar, Mar Chiquita, Villa La Brava, Sierra de los Padres-La Peregrina, Estación Camet, Chapadmalal, El Marquesado, entre otras).

Las *ruralidades que se desvanecen* y las *ruralidades de contacto* se visualizan de forma más compacta. Poseen un rol territorial central dado que dinamizan a las localidades menores, es decir, a las que tienen menos de 20.000 pobladores. Es allí donde la población accede a ciertos equipamientos comunitarios, mercados, y las productoras y productores entran en relación entre sí y con la ciudad de rango mayor más próxima y con lo rural tradicional, es decir, son funcionales en ambos sentidos.

A partir de esta categorización, un área importante de la región permanece alejada (en kilómetros y en tiempo) del acceso a servicios educativos y sanitarios de mayor complejidad o incluso a prestaciones de instituciones bancarias, administrativas o simplemente recreativas, todo lo cual tendría impactos negativos en el bienestar de las poblaciones. Un aspecto para tener en cuenta es que, por fuera de la región sudeste, a una distancia razonable, estos pobladores tampoco disponen de acceso a otras ciudades. En tal sentido es posible entender el proceso casi continuo de migración, observable con pérdida de población y falta de atractivo para nuevos pobladores o para el regreso de los jóvenes que emigran en pos de continuar sus estudios o para la búsqueda de oportunidades laborales.

Figura 5. Índice ponderado de ruralidad, sudeste bonaerense, 2022



Fuente: elaboración propia.  
Cartografía: INDEC (2022), IGN (2024) y OSM Standard (wms).

El análisis sociodemográfico testimonia que la mayor parte de la población se concentra en las menores proporciones de superficie, es decir, en los espacios cercanos a las localidades o en los pequeños poblados de menos de 20.000 habitantes. Sobre el particular, algunas de estas localidades están en partidos con nula tradición rural, como Pinamar o Villa Gesell, ligadas a funciones residenciales o turísticas, como ya se mostró en el Capítulo 5. En otros partidos, como Ayacucho, Balcarce, General Madariaga, Lobería, Maipú y San Cayetano, las aglomeraciones pueden tener rasgos urbanos, pero están vinculadas al desarrollo de actividades agropecuarias, definidas como agrocidades o ciudades rurales (Elías, 2003).

Partidos como Ayacucho, Maipú y San Cayetano sorprenden por el bajo impacto de las *ruralidades que se desvanecen y de contacto*, así como por la fuerte impronta de las *ruralidades tradicionales*. En los restantes partidos, se desarrolla un gradiente desde las áreas centrales de los pueblos pequeños y grandes o desde la periferia de las localidades con 20.000 habitantes o más. Otra particularidad de estas gradaciones es que se extienden siguiendo el rumbo de las vías de acceso a las localidades, situación que muestra su influjo. El IR construido, es una sucesión no siempre homogénea de las ruralidades, desde las de contacto hacia las tradicionales. Se trata de un aporte en procura de pensar y aportar a la construcción observable de otra delimitación de lo rural y las ruralidades en el sudeste de la provincia de Buenos Aires, Argentina.

La aplicación de las tres dimensiones seleccionadas: densidad de población, coberturas/ usos del suelo y accesibilidad según tiempo de viaje, da cuenta de manera combinada de la existencia de varias ruralidades, reconociendo gradientes, fragmentos y discontinuidades que revelan la heterogeneidad rural para los años de las fuentes de información consideradas.

## El bienestar rural en el sudeste bonaerense

SOFÍA ARES, ALEJANDRA AUER, MATÍAS GORDZIEJCZUK, CAMILA  
RODRÍGUEZ, ALEJANDRA SANTIAGO Y CLAUDIA MIKKELSEN

Luego de los debates presentados, y como parte del trabajo realizado a lo largo del tiempo, consideramos que la interacción conceptual y metodológica entre la ruralidad y el bienestar condiciona la labor de los investigadores en cuanto a la selección de los indicadores sociales que deben ser empleados en su caracterización. En tal sentido, este capítulo tiene como objetivo aunar el debate conceptual con nodo en la convivencia de diversas ruralidades y el bienestar, mediante la generación y presentación del IBR.

Evaluar el bienestar a través de un índice nos permite, mediante una visión multivariada, establecer diferenciaciones en los territorios rurales del sudeste bonaerense y proceder al estudio de las brechas o distancias entre las unidades espaciales.

Si adelantamos la trama, podemos expresar que el IBR nos muestra el predominio de situaciones intermedias y, a pesar de su direccionalidad positiva, expresa las dificultades presentes en el espacio rural del sudeste bonaerense. Tal como se reconoció en la primera sección del libro, el bienestar reúne el conjunto de demandas materiales que la sociedad necesita en pos de alcanzar una buena vida. Si el bienestar se analiza desde la ruralidad, dichas demandas poseen requisitos particulares asociados a las menores densidades poblacionales, cierto aislamiento geográfico, las

distancias que se deben recorrer para aprovisionamiento de bienes, como para satisfacer cuestiones vinculadas a educación y salud, entre otras.

## Índice de Bienestar de las Ruralidades

Argentina es un país con distintos niveles de bienestar en el que conviven diversas ruralidades. En este sentido, las particularidades constructivas de las viviendas, los diferentes modos de asentamiento de la población (dispersos y agrupados), las distintas formas de organizar la vida en familia, los variados sistemas productivos -presentes y pasados- y la disposición y posibilidad de acceso a infraestructuras diversas (agua potable, saneamiento, energía eléctrica, comunicaciones, entre otras), así como las diversas problemáticas socio-ambientales, han dejado sus huellas en el territorio rural actual, dando testimonio de diversas configuraciones territoriales (Mikkelsen et al., 2020). Tal como se destacó en el Capítulo 5, esta región se delimitó en Ares et al. (2020a) mediante la comparación de diferentes propuestas de regionalización, resultando un área compuesta por trece partidos.

El IBR del sudeste se calculó para los radios censales que integran la región, incluyendo población rural dispersa y aglomerada en localidades con 20.000 habitantes o menos (pueblos pequeños y grandes). Esta decisión se basa en la consideración de la definición de ruralidad ampliada, sostenida por autores como Castro y Reboratti (2007), y en la delimitación de la ruralidad propuesta en el Capítulo 6.

El IBR está conformado por información procedente de fuentes de datos secundarias, procesada con la metodología que se detalló en el Capítulo 4. A escala de radios censales se sistematizaron datos del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda (INDEC, 2022). Para la dimensión

ambiental, se trabajó con información al nivel de los partidos, contenida en el Plan Nacional para la Reducción del Riesgo de Desastres 2018-2023 (Sistema Nacional para la Gestión Integral del Riesgo, SINAGIR) e información sobre plaguicidas del Defensor del Pueblo de la Nación (2010) (Tabla 1).

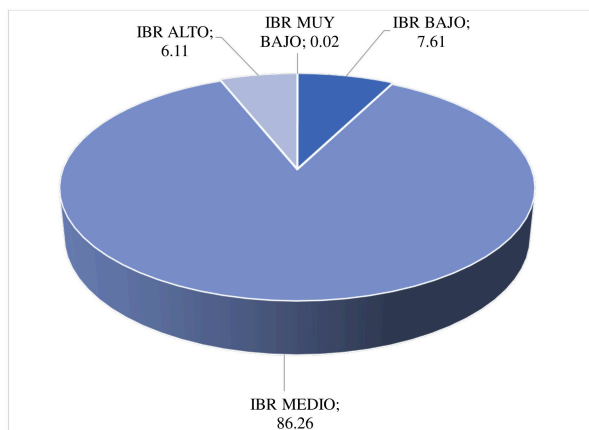
**Tabla 1. Componentes del Índice de Bienestar de las Ruralidades, 2022**

Dimensión	Variable	Indicador posible
Educación	Nivel secundario	% Población de 20 a 59 años con secundario o polimodal completo
	Nivel superior	% Población de 25 a 59 años con superior no universitario o universitario completo
Saneamiento y Vivienda	Disponibilidad de agua	% Población en viviendas con conexión de agua en su interior
	Calidad de la vivienda	% Población en viviendas con INMAT 1
	Espacio para la vida cotidiana	% Población en viviendas con espacio suficiente para sus integrantes
Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC)	Comunicación e información	% Población en hogares con celular con internet, % Población en hogares con computadora, tablet, etc.
Ambiente	Inundaciones	Menor recurrencia de inundaciones
	Pesticidas	Menor incidencia del uso de pesticidas

Fuente: elaboración propia.

Como ya adelantáramos, el IBR para el sudeste bonaerense en 2022 nos muestra el predominio de situaciones intermedias (Figuras 1 y 2). Al respecto, es importante aludir a la continuidad respecto de mediciones realizadas precedentemente con datos del censo 2010, en las que ya observábamos la preeminencia de condiciones intermedias (Ares et al., 2024). En 2022, estas condiciones abarcan al 75 % de la población, con una brecha entre los valores mínimos y máximos que se incrementó levemente, pasando de 3.4 a 3.8 puntos. La composición del IBR 2022 muestra que no todas las dimensiones e indicadores tienen igual distribución, siendo estas disparidades las que más inciden en los valores finales de la medida sintética.

**Figura 1. Distribución de la población según Índice de Bienestar de las Ruralidades, en porcentajes, 2022**



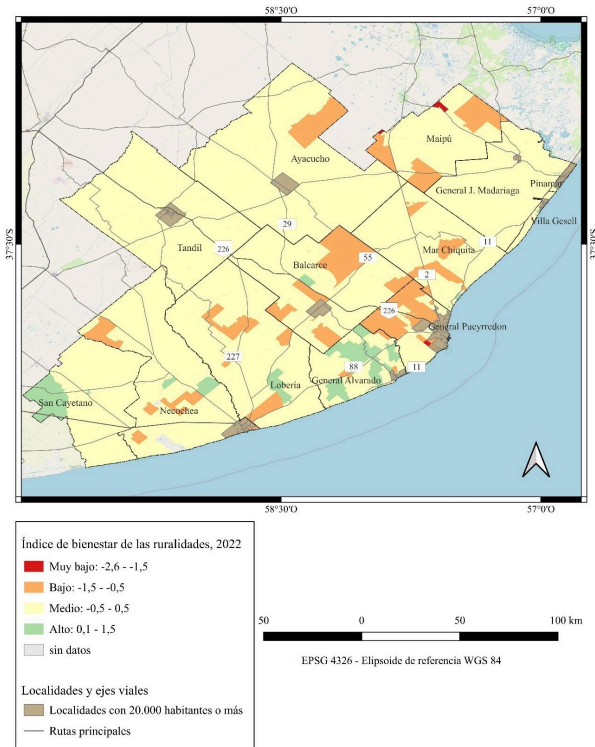
Fuente: elaboración propia.

En lo concerniente a la distribución territorial del bienestar advertimos que las condiciones más adversas, es decir, con valores del IBR inferiores a -1.5, corresponden a radios de población dispersa en los partidos de Maipú y General Pueyrredon. En ambos casos, estos radios son linderos a las localidades de Maipú y Mar del Plata (Figura 2).

En algunos partidos, el IBR bajo muestra su presencia a escasa distancia –menos de 2 kilómetros– de los límites de las ciudades cabeceras de los partidos (Mar del Plata, Necochea, Miramar y Balcarce). Por el contrario, en el resto de los distritos observamos su distribución a mayor distancia de las ciudades y, por tanto, no estaría directamente asociada con el crecimiento urbano. En el caso de General Pueyrredon es notable el impacto que tiene este comportamiento del IBR especialmente en la zona noroeste, abarcando gran parte del cinturón hortícola, como también áreas de producción extensiva. Su alcance hacia zonas residenciales es mínimo.

El IBR alto caracteriza a escasas unidades espaciales de General Alvarado, Balcarce, Lobería y Necochea. Por su parte, algunos distritos (Ayacucho y San Cayetano) muestran como atributo destacado un IBR homogéneo con valores medios dominantes.

**Figura 2. Índice de Bienestar de las Ruralidades, sudeste de la provincia de Buenos Aires, 2022**



Fuente: elaboración propia.  
Cartografía: INDEC (2022), IGN (2024) y OSM Standard (wms).

En el territorio las distancias cuantitativas del bienestar expresan contrastes intra e interpartidos con brechas que no serían demasiado pronunciadas. En tal sentido, Velázquez et al. (2022) expresan que la Pampa Surera sería el recorte espacial mejor posicionado en el contexto regional mayor. Esta situación se responde desde las dimensiones educación, salud y vivienda, así como desde su dotación de recursos naturales vinculados con las playas y las sierras; cuestión que se condice con los resultados obtenidos en el IBR.

A continuación, profundizamos el análisis del IBR 2022 mediante el estudio de cada una de las dimensiones que lo componen.

## **Dimensión educación**

La educación es central en el marco de los estudios de bienestar. Acceder a ella es un derecho orientado a empoderar y dar autonomía a los sujetos. Tal como se expresa en Lucero et al. (2016), la posesión de capital cultural incide en la reproducción social en tanto se vincula con la capacidad de inserción laboral, el control de condiciones sanitarias (asistencia médica preventiva, saneamiento, alimentación saludable, fecundidad) y de vivienda (aspiraciones en relación con la ubicación de la vivienda y sus condiciones estructurales). También, las posesiones en capital cultural se traducen en tenencias materiales e inmateriales en capital social y económico, fomentando una mejor integración de las personas en la sociedad.

La educación y las instituciones educativas tienen un rol clave en los entornos de ruralidad. Docentes y directivos son actores fundamentales en la organización intra y extrafamiliar y a su vez son centrales como reproductores de las dimensiones sociales de la ruralidad.

En el espacio rural, las instituciones educativas no solo tienen la función elemental de impartir educación, sino que se constituyen en instituciones centrales dado que, en ocasiones, orientan la organización familiar y comunitaria (Gutiérrez, 2020). Por tanto, las escuelas rurales poseen un rol aglutinante, de participación, comunidad y encuentro. Son espacios de resolución de conflictos y de organización de diversas labores, muchas de las cuales exceden lo meramente educativo.

Las escuelas del espacio rural presentan características que las hacen particulares también en su organización interna. Generalmente son multigrados y algunas están definidas como de desfavorabilidad con grados de ruralidad. Respecto a su ubicación, algunas se emplazan en territorio de la ruralidad tradicional, o de la ruralidad que se desvanece o de la ruralidad de contacto, caracterizadas en el Capítulo 6.

Hay instituciones que cuentan con nivel inicial y primario y otras que cubren todo el ciclo educativo obligatorio, ofreciendo instrucción secundaria e incluso varias de ellas con formación técnica orientada hacia la ruralidad. Allí ocurren,

[...] campañas de vacunación, de entrega de documentos, cursos del [Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria] INTA –entre otras actividades– [que] suelen tener por teatro a la escuela rural, a la vez que reuniones de vecinos con las más diversas motivaciones, desde organizar reclamos, consorcios camineros hasta festejos, bailes o fiestas camperas (Gutiérrez, 2020, p. 62).

Para el estudio de esta dimensión se construyeron dos indicadores. Uno de ellos alude al nivel educativo secundario, específicamente evalúa el porcentaje de población de 20 a 59 años que cuenta con ese nivel completo. El otro indicador refiere a la educación superior. En él se mide el porcentaje de población de 25 a

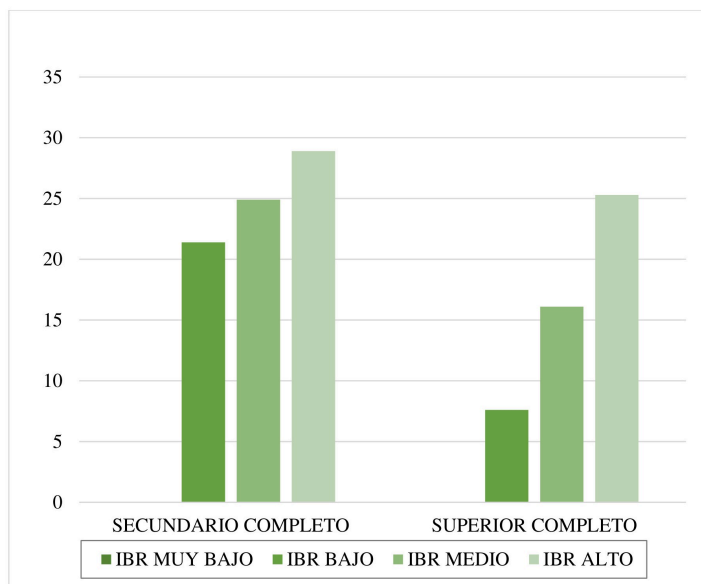
59 años con nivel superior no universitario (conocido como terciario) o universitario completo.

La selección de estos indicadores tiene como finalidad cubrir la parte media y superior de la pirámide de los diferentes niveles educativos, considerando que estos son los que permiten alcanzar mejores niveles de bienestar, en unidad con otras dimensiones.

Al pormenorizar el análisis en función de los indicadores seleccionados, encontramos que el 23,6 % de la población de 20 a 59 años cuenta con secundario o polimodal completo. En cuanto al nivel superior universitario y no universitario, el 13,3 % de la población del sudeste bonaerense posee este nivel educativo.

La Figura 3 muestra la distribución de los porcentuales en relación con los rangos del IBR. Conforme se incrementa la posibilidad de contar con mayor bienestar, la proporción de personas con los niveles de instrucción obligatoria y universitaria también lo hace. Sin embargo, esta situación se acrecienta en referencia a los niveles superiores, mostrando brechas entre las categorías IBR bajo/medio/alto. La diferencia de 26 puntos porcentuales entre el IBR muy bajo y el alto expresa que en las categorías superiores el peso de los capitales disponibles (económico, cultural y social) facilita el acceso, permanencia y graduación dentro de los grupos que tienen un nivel de IBR alto.

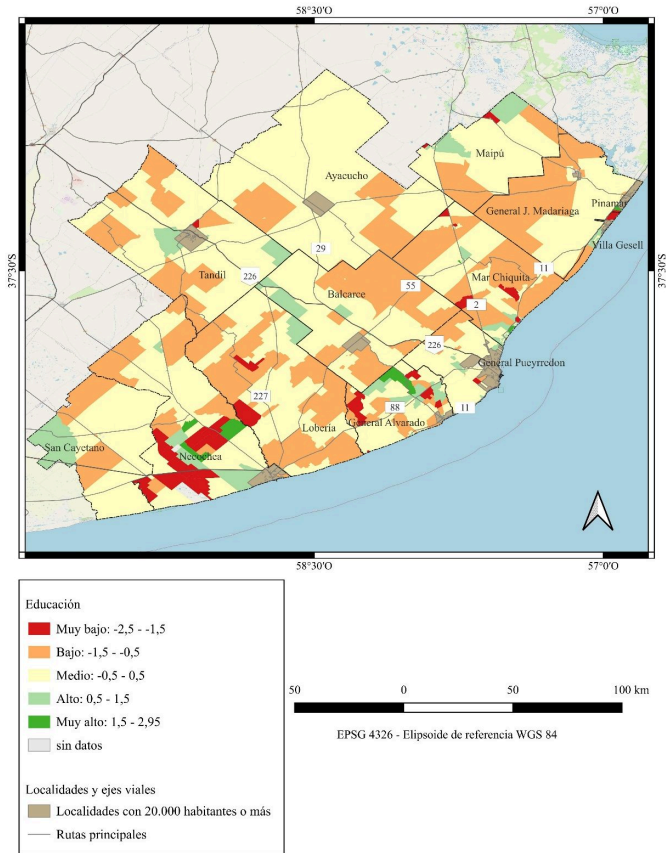
**Figura 3. Distribución relativa de la población, según nivel educativo alcanzado e Índice de Bienestar de las Ruralidades, 2022**



Fuente: elaboración propia.

La Figura 4 da cuenta de la representación espacial de los datos que venimos analizando. Los valores bajos y muy bajos del IBR reúnen al 4,6 % de la población. Llamamos la atención los partidos de Necochea, Lobería y General Alvarado, ya que exhiben radios con las peores situaciones educativas, lo que se condice con malas condiciones en cuanto a la calidad constructiva de las viviendas, el acceso a computadoras con conexión a internet y dificultades de acceso de agua en las viviendas. Los valores medios se llevan la mayor representatividad, y reúnen al 69,8 % de la población, con predominio destacado –por ejemplo– en Ayacucho, General Madariaga y San Cayetano.

Figura 4. Dimensión educación, sudeste de la provincia de Buenos Aires, 2022



Fuente: elaboración propia.  
Cartografía: INDEC (2022), IGN (2024) y OSM Standard (wms).

## Dimensión saneamiento y vivienda

Estas cuestiones se abordan de manera conjunta porque constituyen condiciones materiales básicas de habitabilidad (Lucca y Taborda, 2010), cuyo déficit repercute directamente en la salud y la calidad de vida de la población.

En particular, el saneamiento alude a la provisión de instalaciones y servicios para la satisfacción de necesidades básicas. Dentro del IBR, su variable representativa se vincula con un derecho humano reconocido por la Asamblea General de las Naciones Unidas: la disponibilidad de agua, medida a través del indicador definido como porcentaje de población en viviendas con conexión de agua en su interior. La provisión de agua influye en factores clave para la salud, como la inocuidad de los alimentos y la eliminación segura de la orina y las heces humanas, contribuyendo a prevenir enfermedades transmisibles (Organización Mundial de la Salud –OMS–, 2018; Banco Mundial, s/f). En este sentido, el saneamiento puede generar “efectos multiplicadores sobre la educación, la alimentación y la salud” (Rozas Balbontín, 2011, p. 2).

Rozas Balbontín (2011) aporta a la fundamentación del indicador seleccionado, al destacar la importancia de considerar indicadores restrictivos, como, por ejemplo, “al acceso mediante conexión por cañerías dentro de la vivienda, la parcela o el patio” (2011, p. 11). No obstante, se debe expresar que la disponibilidad del servicio no garantiza que el agua sea necesariamente segura o potable. Asimismo, problemáticas como la baja presión o la intermitencia en el abastecimiento constituyen limitaciones que resultan difíciles de incorporar en la medición del IBR.

Por su parte, la vivienda representa el espacio central de la vida cotidiana, fundamental para la reproducción social y el bienestar de la población. Esta debe proteger

a sus habitantes de la intemperie y ofrecer confort térmico y resguardo frente a sustancias o vectores que constituyan riesgos para la salud. Además de proporcionar abrigo frente a factores climáticos y contaminantes, debe promover la privacidad y la intimidad, permitiendo el desarrollo de las actividades cotidianas.

Según Cerdá y Salomón (2017) y Torres Veytia, Vega Díaz e Higuera Meneses (2011), persisten hasta estos tiempos problemas vinculados con la desatención pública y la ausencia de políticas específicas orientadas a la vivienda rural.

Para el análisis de esta dimensión se consideraron dos variables vinculadas con las condiciones habitacionales: la calidad de la vivienda y el espacio para la vida cotidiana. Siguiendo el Modelo de Calidad de Vida para la Vivienda Rural desarrollado por Sánchez Quintanar y Jiménez Rosas (2010), los indicadores seleccionados pertenecen a un microsistema centrado en evaluar aspectos relacionados con la persona, su interacción con el núcleo familiar u hogar, las características constructivas y la utilización de los espacios que la integran.

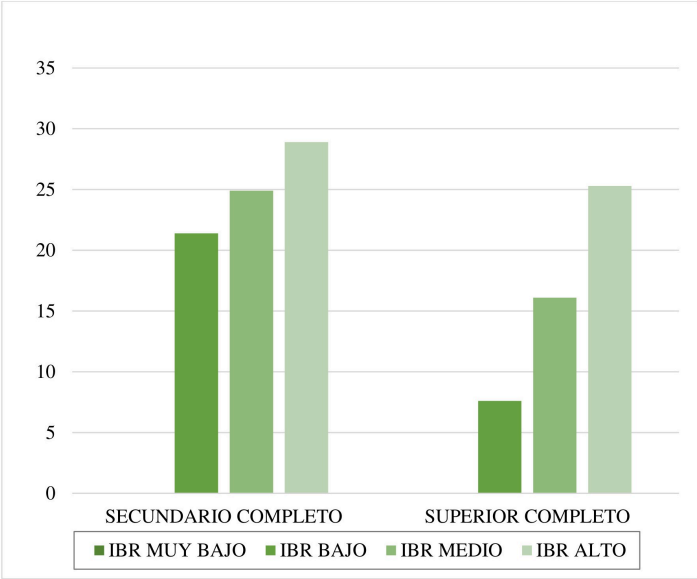
En primer lugar, el indicador definido como porcentaje de población en viviendas con Índice de Calidad de los Materiales (INMAT) 1 mide la calidad edilicia en base a los materiales predominantes en pisos y techos. Esta categoría, que representa el nivel más alto dentro del índice de calidad de los materiales elaborado por el INDEC, corresponde a las viviendas con mayor capacidad de aislamiento térmico y acústico. En segundo lugar, el porcentaje de población en viviendas con espacio suficiente para sus integrantes posibilita evaluar el nivel de hacinamiento, desde una perspectiva o direccionalidad positiva, acorde al concepto de bienestar. El análisis del hacinamiento deviene de la relación entre la cantidad de personas que habitan la vivienda y el número de cuartos disponibles, considerando que valores superiores a dos personas por cuarto pueden impactar negativamente en

diversos ítems (privacidad, descanso, concentración y vínculos intrafamiliares, entre otras posibilidades).

La Figura 5 muestra los porcentajes de población que cumple con cada indicador, clasificado según su nivel de bienestar. Entre ellos, la conexión de agua dentro de la vivienda es el indicador que presenta mayor amplitud. Mientras que solo un 40 % de la población con muy bajo nivel de bienestar accede a este servicio desde el interior de la vivienda, en las demás categorías el porcentaje supera el 90 %. Esto refleja el grado de vulnerabilidad que atraviesan los hogares con muy bajo bienestar y la distancia que los separa del resto. Por su parte, los dos indicadores relacionados con la vivienda adquieren un comportamiento similar, aunque las brechas son menores. Respecto del espacio suficiente para los integrantes del hogar, se debe considerar que las viviendas en general no presentan inconvenientes, sobre todo si se relaciona esta situación con la dinámica demográfica que muestra, desde hace décadas, cierto estancamiento o incluso retroceso.

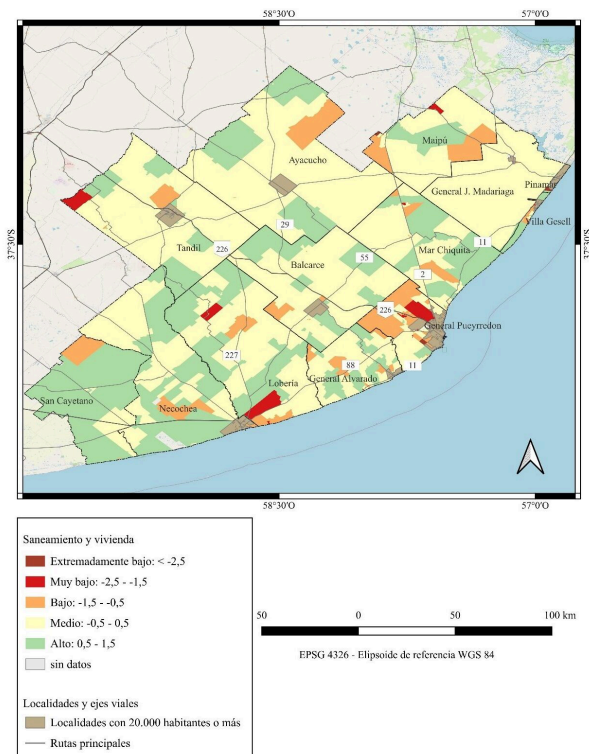
En lo que respecta a la distribución espacial del sub-índice de saneamiento y vivienda (Figura 6), se observa que los radios con valores en el rango extremadamente bajo, aunque de escasa población, se localizan en los partidos de General Pueyrredon, General Alvarado, Pinamar y Maipú. En contraste, la categoría que muestra mejores condiciones se distribuye de manera más amplia en todos los distritos de la región. Esta distribución espacial refleja las brechas en el acceso a dos componentes esenciales del bienestar social.

**Figura 5: Distribución relativa de la población, según disponibilidad de agua, calidad de la vivienda, espacio para la vida cotidiana e Índice de Bienestar de las Ruralidades, 2022**



Fuente: elaboración propia.

**Figura 6. Dimensión saneamiento y vivienda, sudeste de la provincia de Buenos Aires, 2022**



Fuente: elaboración propia.  
 Cartografía: INDEC (2022), IGN (2024) y OSM Standard (wms).

## Dimensión Tecnologías de la Información y Comunicación

Las TIC se encuentran en directa vinculación con otros dominios del bienestar ya que proporcionan acceso a la

información y la comunicación, situación que a su vez puede crear oportunidades laborales y mejorar el acceso a servicios básicos como la salud y la educación (Mikkelsen et al., 2020). Esto fue central en los tiempos de Aislamiento/Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio por la aparición del COVID-19, donde la necesidad de mantener la conectividad entre las personas, así como solventar en el tiempo prácticas educativas y sanitarias, impactaron en el bienestar de la población (Blanco y Blanco, 2021).

Sevilla Caro et al. (2015) definen a las TIC como el conjunto de tecnologías desarrolladas para gestionar información y tener celeridad e inmediatez de envío. Dentro de las TIC se incluyen aquellas tecnologías que permiten almacenar información y recuperarla después (por ejemplo, los discos duros de las computadoras), enviar y recibir información de un sitio a otro (tales son los casos de los teléfonos y computadoras) o procesar información para obtener resultados y elaborar cualquier tipo de trabajo o informe (principalmente mediante las computadoras, pero también en los dispositivos móviles). Por ello, las TIC podrían ser facilitadoras de muchas situaciones, tales como contribuir a reducir distancias y permitir la continua comunicación. Sin duda, su impacto resulta positivo, no obstante, se debe tener en cuenta quiénes pueden efectivamente acceder a las mismas, no sólo por una cuestión de saberes, sino también por las características y distribución de la infraestructura necesaria para la conectividad (Rivoir et al., 2019). Sobre el particular, Sevilla Caro et al. (2015) afirman la existencia de una brecha digital, como evidencia de la separación entre las poblaciones con y sin acceso a esta clase de tecnologías.

Ya en 1996, Castells escribía sobre la creciente influencia de las tecnologías digitales en la vida cotidiana, la cultura y la economía, lo cual influiría en cualquier persona o grupo social que no pudiera acceder a las mismas (Castells, 1996, citado por Rivoir et al., 2019). Asimismo, el término brecha digital se utiliza para establecer las diferencias entre los distintos grupos sociales a la hora de utilizar las TIC,

en función de los diferentes niveles de alfabetización y la capacidad tecnológica. Las TIC constituyen herramientas para mantener y fortalecer las relaciones sociales, reducir el aislamiento, fomentar un mayor involucramiento en actividades sociales, ampliar oportunidades informativas, transaccionales y de ocio y entretenimiento. De esta manera, las TIC pueden aumentar la sensación de autonomía y control sobre la vida diaria, al tiempo que favorecen la integración social, las oportunidades culturales y de aprendizaje y los niveles de actividad, contribuyendo al bienestar de las personas (Ramírez Pupo, 2023; Rivoir et al., 2019). Sin embargo, se distingue un desigual acceso a las TIC entre los espacios rurales y los espacios urbanos (Sili et al., 2015; Mikkelsen et al., 2018; Rivoir et al., 2019; Mikkelsen et al., 2020).

Para operacionalizar esta dimensión se han estudiado y sistematizado dos indicadores. El primero alude al porcentaje de población en hogares con tenencia de computadoras o tablet. El segundo es el porcentaje de población en hogares con celular con internet.

El acceso a telefonía y a computadora/tablet implica facilidades para el desarrollo de la vida moderna y ejemplifica la posibilidad de acceso, en relación con el poder adquisitivo, más aún con la infraestructura en comunicación que se encuentra disponible para el medio rural. Esta suele ser acotada, por una cuestión de eficiencia económica para las empresas que ofrecen el servicio de telefonía celular. Y, en función de la distancia a las antenas dispuestas en el territorio rural, será el nivel de señal al cual accederán los teléfonos celulares de la población. Cuanto más lejos, menor intensidad de esta y mayor dificultad para hacer llamadas, como así también para utilizar los datos móviles que permiten el acceso a internet.

La inclusión del indicador tenencia de computadora o tablet responde a que, en la actualidad, es una herramienta que permite realizar variedad de trámites, actividades de interacción y de educación, gestiones médicas, recreativas, uso de programas y aplicaciones de diversa índole (Mikkelsen et al., 2020).

Esta situación, sin embargo, no garantiza la conexión a internet y, mucho menos, la calidad de este servicio, lo cual resulta fundamental para el acceso a varias de las funciones mencionadas.

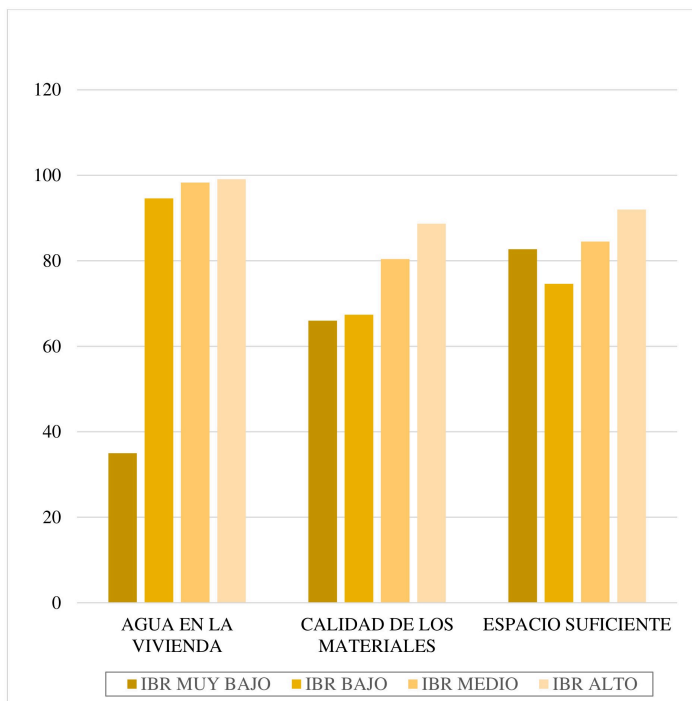
La aparición de la telefonía móvil supuso un cambio beneficioso para los espacios rurales, en comparación con la telefonía fija, la cual –si bien ya existía de antemano– resulta más costosa en su instalación y uso en los espacios rurales (Sili et al., 2015). El celular con internet es un “dispositivo inalámbrico electrónico que permite tener acceso a la red de telefonía celular o móvil, con conexión a internet” (INDEC 2022, p.18). Con este dispositivo se pueden efectuar y recibir llamadas, acceder a internet y a aplicaciones móviles, incrementando las posibilidades de desenvolvimiento personal. No obstante, su funcionamiento depende de la cobertura de señal, al tiempo que hay funciones, propias de las computadoras, que el celular todavía no ha podido alcanzar o son más difíciles de lograr (Sili et al., 2015). La cobertura de señal para la telefonía celular, por parte de las empresas dedicadas a este servicio, evidencia una clara concentración en los núcleos urbanos, razón por la cual los pobladores rurales deben aplicar diversas estrategias para obtener cobertura (Mikkelsen et al., 2020).

En el sudeste bonaerense, los indicadores de la dimensión TIC muestran la segunda brecha más amplia, luego de la dimensión saneamiento y vivienda. Al puntualizar sobre cada uno de los indicadores, se evidencia que las mayores diferencias se encuentran en el porcentaje de población en hogares con computadora o tablet ya que el 51,3 % de la población cuenta con acceso a estos equipos electrónicos. Por su parte, el 87,6 % de la población de la región posee celular con acceso a internet.

La Figura 7 evidencia esta brecha mediante la distribución porcentual de los indicadores en relación con los rangos del IBR. Mientras que prácticamente no existe participación de la población con muy bajo nivel de bienestar en el acceso a computadora, tablet u otros dispositivos electrónicos, poco más del 30 % de la población con bajo nivel de bienestar cuenta con estos equipos. El porcentaje aumenta a más del 50 % entre quienes tienen un nivel medio y supera el 70 % en el rango alto

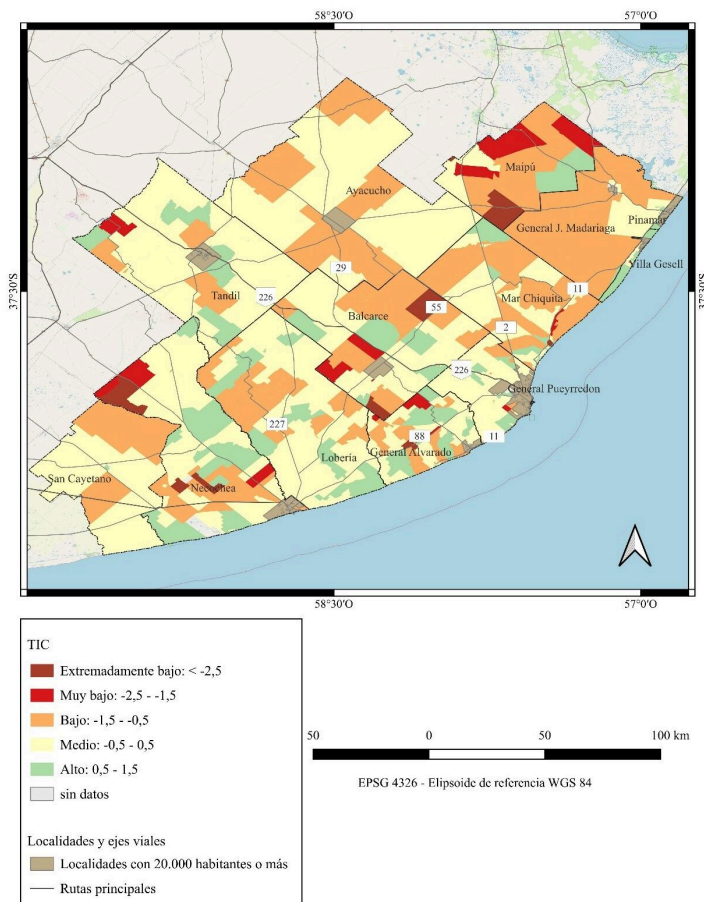
del IBR. Esto refleja la distancia que los separa hacia el interior del indicador, y entre este y el porcentaje de población en hogares con celular con internet. En este otro indicador, solo un 50 % de la población con muy bajo nivel de bienestar accede a esta TIC, mientras que en las demás categorías el porcentaje supera el 70 %. Igualmente, cabe destacar que, en ambos indicadores y acorde al incremento del bienestar, la proporción de personas con acceso a estas TIC aumenta.

**Figura 7. Distribución relativa de la población, según posesión de computadoras y celulares con internet e Índice de Bienestar de las Ruralidades, 2022**



Fuente: elaboración propia.

**Figura 8. Dimensión Tecnologías de Información y Comunicación, sudeste de la provincia de Buenos Aires, 2022**



Fuente: elaboración propia.

Cartografía: INDEC (2022), IGN (2024) y OSM Standard (wms).

En la Figura 8 observamos la distribución territorial del subíndice TIC. Los niveles bajo y medio son los que predominan territorialmente, aunque no aglutinan tanto porcentaje de población como los niveles medio y alto. Los niveles extremadamente bajo y muy bajo representan al 0,1 y 0,3 % de la población, respectivamente, y se localizan en los partidos de Balcarce, General Alvarado, General Pueyrredon, Necochea, Maipú, Mar Chiquita, Tandil y Villa Gesell. Por su parte, los rangos bajo y medio se ubican en todos los partidos (a excepción de Pinamar), concentrando al 9,7 y 70,3 % de los habitantes, respectivamente. Por su parte, el grupo con nivel más alto de la dimensión TIC alberga al 18,5 % de la población total de la región, estando presente en varios de los partidos: Balcarce, General Alvarado, General Juan Madariaga, General Pueyrredon, Lobería, Mar Chiquita, Maipú, Necochea, San Cayetano, Tandil y Villa Gesell.

## Dimensión ambiente

La dimensión ambiente, en el conjunto de dominios empleados, es la de más reciente incorporación en el análisis multidimensional del bienestar (Capítulo 3). La misma permite reconocer un aspecto fundamental que sostiene la vida rural, el entorno natural y, al mismo tiempo, dar cuenta de ciertas especificidades del territorio rural.

Se entiende al ambiente como una “totalidad compleja diversa en permanente transformación y autoorganización, cuya configuración surge de la interacción de procesos físicos, químicos, biológicos, tecnológicos, socioeconómicos, políticos y culturales, que hacen emerger sus diversas expresiones territoriales y temporales” (Gazzano Santos y Achkar Borrás, 2013). En palabras de Reboratti, el ambiente “engloba a todos los elementos y relaciones que se encuentran dentro de la biosfera, tanto los que son estrictamente

naturales como los que han sido producto, en mayor o menor grado, de la intervención humana” (2000, p. 8). Por lo tanto, es importante remarcar que el ambiente es un sistema complejo donde interactúan elementos naturales con los creados o modificados por la sociedad, y donde la interrelación entre ambos es fundamental.

Según la OMS, se vincula con todos los factores físicos, químicos y biológicos externos de una persona que podrían incidir en la salud y en la vida en sentido extenso. Según esta organización, se estima que en 2012 casi una cuarta parte del total mundial de muertes se debieron a vivir o trabajar en ambientes poco saludables, siendo los principales factores de riesgo ambiental la contaminación del aire, el agua y el suelo, la exposición a los productos químicos, la crisis climática y la radiación ultravioleta.

En los territorios rurales, el ambiente es tanto el contexto, como también un activo fundamental que condiciona el bienestar y las oportunidades productivas, siendo importante lograr la sostenibilidad del desarrollo. En este sentido, como señala Ramírez Mocarro (1998), la dinámica entre la pobreza rural y el deterioro ambiental es una de las tensiones más críticas en América Latina, especialmente en áreas marginadas donde el capital natural es el principal sustento de la población más vulnerable. Poder medir y visibilizar las desigualdades ambientales en relación con la exposición a agroquímicos, la pérdida de biodiversidad, entre otras variables, es relevante para lograr políticas públicas que mejoren el bienestar de la población y redefinir las prioridades de desarrollo rural.

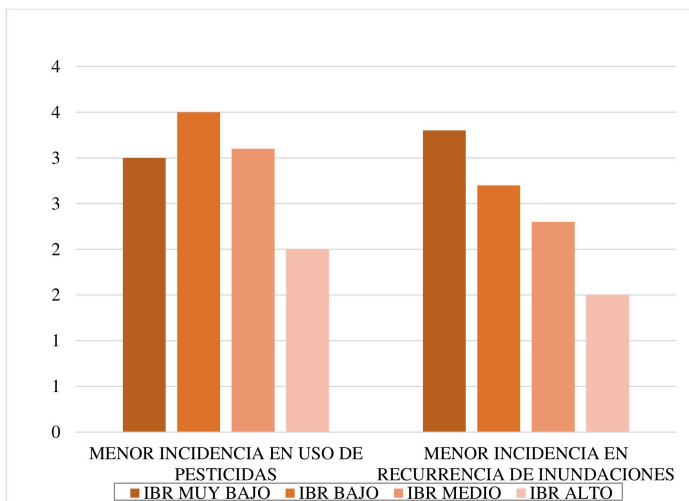
El término calidad ambiental se relaciona con las condiciones de habitabilidad, lo cual implica el mantenimiento de una estructura y función similar a la que se encuentra en los ecosistemas naturales equivalentes (Burgui Burgui, 2008). La misma es parte fundamental del bienestar, particularmente en áreas rurales, donde se presume que la conexión con la naturaleza y el entorno es mayor. Los indicadores ambientales son valores o parámetros que buscan

reflejar de modo sintético y cuantitativo la calidad del ambiente. Constituyen un sistema de señales claras y oportunas sobre un determinado proceso ambiental, que eventualmente permitiría a los tomadores de decisión (como por ejemplo los Estados y las comunidades) evaluar su progreso, sea en comparación con una meta específica propuesta o respecto de niveles observados en un año base (Quiroga Martínez, 2009).

En función de las características del territorio analizado y la disponibilidad de datos, que en esta dimensión representa un desafío importante, se tomaron como indicadores la menor incidencia del uso de pesticidas y la menor recurrencia de inundaciones. Esta última impacta en la población rural de manera directa, tanto en la salud humana y ambiental, como en el acceso a los caminos, la vulnerabilidad habitacional y el sustento de vida.

Al analizar los valores de esta dimensión, reconocemos que aquellos partidos con IBR bajo tienen valores altos en el indicador relativo a la menor incidencia en uso de pesticidas, pudiendo explicar esta situación la menor actividad agrícola y situaciones más vulnerables de habitabilidad (Figura 9). Por el contrario, partidos con valores altos de IBR tienen menor valor en el indicador –es decir, condiciones menos propicias para el bienestar–, pudiendo estar asociado a sitios con actividad productiva intensiva, como los cinturones frutihortícolas, con mayor presencia de empleo de pesticidas. Por su parte, aquellos partidos con IBR bajo tienen valores más altos en el indicador de menor recurrencia de inundaciones, decreciendo a medida que aumenta el IBR, cuestión que se explica por la geomorfología o naturaleza del terreno.

**Figura 9. Distribución relativa de la población, según menor incidencia de pesticidas y recurrencia de inundaciones e Índice de Bienestar de las Ruralidades, 2022**



Fuente: elaboración propia.

En el caso de esta dimensión, trabajamos con datos publicados a escala de partido (Figura 10). De esta forma, la dimensión ambiental tiene un comportamiento con valores bajos en el centro del área de estudio (Maipú, Ayacucho, Balcarce, Tandil, Necochea y San Cayetano) y muy bajos en General Pueyrredon, mientras que el resto de los partidos costeros o próximos a la costa (Pinamar, Villa Gesell, General Juan Madariaga, Mar Chiquita, General Alvarado, Lobería) presentan cifras más altas, es decir, se encuentran en las mejores condiciones. Estos últimos tienen generalmente valores medios en el indicador referido a la incidencia de inundaciones y una menor incidencia en el uso de pesticidas. Por su parte, respecto de aquellos partidos con valores



El tratamiento de las dos variables consideradas ha mostrado que el indicador de menor incidencia en el uso de pesticidas, pese a estar a escala de partidos, permite diferenciar de manera notable a las unidades espaciales, particularmente en partidos como General Pueyrredon, debido a su extenso cinturón frutihortícola, segundo en importancia a nivel de la provincia de Buenos Aires. En cambio, el indicador referido a recurrencia de inundaciones tiene menor capacidad de discriminación territorial para esta región, debido a su homogeneidad en cuanto a relieve y condiciones climáticas.

El índice construido expresa un entramado que, a través de las dimensiones seleccionadas y la medición obtenida, muestra la situación del bienestar en las ruralidades del sudeste bonaerense. El análisis estadístico de los resultados y su representación mediante cartografía temática han permitido identificar qué dimensiones requieren mayor atención y en qué unidades espaciales se concentran.

Entendemos que ofrece una aproximación a las condiciones que definen dificultades concretas en el bienestar de los espacios de ruralidad, tanto en una perspectiva vertical u ordinal como en una aproximación horizontal, observando los resultados en su contexto y en relación con otras unidades espaciales.

Se trata de una tarea de construcción, aún en debate, que en primera instancia recupera el recorrido metodológico realizado por otros autores para identificar aquellas dimensiones que ya han sido empleadas en el estudio del bienestar. De la mano de esas propuestas iniciales se reflexionó en torno de su replicabilidad para la ruralidad del sudeste bonaerense. Superada dicha instancia, se procedió a la revisión de fuentes de datos secundarios que reunieran los indicadores seleccionados. Este tránsito de lo deseable a lo posible nos llevó a lo real, es decir, efectivamente con qué datos contamos para elaborar el IBR y, en tal caso, descartar dimensiones o indicadores, o unirlos, como concretamente sucedió con vivienda y saneamiento.

El IBR 2022 se constituye en una medida síntesis de análisis espacial que, a nuestro entender, permite, en una visión multivariada, establecer diferenciaciones en las configuraciones territoriales rurales del sudeste bonaerense y proceder al estudio de las brechas entre las unidades espaciales (partidos, fracciones y radios censales como implantación cartográfica zonal, y de espacios con población rural como implantación cartográfica areal y puntual). El índice hace observable un predominio de las situaciones intermedias y, a pesar de su direccionalidad positiva, expresa dificultades presentes en cuanto al bienestar. La medición del IBR a través de indicadores sociales ha permitido observar la situación de la población y a su vez posibilitó avizorar que, en la trayectoria seguida entre 2010-2022, podrían haber sucedido mejoras en algunos aspectos. De este modo, incrementar las opciones de comunicación, optimizar las viviendas y sus condiciones de acceso al agua y reconocer la necesidad de reducir el riesgo de contaminación por pesticidas son elementos centrales que se podrán seguir estudiando mediante fuentes de datos conocidas o de otras que puedan publicarse a futuro.

En síntesis, se espera que la ejecución de esta propuesta metodológica permita, de aquí a futuro, complejizar el análisis con las dimensiones e indicadores deseados, plantear el estudio pormenorizado de cada una de las dimensiones, e identificar recortes territoriales para la realización de trabajo de campo que permita traspasar el estudio del bienestar rural y arribar al conocimiento sobre la calidad de vida rural.



## Epílogo

Llegar al cierre de este trabajo nos coloca frente a las preguntas y objetivos que guiaron las labores emprendidas. En este proceso la articulación entre bienestar y ruralidades fue el hilo conductor de las actividades realizadas. Estas fueron nutriendo los debates nunca cerrados sobre las ruralidades y el bienestar, tanto en su aplicación al sudeste bonaerense como en su posible proyección hacia otros territorios.

El trabajo prácticamente simultáneo con sendos debates teórico-conceptuales, así como con su operacionalización e implementación, nos permitió identificar con mayor claridad las vinculaciones entre ambas nociones. Destacamos en este sentido la necesidad de promover una adecuada delimitación de las ruralidades, con el propósito de identificar a la población objetivo y, en consecuencia, proponer el estudio focalizado de su dinámica sociodemográfica y su bienestar.

En este sentido, hemos revisado un conjunto de definiciones de lo rural, desde la perspectiva que lo identifica como residual, pasando por la del antagonismo con lo urbano y por aquellas que complejizan la concepción, en un avance sustancial que, sin embargo, no alcanza a representar la situación contemporánea del espacio rural. Con esa finalidad, y retomando los aportes precedentes, hemos logrado proponer una delimitación que procura aportar la construcción de una medición a partir de indicadores estáticos representativos de aspectos que son propios de distintas definiciones tradicionales de lo rural, pero que en conjunto muestran la heterogeneidad del territorio. De esta forma hemos trazado, creemos, un avance que amerita ser profundizado y complejizado, por ejemplo, a partir de la incorporación de indicadores dinámicos o de flujos, como serían los saldos migratorios.

La propuesta que hemos llevado a cabo para conocer e interpretar las ruralidades nos mostró que en la región sudeste son predominantes los territorios de ruralidad, con un peso poblacional superior al reconocido desde la noción tradicional del umbral demográfico. Esta confirmación no solo se sostiene en la cantidad de población, sino en las dinámicas productivas y de uso del territorio que quedan evidenciadas en el análisis de los datos secundarios contemplados. Es decir, con la propuesta elaborada para delimitar la ruralidad advertimos que es posible abarcar las diversidades coexistentes en lugar de reducir a gran parte de la población a la categoría de urbana.

Las condiciones de ruralidad evidenciadas mediante la aplicación del IR en las categorías que abarcan desde la tradicional hasta la de contacto con la urbanidad, se presentan con protagonismo actividades del sector primario de la economía, con densidad poblacional muy baja a baja y dificultades de accesibilidad a las ciudades. Son áreas agroproductivas, pero también ofrecen servicios variados (al mismo agro, a sus residentes, a turistas o visitantes) y áreas residenciales. Congregan habitantes que han arribado en distintas épocas y con diversos propósitos. Pero aun con sus matices, tensiones, heterogeneidad económica y social, son territorios de ruralidad (tradicional, en desvanecimiento y de contacto) y como tal deben ser reconocidos y presentados.

En los territorios de ruralidad, a las ya conocidas dificultades asociadas con la dinámica demográfica y el envejecimiento de las poblaciones se le debe adicionar la condición de bienestar para sus habitantes. Consideramos que la interacción conceptual y metodológica entre la ruralidad y el bienestar condiciona las labores en lo que concierne a la selección de los indicadores sociales. La comprensión del bienestar en las ruralidades no es un mero ejercicio académico, sino que pretende construir bases que sean de utilidad a quienes tienen poder para la toma de decisiones, promoviendo el diseño de políticas de carácter integral,

como también la evaluación y monitoreo de los resultados de su aplicación.

Evaluar el bienestar a través del índice nos permitió, mediante una visión multivariada, establecer diferenciaciones territoriales rurales del sudeste bonaerense. Observamos el predominio de situaciones intermedias y su convivencia con algunas dificultades que conllevan las situaciones adversas. Si bien estas se evidencian en distintas escalas de análisis, el acercamiento mediante el estudio de los radios censales es esencial para identificar y caracterizar con mayor nivel de detalle la fragmentación territorial resultante.

De esta manera ruralidad, bienestar y territorio se constituyen en las categorías centrales de este trabajo, que en su devenir conceptual y en su operacionalización dan luz a la complejidad, heterogeneidad y conflictividad que de manera superpuesta opera en el espacio rural. La Geografía como disciplina concentrada en las implicancias espaciales de los procesos sociales tiene un rol protagónico en visibilizar los acontecimientos presentes en el espacio rural, una forma es la que hemos procurado recorrer en estas páginas, analizando literatura especializada y operacionalizando fuentes de información secundaria. Esta labor esgrime un paso necesario para avanzar en un acercamiento a los territorios rurales fundado en los resultados aquí presentados, procurando de esta manera avanzar en el empleo de técnicas cualitativas y en aportar al estudio de la calidad de vida en el espacio rural.



## Bibliografía

- Abramovay, R. (2006). Para una teoría de los estudios territoriales. En M. Manzanal, G. Neiman y M. Lattuada (Orgs.), *Desarrollo rural: organizaciones, instituciones y territorios* (pp. 51-70). Ciccus.
- Actis Di Pasquale, E. (2008). La operacionalización del concepto de Bienestar Social: un análisis comparativo de índices sintéticos. *Observatorio Laboral Revista Venezolana*, 1(2), 17-42. <http://nulan.mdp.edu.ar/id/eprint/415>
- Actis Di Pasquale, E. (2015). *La elaboración de índices sintéticos de bienestar social. Validación teórica y empírica del método de agregación/ponderación*. Trabajo presentado en el Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires. <https://nulan.mdp.edu.ar/id/eprint/2254/1/actis.2015.pdf>
- Adloff, F. & Neckel, S. (2019). Futures of sustainability as modernization, transformation, and control: a conceptual framework. *Sustainability Science*, 14(4), 1015-1025. <https://doi.org/10.1007/s11625-019-00671-2>
- Albaladejo, Ch. (2018). *De la co-presencia a la co-existencia de modelos de desarrollo agropecuarios, el rol de las ciudades intermedias en la territorialización de la actividad agropecuaria. El caso de Rodez en Francia*. Trabajo presentado en el Congreso Internacional de Geografía. 79° Semana de Geografía, Córdoba, Argentina
- Ares, S. (2019). El poblamiento de localidades menores en el sudeste bonaerense: Comprender los procesos desde el sujeto habitante. *Cardinalis. Revista del Departamento de Geografía*, 12, 132-157. <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/cardi/index>
- Ares, S; Mikkelsen, C.; Carballo, C. (2020a). Los buscadores. Narraciones territoriales de nuevos géneros de vida rural en el partido de General Pueyrredon, provincia

- de Buenos Aires. *Revista de Ciencias Sociales, Segunda Época*, 11(38), 137-155. <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/3573>
- Ares, S., Mikkelsen, C. y Lucero, P. (2020b). Región, regionalizaciones y delimitación del sudeste de la provincia de Buenos Aires. *Caminos Geográficos*, (1), 25-48. <https://gespyt.wixsite.com/gespyt/caminos-geograficos>
- Ares, S., Auer, A. y Mikkelsen, C. (2021). Bienestar rural (Región Pampeana, Argentina, 1990-2010). En J. Muzlera y A. Salomón (Eds.), *Diccionario del Agro Iberoamericano. Tercera edición ampliada* (pp. 189-196). Teseopress. <https://www.teseopress.com/diccionarioagro/>
- Ares, S., Rodríguez, C., Gordziejczuk, M., Auer, A., y Mikkelsen, C. (2024). Bienestar y ruralidades en el sudeste bonaerense: Una aproximación metodológica entre lo deseable y lo posible. *Revista Universitaria de Geografía*, 33(2), 44-79. <https://revistas.uns.edu.ar/rug/article/view/4579>
- Ares, S.; Rodríguez, C.; Auer, A. y Mikkelsen, C. (2025). Otras ruralidades: entre la complementariedad y la diferenciación de la urbanización. *Revista Huellas*. 29(1), 71-89. <http://dx.doi.org/10.19137/huellas-2025-2905>
- Ares, S. (2025). *Pueblos bonaerenses, dinámica demográfica y ruralidad (2001-2022)*. Trabajo presentado en las XVIII Jornadas de Estudios de Población – V Congreso Internacional de Población del Cono Sur. Córdoba. <https://www.academica.org/xviii.jornadas.aepa/8.pdf>
- Auer, A., Molpeceres, C., Nocioni, M., Del Río, J., Mikkelsen, C. y Zulaica, L. (2023). Una aproximación al estudio de las producciones extensivas agroecológicas en el partido de General Pueyrredon (Buenos Aires, Argentina). *Caminos Geográficos*, (4), 35-46. <https://bit.ly/49Ty8I8>
- Bailly, A. (2004). De la géographie du bien-être à la médecine un voyage en géographie. En S. Fleuret (Comp)

- Espace, bien-être et qualité de vie actes du colloque « Peut-on prétendre à des Espaces de Qualité et de Bien-Être ? » Colloque international Angers. France.*
- Bailly, A. (1981). *La Géographie du bien-être*. PUF.
- Balsa, J. (2007). *El desvanecimiento del mundo chacare-ro. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense: 1937-1988*. UNQ.
- Banco Mundial. (s. f.). Improved sanitation facilities, rural (rural population with access) [Indicator SH.STA.ACSN.RU]. En *DataBank: World Development Indicators*.
- Beer, A. (2014). Leadership and the governance of rural communities. *Journal of Rural Studies*, 34, 254–262. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2014.01.007>
- Berry, B.J.L. (1964). Approaches to Regional Analysis: A Synthesis. *Annals of the Association of American Geographers*, 54, 2-11.
- Bertoncello, R. (2006). Turismo, territorio y sociedad: El mapa turístico de la Argentina. En A. I. Geraiges de Lemos, M. Arroyo, y M. L. Silveira (Orgs.), *América Latina: Cidade, campo e turismo* (pp. 317–335). CLACSO.
- Bertoncello, R. (2009). *Diagnóstico de los patrones de asentamiento de la población argentina en el territorio nacional*. Serie de Documentos de la Dirección Nacional de Población. Dirección Nacional de Población, Secretaría del Interior, Ministerio del Interior.
- Bertoncello, R. (2012). La población rural. En H. Otero (Dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires, Población, ambiente y territorio*. (Tomo 1) (pp. 337-363). EDHASA, UNIPE.
- Betancourt Morales, C. M., & Zartha Sossa, J. W. (2020). Circular economy in Latin America: A systematic literature review. *Business Strategy and the Environment*, 29(6), 2479–2497. <https://doi.org/10.1002/bse.2515>
- Blanco, M. A. y Blanco, M. E. (2021). Bienestar emocional y aprendizaje significativo a través

- de las TIC en tiempos de pandemia. *Revista Ciencia*, 14(36), 21-33. <https://doi.org/10.29076/issn.2528-7737vol14iss36.2021pp21-33p>
- Bourquía, R., & Sili, M. (2021). Paths for rethinking development. Perspectives from the global south. In R. Bourquía & M. Sili (Eds.), *New paths of Development. Perspectives from the Global South* (pp. 217–222). Springer. <https://doi.org/https://doi.org/10.1007/978-3-030-56096-6>
- Bruno, M. P., Ares, S. E., y Lucero, P. I. (2021). Dinámicas sociodemográficas y sistema de asentamientos en el sudeste bonaerense. Un análisis comparado entre General Pueyrredon y Balcarce (1991-2010). *Estudios Socioterritoriales. Revista De Geografía*, (30), 091. <https://doi.org/10.37838/unicen/est.30-305>
- Burgui Burgui, M. (2008). Medio ambiente y calidad de vida. *Cuadernos de Bioética*, (2), 293-317. Asociación Española de Bioética y Ética Médica.
- Buzai, G. (2003). *Mapas sociales urbanos*. Lugar.
- Buzai, G. y Baxendale, C. (2006). *Análisis socioespacial con sistemas de información geográfica*. Lugar.
- Buzai, G. y Montes Galbán, E. (2021). *Estadística espacial: fundamentos y aplicación con Sistemas de Información Geográfica*. Impresiones Buenos Aires.
- Camarero, L., & Oliva, J. (2016). Understanding rural change: Mobilities, diversities, and hybridizations. *Sociální Studia/Social Studies*, 13(2), 93–112. <https://doi.org/10.5817/soc2016-2-93>
- Camarero, L. (2020). Despoblamiento, baja densidad y brecha rural: un recorrido por una España desigual. *Panorama Social*, (31), 47-73. <https://www.funcas.es/wp-content/uploads/2020/09/Luis-Camarero.pdf>
- Camarero, L., de Grammont, H. C., y Quaranta, G. (2020). El cambio rural: una lectura desde la desagrarización y la desigualdad social. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (38), 191–211. <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2020.n38-10>

- Camarero, L.; Oliva, J. y Querol, V.A. (2023). Retos de cambio para la vida rural. Procesos, dinámicas y políticas públicas. *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi*, 28(1), 1-12. <http://dx.doi.org/10.6035/recerca.7262>
- Capel, H. (2012). *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea. Una introducción a la geografía. Nueva edición ampliada*. Ediciones del Serbal.
- Carrión, A., Vieyra, A., Arenas, F., y Alvarado, V. (2020). Políticas y prácticas de ordenamiento territorial en América Latina. *Revista de Geografía Norte Grande*, (77), 5–10. <https://doi.org/10.4067/S0718-34022020000300005>
- Carrizo, M. D. C., y Sili, M. (2018). Desarticulación y fragmentación de iniciativas de desarrollo rural. La experiencia reciente de la provincia de Santiago del Estero, Argentina. *Documentos y Aportes en Administración Pública y Gestión Estatal*, 18(30), 43–83. <https://doi.org/10.14409/daapge.v18i30.8442>
- Castro, H. y Reboratti, C. (2007). *Revisión del concepto de ruralidad en la Argentina y alternativas posibles para su redefinición*, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos.
- Castro, H. (2018). Lo rural en cuestión: perspectivas y debates sobre un concepto. En H. Castro y M. Arzeno (Coords.), *Lo rural en redefinición: aproximaciones y estrategias desde la geografía* (pp. 19-47). Biblos.
- Celemin, J. P., Mikkelsen, C. y Velázquez, G. (2015). La calidad de vida desde una perspectiva geográfica: Integración de indicadores objetivos y subjetivos. *Revista Universitaria de Geografía*, 24(1), 63-84. <http://hdl.handle.net/11336/10197>
- Cerdá, J. M. y Salomón, A. (2017). Brechas del bienestar: el problema de la vivienda rural argentina entre las décadas de 1930 y 1950. *Trashumante. Revista Americana De Historia Social*, (10), 192–214. <https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n10a10>
- Cerdá, J. M., Muzlera, J. y Salomón, A. (2020). El bienestar en los agroterritorios argentinos. Consideraciones

conceptuales y metodológicas para una agenda pública. *Cuadernos del CEAR*, (2). 1-12. <https://tinyurl.com/5bv5cjrj>

Chonchol, J. (1994). *Sistemas agrarios en América Latina De la etapa prehispánica a la modernización conservadora*. Fondo de Cultura Económica.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2009). *Guía metodológica para desarrollar indicadores ambientales y de desarrollo sostenible*. CEPAL.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA). (2015). *Perspectivas de la agricultura y del desarrollo rural en las Américas: Una mirada hacia América Latina y el Caribe 2015-2016*.

Craviotti, C. (2007). Tensiones entre una ruralidad productiva y otra residencial: El caso del partido de Exaltación de la Cruz, Buenos Aires, Argentina. *Economía, Sociedad y Territorio*, 6(23), 745-772. <https://www.redalyc.org/pdf/111/11102307.pdf>

D'Alessandro, C., Levy, D. y Regnier, T. (2021). Une nouvelle définition du rural pour mieux rendre compte des réalités des territoires et de leurs transformations. En Insee Références, *La France et ses territoires*. Institut national de la statistique et des études économiques. <https://www.insee.fr/fr/statistiques/5039991?sommaire=5040030>

Da Silva, T. (2004). As redefinições do Rural: breve abordagem. *Revista NERA*, (4), 50-55. <https://revista.fct.unesp.br/index.php/nera/article/view/1480>

Daga, D. Y., Zulaica, L. y Vázquez, P. (2020). El periurbano de Mar del Plata (Argentina): Clasificación digital de los usos del suelo y análisis de las transformaciones en el cinturón hortícola. *Revista Geográfica de América Central*, 2(65), 175-205. <https://www.redalyc.org/journal/4517/451763485008/html/>

- de Arce, A. y Salomón, A. (2020). El bienestar rural como problema y como solución. Entre lo internacional y lo nacional. En A. de Arce y A. Salomón Comps.), *Una mirada histórica al bienestar rural argentino. Debates y propuestas de análisis* (pp. 23-51). Teseo.
- De Cos Guerra, O. (2023). Patrones espacio-temporales de la población en España (1998-2021). Los matices de la pérdida de población en un sistema bipolar. *Investigaciones regionales*, 56, 69-89. <https://investigacionesregionales.org/es/article/patrones-espaciotemporales-de-la-poblacion-en-espana-1998-2021-los-matices-de-la-perdida-de-poblacion-en-un-sistema-bipolar/>
- de Fátima Ferreiro, M., Sousa, C., Sheikh, F. A., & Novikova, M. (2023). Social innovation and rural territories: Exploring invisible contexts and actors in Portugal and India. *Journal of Rural Studies*, (99), 204–212. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2021.04.013>
- Dijkstra, L.; Florczyk, A., Freire, S., Kemper, T.; Melchiorri, M.; Pesaresi, M.; Schiavina, M. (2021). Applying the Degree of Urbanization to the globe: A new harmonized definition reveals a different picture of global urbanization. *Journal of Urban Economics*, (125), 103312. <https://doi.org/10.1016/j.jue.2020.103312>
- Dirven, M. y Candia, D. (2023). Medición de lo rural para el diseño y la implementación de políticas de desarrollo rural. En Gaudin, Y. y Padilla Pérez, R. (Eds.), *Nuevas narrativas para una transformación rural en América Latina y el Caribe. Hacia una medición y caracterización renovada de los espacios rurales* (pp. 55-78). Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Dürr, J., & Sili, M. (2022). New or Traditional Approaches in Argentina's Bioeconomy? Biomass and Biotechnology Use, Local Embeddedness, and Sustainability Outcomes of Bioeconomic Ventures. *Sustainability* 14(21), 14491. <https://doi.org/10.3390/su142114491>

- Elias, D. (2003). *Globalização e agricultura: A região de Ribeirão Preto/SP*. Edusp.
- Endlich, Á. M. (2006). Perspectivas sobre urbano e o rural. En Sposito, M. E. B. y A.M. Whitacker (Orgs.), *Cidade e Campo, relações e contradições entre urbano e rural* (pp. 11-31). Expressão popular.
- Entrelíneas. (2025, julio 1). Cómo nacieron los partidos de La Costa, Pinamar y Villa Gesell: El hito fundacional que hoy cumple 47 años. *Entrelíneas: El diario que te informa*. <https://www.entrelineas.info/articulo/1069/43654/como-nacieron-los-partidos-de-la-costa-pinamar-y-villa-gesell-el-hito-fundacional-que-hoy-cumple-47-anos>
- Erbiti, C. (2007). *Transformaciones del sistema urbano argentino a fines del siglo XX: desafíos para la gestión del territorio*. Trabajo presentado en el IV Seminario de Ordenamiento Territorial: Ordenamiento Territorial y Problemáticas Urbanas. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza. <https://ffyl.uncuyo.edu.ar/upload/34.pdf>
- Escribano Pizarro, J. (2012). Servicios educativos y sanitarios elementales en el medio rural: percepción social e influencia sobre la calidad de vida. *Estudios Geográficos*, (272), 35-61. <https://doi.org/10.3989/estgeogr.201202>
- Escribano, M. (2012). *Territorio y territorialidad: una construcción teórica desde la geografía*. Universidad Nacional de Cuyo. Instituto de Geografía.
- Esparcia, J. (2014). Innovation and networks in rural areas. An analysis from European innovative projects. *Journal of Rural Studies*, 34, 1–14. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2013.12.004>
- Fuenfschilling, L. & Binz, C. (2018). Global socio-technical regimes. *Research Policy*, 47(4), 735–749. <https://doi.org/10.1016/j.respol.2018.02.003>
- Furini da Ponte, K. (2012). (RE) Pensando o conceito do Rural. *Revista NERA*, 4, 20-28. <https://tinyurl.com/mr4azvwe>

- Garambois, N., Aubron, C., Morsel, N., Latrille, M., Jallot, L., & Lhoste, V. (2020). The limits of coexistence: the development of “frugal” systems in agro-pastoral regions. *Review of Agricultural, Food and Environmental Studies*, 101(2–3), 311–337. <https://doi.org/10.1007/s41130-020-00107-x>
- García Montes, N. (2024). De la ciudad al campo en tiempos de crisis. El proceso de contraurbanización y re-ruralización producido por la pandemia. *Estudios rurales*, 14(30). <https://doi.org/10.48160/22504001er30.548>
- García Ramón, M. D., Tullas I Pujol, A. y Valdovinos Perdices, N. (1995). El espacio rural. En M. D. García Ramón; A. Tullas i Pujol y N. Valdovinos Perdices. *Geografía Rural* (pp. 27-52). Síntesis.
- Gasselin, P., & Hostiou, N. (2020). What do our research friends say about the coexistence and confrontation of agricultural and food models? Introduction to the special issue. *Review of Agricultural, Food and Environmental Studies*, 101(2–3), 173–190. <https://doi.org/10.1007/s41130-020-00130-y>
- Gasselin, P., Lardon, S., Cerdan, C., Loudiyi, S., & Sautier, D. (2020). The coexistence of agricultural and food models at the territorial scale: an analytical framework for a research agenda. *Review of Agricultural, Food and Environmental Studies*, 101(2–3), 339–361. <https://doi.org/10.1007/s41130-020-00119-7>
- Gaudin, Y. (2019). *Nuevas narrativas para una transformación rural en América Latina y el Caribe. La nueva ruralidad: conceptos y medición. Documento de proyecto* (LC/TS.2019/45; LC/MEX/TS.2019/9), Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Gaudin, Y. y Padilla Pérez, R. (Eds.) (2023). *Nuevas narrativas para una transformación rural en América Latina y el Caribe. Hacia una medición y caracterización renovada de los espacios rurales. Documentos de Proyectos* (LC/TS.2023/72). Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

- Gazzano Santos, I. y Achkar Borrás, M. (2013). La necesidad de redefinir ambiente en el debate científico actual. *Gestión y Ambiente*, 16(3), 7-15. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/gestion/article/view/38052>
- Geels, F. W. (2002). Technological transitions as evolutionary reconfiguration processes: A multi-level perspective and a case-study. *Research Policy*, 31(8-9), 1257-1274. [https://doi.org/10.1016/S0048-7333\(02\)00062-8](https://doi.org/10.1016/S0048-7333(02)00062-8)
- Geels, F. W. (2019). Socio-technical transitions to sustainability: a review of criticisms and elaborations of the Multi-Level Perspective. *Current Opinion in Environmental Sustainability*, (39), 187-201. <https://doi.org/10.1016/j.cosust.2019.06.009>
- Gejo, O. y Liberali, A. M. (2006). *La Argentina como geografía: Ciclos económicos y población (1530-1990)*. Universidad Nacional de Mar del Plata - Centro de Estudios Alexander von Humboldt.
- Gelman, J. (2000). El mundo rural en transición. En N. Goldman (Dir.), *Nueva Historia Argentina. Revolución, república, confederación*. (Tomo 3) (pp. 71-98). Sudamericana.
- Glendinning, A., Nuttall, M., Hendry, L., Kloep, M., & Wood, S. (2003). Rural communities and well-being: a good place to grow up? *The Sociological Review*, 51(1), 129-156. <https://doi.org/10.1111/1467-954X.00411>
- Gómez, E., y Sabeh, E. (2000). *Indicadores de bienestar y calidad de vida*. Organización Panamericana de la Salud.
- Gómez, N. y Velázquez, G. (2014). Calidad de vida y crecimiento demográfico en el Gran Santa Fe. *Caderno de Geografía*, 24(2), 169-197. <https://www.redalyc.org/pdf/3332/333231478011.pdf>
- Gómez, P., Peretti, M., Pizarro, J. y Cascardo, A. (1991). Delimitación y caracterización de la región. En O. Barsky (Ed.), *El desarrollo agropecuario pampeano*. Grupo Editor Latinoamericano.
- González Maraschio, F. (2012). Identidades y conflictividades en territorios de frontera rural-urbana.

- Eutopía*, 3, 95-115. <https://www.redalyc.org/pdf/6757/675771379005.pdf>
- González-Leonardo, M.; Rowe, F. y Fresolone-Caparrós, A. (2022). Rural revival? The rise in internal migration to rural areas during the COVID-19 pandemic. Who moved and where? *Journal of rural studies*, 96, 332-342. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2022.11.006>
- Gordziejczuk, M. y Mikkelsen, C. (2020). Reflexiones sobre calidad de vida y espacio geográfico en Argentina: aportes al estado del arte. *Estudios Socioterritoriales*, (27), 1-22. <https://doi.org/10.37.838/unicen/est.27-052>
- Gordziejczuk, M. y Mikkelsen, C. (2023). Situación de los establecimientos agropecuarios turístico-recreativos en el sudeste bonaerense según los Censos Nacionales Agropecuarios 2002 y 2018. *Caminos Geográficos*, (4), 47-65. <https://bit.ly/49X5uWG>
- Gordziejczuk, M. y Ares, S. (2025). Ruralidades y turistificación en el sudeste de la Provincia de Buenos Aires: de la escala regional al fenómeno Chapa. *Revista Párrafos Geográficos*, 24(1), 3-31. <https://www.revistas.unp.edu.ar/index.php/parrafosgeograficos/issue/view/75>
- Gras, C. y Hernández, V. (2009). El fenómeno sojero en perspectiva: Dimensiones productivas, sociales y simbólicas de la globalización agrorural en la Argentina. En C. Gras y V. Hernández (Coord.), *La Argentina rural: De la agricultura familiar a los agronegocios* (pp. 15-37). Biblos.
- Groves, C. (2019). Sustainability and the future: reflections on the ethical and political significance of sustainability. *Sustainability Science*, 14(4), 915-924. <https://doi.org/10.1007/s11625-019-00700-0>
- Guibert, M., & Sili, M. (2011). L'Argentine : expansion agricole et dévitalisation rurale. In M. Guibert & Y. Jean (Eds.), *Dynamiques des espaces ruraux dans le monde* (pp. 315-337). Armand Colin.
- Gutiérrez, T. (2020). La función de la escuela rural más allá de las aulas. La promoción social de la familia (región

pampeana, 1960-1990). En A. De Arce y A. Salomón (Comps.). *Una mirada histórica al bienestar rural argentino. Debates y propuestas de análisis* (pp. 53-75). Teseopress. <https://www.teseopress.com/miradahistorica/chapter/la-funcion-de-la-escuela-rural-mas-alla-de-las-aulas-la-promocion-social-de-la-familia-region-pampeana-1960-1990/>.

- Haesbaert, R. (2014). *Viver no limite: território e multi/transterritorialidade em tempos de insegurança e contenção*. Bertrand Brasil.
- Harvey, D. (1983). *Teorías, leyes y modelos en geografía*. Alianza Editorial.
- Harvey, D. (1980). *A Justiça Social e a Cidade*. Hucitec.
- Havas, A., Schartinger, D., & Weber, K. M. (2023). Innovation studies, social innovation, and sustainability transitions research: From mutual ignorance towards an integrative perspective? *Environmental Innovation and Societal Transitions*, 48, 100754. <https://doi.org/10.1016/j.eist.2023.100754>
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2022). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2022. Glosario*.
- Jacinto, G. (2012). Vínculos urbano-rurales y construcción de nuevas territorialidades en asentamientos de rango menor. *Mundo Agrario*, 12(24). <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=arti&d=Jpr5267>
- Jia, X. (2021). Agro-food innovation and sustainability transition: A conceptual synthesis. *Sustainability*, 13(12). <https://doi.org/10.3390/su13126897>
- Jousseume, V. (2018). Les espaces ruraux et l'avenir de la civilisation. *Population & Avenir*, 740(5), 4-8. <https://doi.org/10.3917/popav.740.0004>
- Kay, C. (2007). Algunas reflexiones sobre los estudios rurales en América Latina. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, (29), 31-50. <https://iconos.flacsoandes.edu.ec/index.php/iconos/article/view/230>

- Knickel, K., Almeida, A., Galli, F., Hausegger-Nestelberger, K., Goodwin-Hawkins, B., Hrabar, M., Keech, D., Knickel, M., Lehtonen, O., Maye, D., Ruiz-Martinez, I., Šūmane, S., Vulto, H. y Wiskerke, J.S.C. (2021). Transición hacia una economía de bienestar sostenible: implicaciones para las relaciones rurales-urbanas. *Land*, 10 (5), 512. <https://doi.org/10.3390/land10050512>
- Konefal, J. (2015). Governing sustainability transitions: Multi-stakeholder initiatives and regime change in United States agriculture. *Sustainability*, 7(1), 612–633. <https://doi.org/10.3390/su7010612>
- Larrubia Vargas, R., Navarro Rodríguez, S. R. y Natera Rivas, J. J. (2019). Sobre los factores de diferenciación de la diversidad rural y las opciones de su clasificación: ensayo metodológico en la provincia de Málaga. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, (81), 1–45. <http://dx.doi.org/10.21138/bage.2697>
- Lefebvre, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Península.
- Linares, S. (2015). *El lugar de los Sistemas de Información Geográfica en la Geografía*. Trabajo presentado en las III Jornadas Nacionales de Investigación y Docencia en Geografía Argentina y IX Jornadas de Investigación y Extensión del Centro de Investigaciones Geográficas, Tandil, Argentina.
- Linares, S. (2022). Tandil. En G. A. Velázquez, C. A. Mikelsen y S. Linares (Coord.), *Atlas histórico y geográfico de la Argentina: Calidad de vida*. (Tomo II) (pp. 309–317). Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Llambí, L. (2013). Procesos de transformación de los territorios rurales Latinoamericanos: Los retos de la interdisciplinariedad. *Eutopía. Revista de Desarrollo Económico Territorial*, (3), 117–34. <https://doi.org/10.17141/eutopia.3.2011.1022>.
- Lobato, M. y Suriano, J. (2000). *Nueva Historia Argentina. Atlas histórico de la Argentina*. (Tomo 1). Sudamericana.

- Lucca, A., y Taborda, M. (2010, junio 9–11). *Vulnerabilidad y condiciones de vida en espacios urbanos. Las ciudades de Fontana y Puerto Vilelas, Chaco. Argentina* Trabajo presentado en el Seminario Internacional de Población y Sociedad en América Latina (SEPOSAL), Salta, Argentina. Publicado en CD.
- Lucero, P.; Mikkelsen, C.; Sabuda, F.; Ares, S.; Aveni, S.; Ondartz, A. (2008). Calidad de vida y espacio, una mirada geográfica desde el territorio local. En P. Lucero (Dir.). *Territorio y Calidad de Vida, una mirada desde la Geografía Local, Mar del Plata, Partido de General Pueyrredon* (pp. 79-109). EUDEM.
- Lucero, P. y Sabuda, F. (2022). Mar del Plata. En G. A. Velázquez, C. A. Mikkelsen, y S. Linares (Coord.), *Atlas histórico y geográfico de la Argentina: Calidad de vida*. (Tomo II) (pp. 229–240). Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Lus Bietti, G. (2023) La geografía rural en Argentina. Aportes para un estado de la cuestión (2010-2020) *Revista Nera*, 26(67). <https://revista.fct.unesp.br/index.php/nera/article/view/10039>
- Madureira, L., & Torre, A. (2019). Innovation processes in rural areas. *Regional Science Policy and Practice*, 11(2), 213–218. <https://doi.org/10.1111/rsp3.12215>
- Mançano Fernandes, B. (2009). Territorio, teoría y política. En F. Lozano Vásquez y J.G. Ferro Medina (Eds.). *Las configuraciones de los territorios rurales en el siglo XXI* (pp. 35-66). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Manzanal, M. (2013). Poder y desarrollo. Dilemas y desafíos frente a un futuro ¿Cada vez más desigual? En M. Manzanal y M. Ponce (Eds.), *La desigualdad ¿del desarrollo?* (pp. 17–49). CICCUS.
- Markard, J., & Truffer, B. (2008). Technological innovation systems and the multi-level perspective: Towards an integrated framework. *Research Policy*, 37(4), 596–615. <https://doi.org/10.1016/j.respol.2008.01.004>

- Marques, M.I. (2015). O conceito de espaço rural em questão. *Terra Livre*, 1, 2(19). <https://publicacoes.agb.org.br/terralivre/article/view/160>
- Mathey, D. (2007). Métodos e indicadores para la estimación de la pobreza rural en la Argentina. *Documento de trabajo N° 35*, Instituto de Economía y Sociología, INTA. <https://tinyurl.com/yc7dh724>
- Matijasevic Arcila, M.T. y Ruiz Silva, A (2013). La construcción social de lo rural. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, 5(3), 24-41. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5275938>
- Mikkelsen, C. (2007). Ampliando el estudio de la Calidad de Vida hacia el espacio rural. El caso del Partido de General Pueyrredon, Argentina. *Hologramática*, 6(4), 25-44. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5873442>
- Mikkelsen, C. (2012). *Revalorización de espacios rurales: Su vinculación con la calidad de vida*. El caso del partido de General Pueyrredon, Argentina. EAE.
- Mikkelsen, C. (2013). Debatiendo lo rural y la ruralidad: un aporte desde el sudeste de la provincia de Buenos Aires; el caso del partido de Tres Arroyos. *Cuadernos de Geografía – Revista Colombiana de Geografía*, 22(2), 235-256. <https://tinyurl.com/yc9jwpm7>
- Mikkelsen, C., Sagua, M. y Lima, L. (2014). El concepto corredor como aporte a la comprensión del territorio. *Revista Geografía em Questão*, 7(1). <https://e-revista.unioeste.br/index.php/geoemquestao/article/view/7816>
- Mikkelsen, C. (2016). A quantitative-qualitative study on quality of life in smaller towns in the early XXI century in Argentina. En G. Tonon (Ed.). *Indicators of Quality of Life in Latin América* (pp. 173-200). Springer.
- Mikkelsen, C., Molgaray, D. y Tonon, G. (2017). *Los estudios geográficos orientados a combinar la noción calidad de vida y los usos del territorio en Argentina*. Trabajo presentado en el VI Congreso Nacional de Geografía de Universidades Públicas. Resistencia, Chaco.

- Mikkelsen, C., Ares, S., Gordziejczuk, M. y Picone, N. (2018). Aportes para el estudio del bienestar rural en la provincia de Buenos Aires, Argentina, 2010. En G. Tonon (Comp.), *Nuevas propuestas para estudiar ciencias sociales* (pp. 121-159). Universidad de Palermo.
- Mikkelsen, C.; Ares, S.; Gordziejczuk, M., Picone, N. y Bruno, M. (2020). El bienestar de la población rural argentina (2010). En G. Velázquez y J.P. Celemín (Dir.) *Configuración y reconfiguración socioterritorial de la Argentina en tiempos del bicentenario*. (Tomo 1) (pp. 637-659) Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. <https://www.fch.unicen.edu.ar/atlashyg/atlascv1ebook.pdf>
- Milletich, V. (2000). El río de la Plata en la economía colonial. En E. Tandeter (Dir.), *Nueva Historia Argentina. La sociedad colonial*. (Tomo 2) (pp. 189-240). Sudamericana.
- Molpeceres, C., De Rito, M., Zulaica, L. y Mikkelsen, C. (2021). Hacia la sostenibilidad del desarrollo local en zonas rurales: Nuevos escenarios productivos alternativos en el Partido de General Pueyrredon, Argentina. *Desarrollo Local y Sociedad*, 2 (2), 271–291. <https://doi.org/10.1080/26883597.2021.1950514>
- Morrison, T. H. (2014). Developing a regional governance index: The institutional potential of rural regions. *Journal of Rural Studies*, 35, 101–111. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2014.04.004>
- Moscatelli, G. N. (1991). Los suelos de la Región Pampeana. En O. Barsky (Ed.), *El desarrollo agropecuario pampeano* (pp. 11–76). Grupo Editor Latinoamericano.
- Nates Cruz, B. y Raymond, S. (2007). *Buscando la naturaleza. Migración y dinámicas rurales contemporáneas*. Antròpos.
- Neiman, M., y Blanco, M. (2020). Nuevas formas de habitar y transformaciones del espacio productivo: Procesos de movilidad rural-rural y rural-urbano en Los Juríes, Gral. Taboada, provincia de Santiago del Estero. *Revista*

- Transporte y Territorio*, (24). <https://doi.org/10.34096/rtt.i24.10228>
- Neumann-Silkow, F. (2010). *Scaling up in development cooperation: Practical guidelines*. Eschborn: Deutsche Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit (GTZ).
- Núñez Velázquez, J. y Rivera Galicia, L. (2003). La evolución de los sistemas de indicadores sociales. En J. M. Casas Sánchez y A. P. San Román (Coords.), *Información económica y técnicas de análisis en el siglo XXI: homenaje al profesor Dr. Jesús B. Pena Trapero* (pp. 141-149). Instituto Nacional de Estadística.
- O'Shaughnessy, M., Christmann, G., & Richter, R. (2023). Introduction. Dynamics of social innovations in rural communities. *Journal of Rural Studies*, 99, 187–192. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2022.09.010>
- OECD (2024). *Aplicación del grado de urbanización: Manual metodológico para definir ciudades, localidades y zonas rurales para comparaciones internacionales*, OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/f252a896-es>
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (2018). *Directrices de la OMS sobre vivienda y salud*. <https://tinyurl.com/3nfv8yp9>
- Osobajo, O. A., Oke, A., Lawani, A., Omotayo, T. S., Ndubuka-McCallum, N., & Obi, L. (2022). Providing a Roadmap for Future Research Agenda: A Bibliometric Literature Review of Sustainability Performance Reporting (SPR). *Sustainability*, 14(14), 8523. <https://doi.org/10.3390/su14148523>
- Osses, P., Foster, W. E., y Nuñez, R., (2006). Medición de niveles de ruralidad y su relación con actividades económicas en la X Región de Los Lagos, Chile. *Enfoque Geográfico – Económico (Revista Economía Agraria)*, 10, 107-118. <https://doi.org/10.22004/AG.ECON.97361>
- Parracone, L. A. y Ares, S. (2021). Mar Chiquita y sus localidades: cambios y continuidades en su dinámica demográfica y territorial (1991-2010). *Pleamar. Revista del Depar-*

- tamento de Geografía, (1), 83-106. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pleamar/article/view/5595>
- Parracone, L. A. (2024). Me voy de la Feliz, ya no soy feliz. Una aproximación a la emigración marplatense. *Caminos Geográficos*, (5), 87–99. <https://bit.ly/4r1ZVMA>
- Pastoriza, E. (2011). *La conquista de las vacaciones: Breve historia del turismo en la Argentina*. Edhasa.
- Pengue, W. (2017). *El vaciamiento de las pampas. La exportación de nutrientes y el final del granero del mundo*. Fundación Heinrich Böll Stiung.
- Perchinunno, P.; d'Ovidio, F. & Rotondo, F. (2019). Identification of “Hot Spots” of inner areas in Italy: scan statistics for urban planning policies. *Social Indicators Research*, 143, 1299-1317. <https://doi.org/10.1007/s11205-018-2005-1>
- Perrin, C., & Baysse-Lainé, A. (2020). Governing the coexistence of agricultural models: French cities allocating farmlands to support agroecology and short food chains on urban fringes. *Review of Agricultural, Food and Environmental Studies*, 101(2–3), 261–286. <https://doi.org/10.1007/s41130-020-00105-z>
- Picciani, A. (2016). Discusiones teóricas sobre la dinámica funcional en el vínculo espacial urbano y rural. *Pampa*, (14), 9-28. <https://tinyurl.com/ytp3byka>
- Porto-Gonçalves, C. W. (2009). De saberes y de territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latino-americana. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 8(22), 121-136. <https://scielo.conicyt.cl/pdf/polis/v8n22/art08.pdf>
- Programa para el Fortalecimiento de la Capacidad de Seguimiento y Evaluación de los Proyectos FIDA en América Latina y el Caribe (PREVAL) y Programa para el Fortalecimiento de los Aspectos de Género en los Proyectos FIDA en América Latina y el Caribe (PROGENERO) (2004) *Indicadores de género. Lineamientos conceptuales y*

*metodológicos para su formulación y utilización por los proyectos FIDA de América Latina y el Caribe.*

- Pyburn, R., & Woodhill, J. (2014). *Dynamics of rural innovation. A primer for emerging professionals*. Centre for Development Innovation Wageningen University and Research Centre.
- Quirós, J. (2017). *Nacidos, criados, llegados: procesos políticos y migración neo-rural en el interior de Córdoba, Argentina*. Trabajo presentado en las II Jornadas Interdisciplinarias: (in)justicias espaciales en Argentina y América Latina. Buenos Aires.
- Racine, J. B. (1984). Bien-être et justice socio-spatiale : vers une géographie de la pertinence sociale (A propos des ouvrages d'A. Bailly et d'A. Reynaud). *Espace géographique*, 13(1), 72-78. [https://www.persee.fr/doc/spgeo\\_0046-2497\\_1984\\_num\\_13\\_1\\_3898](https://www.persee.fr/doc/spgeo_0046-2497_1984_num_13_1_3898)
- Ramírez Mocarro, M.A. (1998). Desarrollo sustentable en áreas rurales marginadas: entre la sobrevivencia y la conservación. *Papeles de Población*, (18) 123-141. <https://rppoblacion.uaemex.mx/article/view/18160>
- Ramírez Pupo, B. D. (2023). Las TIC en la interacción social y el bienestar emocional de las personas de la tercera edad. *Journal TechInnovation*, 2(2), 12–21. <https://doi.org/10.47230/Journal.TechInnovation.v2.n2.2023.12-21>
- Reboratti, C. (2000). *Ambiente y Sociedad: Conceptos y Relaciones*. Ariel.
- Reboratti, C. (2012). La dinámica ambiental desde fines del siglo XIX. En H. Otero (Dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires*. (Tomo 1) (pp. 113–139). Edhasa.
- Reig Martínez, E., Goerlich Gisbert, F. y Cantarino Martí, I. (2016). *Delimitación de áreas rurales y urbanas a nivel local. Demografía, coberturas del suelo y accesibilidad*. Fundación BBVA.
- Reveyaz, N. y Poulot, M. (2018). Les espaces ruraux et périurbains en France : cadrage scientifique et pédagogique,

*Géoconfluences. Dossier Les espaces ruraux et périurbains en France : populations, activités, mobilités.* <https://tin-yurl.com/5n785bmt>

- Rieutort, L. (2023). Les territoires ruraux face à quatre transitions. *Population & Avenir*, 761(1), 4–7. <https://doi.org/10.3917/popav.761.0004>
- Rivière, I., Mikkelsen, C. A. y Ares, S. E. (2007). *Nuevas prácticas culturales en las actividades rurales del sudeste pampeano: sus heterogeneidades en los inicios del siglo XXI*. Trabajo presentado en el Primer Congreso de Geografía de Universidades Nacionales, Río Cuarto, Argentina.
- Rivoir, A., Morales, M. J., y Casamayou, A. (2019). Usos y percepciones de las tecnologías digitales en personas mayores. Limitaciones y beneficios para su calidad de vida. *Revista Austral De Ciencias Sociales*, (36), 295–313. <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2019.n36-15>
- Rodríguez, C. L. (2020). Propuesta de zonificación de usos del suelo en el paraje “Las Toscas”, partido de Lobería, provincia de Buenos Aires, en los inicios del siglo XXI. *Journal de Ciencias Sociales*, (14), 103–127. <https://dspace.palermo.edu/ojs/index.php/jcs/article/view/2040/1688>
- Romero, C. (1996). *Análisis de las decisiones multicriterio*. ISDEFE
- Rozas Balbontín, P. (2011). *Universalización del acceso a los servicios de agua y saneamiento: problemas de un desafío pendiente*. Trabajo presentado em el Fórum sobre universalização ARCE (Agência Reguladora del Estado de Ceará) e Assembleia Legislativa do Ceará.
- Sánchez Quintanar, C. y Jiménez Rosas, E. O. (2010). La vivienda rural. Su complejidad y estudio desde diversas disciplinas. *Revista Luna Azul*, (30), 174-196. <https://www.redalyc.org/pdf/3217/321727232011.pdf>
- Sansone Casaburi, S. (2024). Áreas rurales: un abordaje desde los modelos sistémicos. *Cuadernos de Investiga-*

- ción Urbanística*, 152, 1-81. <https://doi.org/10.20868/ciur.2024.152.5248>
- Santhanam-Martin, M., Ayre, M., & Nettle, R. (2015). Community sustainability and agricultural landscape change: insights into the durability and vulnerability of the productivist regime. *Sustainability Science*, 10(2), 207-217. <https://doi.org/10.1007/s11625-014-0268-2>
- Santos, M. (1990) [1978]. *Por una geografía nueva*. Espasa-Calpe.
- Santos, M. (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. Oikos-Tau.
- Santos, M. y Silveira, M. L. (2001). *O Brasil: Território e sociedade no início do século XXI*. Editora Record.
- Scarpati, O. y Capriolo, A. (2013). Sequías e inundaciones en la provincia de Buenos Aires (Argentina) y su distribución espacio-temporal. *Investigaciones Geográficas*, (82), 38-51. [https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.13677/pr.13677.pdf](https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.13677/pr.13677.pdf)
- Schejtman, A. y Berdegué, J. (2004). *Desarrollo territorial rural*. Rimisp-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural. <https://tinyurl.com/498ek297>
- Schroeder, V. y Formiga, N. (2011). Oportunidades para el desarrollo local: el caso del Sudoeste Bonaerense (Argentina). *Cuadernos de Geografía – Revista Colombiana de Geografía*, 20(2), 91-109. <https://tinyurl.com/2drv8bzz>
- Scott, K., Rowe, F., & Pollock, V. (2018). Creating the good life? A wellbeing perspective on cultural value in rural development. *Journal of Rural Studies*, 59, 173-182. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2016.07.001>
- Sen, A. y Nussbaum, M. (2001). *The quality of life*. Oxford University Press.
- Sepúlveda, S., Rodríguez, A., Echeverri, R. y Portilla, M. (2003). *El enfoque territorial del desarrollo rural*. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA).

- Sequeira, N. y Vázquez, P. (2016). *Cambios en los usos del suelo y problemas ambientales en el partido de Lobería (Región Pampeana argentina)*. Trabajo presentado en las I Jornadas Internacionales y III Jornadas Nacionales de Ambiente. Tandil.
- Sevilla Caro, M., Salgado Soto, M. D. C., y Osuna Millán, N. D. C. (2015). Envejecimiento activo. Las TIC en la vida del adulto mayor. *RIDE Revista Iberoamericana para la Investigación y el Desarrollo Educativo*, 6(11). <https://www.redalyc.org/pdf/4981/498150319034.pdf>
- Sili, M. (2002). Del enfoque agrario al enfoque rural. Ideas y conceptos para construir una nueva ruralidad. *Revista Universitaria de Geografía*, 11(1), 71-90.
- Sili, M. (2005). *La Argentina Rural. De la crisis de la modernización agraria a la construcción de un nuevo paradigma de los territorios rurales*. INTA.
- Sili, M., Bustos Cara, R., y Guibert, M. (2015). *Atlas de la Argentina Rural*. Capital Intelectual.
- Sili, M. (2018). Rural dynamics in Latin American countries: a contemporary analysis. *Journal of Rural Development*, 37(3), 441-456.
- Sili, M. (2019). La migración de la ciudad a las zonas rurales en Argentina: Una caracterización basada en estudios de caso. *Población y sociedad*, 26(1), 90-119. <https://doi.org/10.19137/pys-2019-260105>
- Sili, M. (2021). *Por un futuro rural. Innovación, renacimiento rural y nuevos itinerarios de desarrollo en la Argentina pos-pandemia*. Editorial Biblos.
- Sili, M. (2022). Planificación y gestión territorial en América Latina: entre la persistencia de las problemáticas territoriales y los nuevos desafíos de futuro. *Ikara. Revista de Geografías Iberoamericanas*, (1), 1-15. <https://doi.org/10.18239/ikara.3037>
- Sili, M., Haag, M. I., & Nieto, M. B. (2022). Constructing the Transitions and Co-Existence of Rural Development

- Models. *Sustainability*, 14(8), 1–23. <https://doi.org/10.3390/su14084625>
- Smith, D. (1980). *Geografía Humana*. Oikos-Tau.
- Tadeo, N. (2010). Los espacios rurales en la Argentina actual. Nuevos enfoques y perspectivas de análisis desde la Geografía Rural. *Mundo Agrario*, 10(20). <https://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/v10n20a19>
- Tonon, G. (2007). *Investigar la calidad de vida en Argentina*. Universidad Nacional de Lomas de Zamora.
- Torres Veytia, E., Vega Díaz, L. M. e Higuera Meneses, C. (2011). La dimensión socio espacial de la vivienda rural en la ciudad de México: El caso de la Delegación Milpa Alta. *Revista INVI*, 26(73), 201-223. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582011000300007>
- Tort, M. I., Bearzotti, S. y Neiman, G. (1991). Trabajo y producción en las explotaciones familiares. En Barsky, O. (Ed.), *El desarrollo agropecuario pampeano* (pp. 565-606). Grupo Editor Latinoamericano.
- Trimano, L. (2017). Paisas y gringos: neorruralidad serrana. Transformaciones relacionales e identidades emergentes. *Chungará* 49(3), 461-471. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-73562017005000023>
- Trivelli, C., y Berdegué, J.A. (2019). *Transformación rural. Pensando el futuro de América Latina y el Caribe. 2030 – Alimentación, agricultura y desarrollo rural en América Latina y el Caribe*, (1). FAO. <https://www.fao.org/3/ca5508es/ca5508es.pdf>
- Truffer, B., Murphy, J. & Raven, R. (2015) The geography of sustainability transitions: Contours of an emerging theme. *Environmental Innovation and Societal Transitions*, (17), 63-72. <https://doi.org/10.1016/j.eist.2015.07.004>.
- Velázquez, G. (2001) *Geografía, Calidad de Vida y Fragmentación en la Argentina de los noventa. Análisis regional y departamental utilizando SIG's*. CIG-FCH-UNCPBA, Red de Editoriales de Universidades Nacionales.
- Velázquez, G. (2004). Calidad de vida en la Argentina. Elementos de diferenciación socio-espacial. En H. Otero

- (Dir.), *El mosaico argentino: modelos y representaciones del espacio y de la población, siglos XIX – XX* (pp 173-202). Siglo XXI.
- Velázquez, G. (2010). Geografía y bienestar en la Argentina: Desigualdad de la sociedad y el territorio a comienzos del XXI. *Geograficando*, 6(6), 15-36. [https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.4741/pr.4741.pdf](https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4741/pr.4741.pdf)
- Velázquez, G. y Mikkelsen, C., (2010). Comparación entre índices de calidad de vida. La población rural del Partido de General Pueyrredon, 2001-2007. *Revista de Geografía Norte Grande*, (45), 97-118. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022010000100007>
- Velázquez, G., López, M. y Ríos, M. (2013). *Geografía y cambios en la calidad de vida de los argentinos: una lectura desde los censos nacionales*. Universidad Nacional de Luján.
- Velázquez, G. (2016). *Geografía y calidad de vida en Argentina. Análisis regional y departamental (2010)*. Centro de Investigaciones Geográficas – CIG.
- Velázquez, G. A. y Celemín, J.P. (2019). Geografía y calidad de vida en la Argentina. *Journal de Ciencias Sociales*, 7(13), 1–18. <https://doi.org/10.18682/jcs.vi13.1005>
- Velázquez, G., Gómez, N. y Tisnés, A (2022). Región Pampeana. En G. Velázquez y J. P. Celemín (Comps.), *Atlas histórico y geográfico de la Argentina. Calidad de Vida*. (Tomo II) (pp. 167-194). IGHECS-CONICET-UNCPBA
- Veréb, V; Marques, C; Madureira, L.; Marques, C.; Keryan, T.; Silva, R. (2024). What Is Rural Well-Being and How Is It Measured? An Attempt to Order Chaos. *Rural Sociology*, 89(2), 239–280. <https://doi.org/10.1111/ruso.12536>
- Volante J., Gaitán J., Mosciaro J, Calamari N., Navarro M.F., Winschel C., Pezzola A., Peri P.L. (2024). *Dinámica de la cobertura y uso del suelo en Argentina en las décadas comprendidas entre 2000 y 2020. Informe Técnico Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA)*, Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación (Argentina).

- Wanderley, M. (2001). A ruralidade no Brasil moderno. Por um pacto pelo desenvolvimento rural. En N. Giarraca (Org.), *¿Una Nueva Ruralidad en América Latina?* Clacso.
- Wang, C. M., Maye, D., & Woods, M. (2023). Planetary rural geographies. *Dialogues in Human Geography*, 15(3), 394-413. <https://doi.org/10.1177/20438206231191731>
- Yin, X., Chen, J., & Li, J. (2022). Rural innovation system: Revitalize the countryside for sustainable development. *Journal of Rural Studies*, 93, 471-478. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2019.10.014>
- Zárate Martín, A. (1988). Bienestar social y diferenciación interna del espacio urbano. *Revista de la Facultad de Geografía e Historia*, (3), 163-178. <https://doi.org/10.5944/etfvi.1.1988.2441>
- Zarrilli, A. (2020). La Naturaleza puesta en jaque: La Expansión de la Frontera Agropecuaria en Argentina y su Impacto Socio-Ambiental (1980-2017). *Historia Ambiental Latinoamericana Y Caribeña (HALAC) Revista de la Solcha*, 10(1), 125-149. <https://doi.org/10.32991/2237-2717.2020v10i1.p125-149>.
- Zeberio, B. (2000). Un mundo rural en cambio. En M. Bonau-do (Dir.), *Nueva Historia Argentina. Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*. (Tomo 4) (pp. 293-362). Sudamericana.

## Fuentes de datos

- Dirección de Estimaciones Agrícolas (2025). Estimaciones Agrícolas. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Subsecretaría de Agricultura, Dirección Nacional de Agricultura. <https://datosestimaciones.magyp.gob.ar/reportes.php?reporte=Estimaciones>
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (1991). Censo Nacional de Población y Vivien-

- da 1991. <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-Tema-2-41-136>
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2001). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001*. [https://www.indec.gov.ar/micro\\_sitios/webcenso/index.asp](https://www.indec.gov.ar/micro_sitios/webcenso/index.asp)
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2002). *Censo Nacional Agropecuario 2002*. [https://sitioanterior.indec.gov.ar/cna\\_index.asp](https://sitioanterior.indec.gov.ar/cna_index.asp)
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2009). *Censo Nacional Agropecuario 2008: Resultados anticipados*. [https://www.indec.gov.ar/ftp/cuadros/publicaciones/cna08\\_08\\_09.pdf](https://www.indec.gov.ar/ftp/cuadros/publicaciones/cna08_08_09.pdf)
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2010). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010*. <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-Tema-2-41-135>
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2018). *Censo Nacional Agropecuario 2018*. <https://tinyurl.com/sd3u6r8t>
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2022). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2022*. <https://redatam.indec.gov.ar/binarg/RpWeb-Engine.exe/Portal?BASE=CPV2022&lang=ESP>
- Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) (2025). *Cobertura y Uso del Suelo de la República Argentina (AFOLU)*. <https://ee-afolu.projects.earthengine.app/view/afoluisor>
- Weiss, D., Nelson, A., Gibson, H. et al. (2018). A global map of travel time to cities to assess inequalities in accessibility in 2015. *Nature*, 553, 333–336. <https://doi.org/10.1038/nature25181>
- WorldPop and Center for International Earth Science Information Network (CIESIN). <https://www.worldpop.org/>



Ruralidad, bienestar y territorio son las categorías conceptuales centrales de esta obra. A lo largo de los capítulos, se avanza desde la discusión de los conceptos hacia la aplicación de métodos de medición de la ruralidad y el bienestar, pasando por el detalle de cada una de las técnicas implementadas. De este modo, se procura analizar la ruralidad y el bienestar desde un enfoque integral que busca dar cuenta de la complejidad y heterogeneidad del espacio rural.

El trabajo lleva a cabo el estudio de la ruralidad desde una perspectiva que va más allá de los límites demográficos. Luego, el tratamiento del bienestar desde el territorio permite conocerlo y analizarlo, tanto de forma general como particular. Este aspecto es clave, ya que permite caracterizar a una sociedad específica, localizada en un tiempo y espacio geográfico: el sudeste de la provincia de Buenos Aires.

La idea de bienestar como objetivo de la política y específicamente de la política rural ha sido planteada en diferentes momentos históricos, con disímil suerte según las condiciones de contexto político e ideológico. Este libro destaca la posibilidad de imaginar y participar de debates sobre la ruralidad anclados en el bienestar, propiciando que sean inclusivos y territorialmente situados.

**Claudia Andrea Mikkelsen** es doctora en Geografía (UNS), profesora y licenciada en Geografía, y magíster en Ciencias Sociales (UNCPBA). Es investigadora independiente del CONICET, con lugar de trabajo en el Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales (INHUS-CONICET-UNMdP), directora del GESPYT (CIGSA-FH-UNMdP) y miembro del Centro de Investigaciones Geográficas (CIG-FCH-UNCPBA).

**Sofía Estela Ares** es doctora en Ciencias Sociales y Humanas (UNQ), magíster en Ciencias Sociales y Humanidades (UNQ) y licenciada en Geografía (UNMdP). Es investigadora asistente del CONICET con lugar de trabajo en el Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales (INHUS-CONICET-UNMdP) y codirectora del GESPYT (CIGSA-FH-UNMdP).

